

**LOS MÍNIMOS FILOSÓFICOS QUE DEBEN ESTUDIAR LOS
PSICÓLOGOS Y MAESTROS SERIOS**

Carlos Díaz

PRÓLOGO CON JÚBILO

Mi actual existencia discurre por los cauces oficiales de la jubilación y se enmarca en las así llamadas “clases pasivas”, algo que me displace sobremanera porque siempre he huido de la pasividad; al menos lo de “jubilado” me compensa porque ciertamente lo llevo con mucho júbilo. Desde luego mi cese como profesor universitario me permite continuar dedicándome sin cambios notorios a mi vocación vital; no es que no haya tenido yo vocación docente –en ningún lugar hubiera disfrutado más, excepto como cantante de rock-, pero ya estaba bien, han sido casi cuarenta y cuatro años y tras de mí llama a la puerta mucha gente esperando comenzar a probar fortuna.

La vida no ha cambiado nada, básicamente continúo haciendo lo mismo: estudiando como lo que soy, un verdadero principiante; aunque pudiera parecer cómico, estoy pensando en comenzar septuagenario mi tesis doctoral en psicología, y estoy seguro de que no es por alimentar ningún tipo de extraña vocación tardía, ni para obtener foto alguna en cualquier revista del corazón, sino una prolongación de la de siempre, aunque en el caso de un ser humano decir “de siempre” resulte un tanto presuntuoso, soy el otoño de un estudiante que no logra pensar de otro modo su primavera.

Alguna gente, sin conocerme lo bastante, o tal vez porque no puedan imaginar nada que no sea su propia realidad, me insinúan, con lamento incluido por mi desperdicio, que soy un septuagenario tozudo que, en lugar de aprovechar razonablemente la tarjeta dorada para “disfrutar” de la vida en su dimensión de “tiempo libre” (al parecer antes hubo de ser “tiempo esclavo”), me recluyo incomprensiblemente cual viejo topo en un agujero inhóspito donde rechazo la luz solar, como el esclavo de la caverna platónica, algo que no es en absoluto verdad, entre otras cosas porque la luz que yo cultivo es de otra naturaleza y desde los metros cuadrados de mi despacho exploro el universo entero, y no es una frase: desde aquí hago turismo de altura.

Claro que esta misma actitud mía a algunos les parece lo contrario, y me sonrojan alabando mis supuestamente sublimes o cuando menos admirables setenta años exteriorizando su asombro por la ingencia de mi trabajo, por su fortaleza, y por lo que suponen su gran proyección. Sea como fuere, a mi personalmente hace muchísimo tiempo que me interesan lo menos posible las opiniones ajenas.

Lo que sí es cierto es que tanto ajeteo seis meses fuera de España y otros seis dentro cada año responde a otras claves. Si supieran cuánto me

interesan el sol, la luna y las demás estrellas, que comienzan en el ser humano en la tierra, milagro del universo, si compartiesen la felicidad que siento en mi pecho cuando me acerco a la gente sin mesianismo alguno pero con la verdadera y profunda alegría del amor, entenderían perfectamente qué hace un hombre como yo cargando kilos y kilos de libros de un continente a otro, en lugar de ropa para esquiar o modelos para estar elegante cuando –y es verdad– me solicitan de los lugares más selectos para enseñar. He elegido el camino de la sobriedad y mi vocación es compartir, nunca hice dinero y en esa línea sigo.

Guatemala y México, entre otros países no tan escasos, siguen constituyendo mis preferencias; por otra parte, seamos realistas pese a no poder sentirnos sino idealistas, a la gente le encanta invitarme porque no cobro más que lo estrictamente necesario para mantenerme por allí, y porque tengo bastantes tablas, perro viejo ladra sentado. En cualquier caso me siento muy querido. Estoy en un momento dulce de mi vida, pero además he aprendido a aceptarla también en sus noches y en sus espantos propios y ajenos, los mejores en los peores y los peores en los mejores. Seis meses en Latinoamérica y seis meses en España dan todavía para mucho.

Mientras tanto los días van pasando aquí a diez horas de estudio diarias sin hacer ejercicio alguno, sin apenas levantarme de la mesa de trabajo y, dada mi afición a visitar el refrigerador más de la cuenta, engordando cada vez más, algo de lo que no puedo estar tan orgulloso, y que apunta hacia la incontinencia e inmoderación de que estoy hecho; desde luego, lejos de ser algo de lo que yo debiera blasonar, constituye uno de mis vicios y señala al propio tiempo uno de los ámbitos oscuros de mi debilidad. En mi descargo añadiré (excusa no pedida, acusación manifiesta) que procuro compensarlo con el ajeteo permanente de mi vida en el “otro mundo”, doce horas cruzando el charco, casi como el barquero de Caronte. Es ese ajeteo en Latinoamérica el que me devuelve al perfil, si bien cada vez con más dificultades. No creo que a estas alturas reconociese alguien al verme a aquel Carlitos twist de trasantaño.

Este fluir quedo de la vida es una de las cosas que me resultan cada vez más desconcertantes, mágicas y -para bien y para mal- fascinantes: ver cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte, tan callando, quizá de ahí mi impenitente y fluido conversatorio cotidiano con los difuntos. Llevo los últimos meses encerrado a cal y canto con uno de los grandes maestros cuya sabiduría intento perseguir desde hace décadas, en esta ocasión Max Scheler, que tanto nos ha enseñado sobre el puesto del ser humano en el cosmos. Uno no es sino el enano sobre los hombros de sus maestros directos e indirectos, pequeños y grandes, que le han enseñado a enseñar. Esta es mi vida, no tengo otra de momento...

Mi buen amigo José María Vegas, misionero claretiano en la Rusia profunda, nos escribe: “Mientras seguía esperando mi avión al tiempo que corregía un artículo que tenía que enviar, hubo un detalle simpático. Junto a mí se sentaba un chico de unos diez años que jugaba con gran habilidad con una *tablet* (o como se diga en español). Se acerca otro niño de unos 7 u 8 años, se presenta muy correctamente mientras le da la mano al jugador: “Buenas tardes, me llamo Sirioya -diminutivo de Serguei- ¿cómo te llamas? ¿Puedo hacerte una pregunta?”. Entablaron una conversación altamente especializada sobre el juego en cuestión, mientras el jugador seguía su partida. No presté mucha atención a los detalles. Pero de repente oigo como el más joven le pregunta al jugador: ¿Tú crees en Dios? Este responde evasivamente, “Si..., no sé..., muy poco...” Me recordó la famosa escena de la zarzuela *La tabernera del puerto*: “-¿Tú crees en Dios, tabernero? - Sí, señor..., aunque muy poco...”. El pequeño testigo le repuso al jugador que era mejor creer en Dios, y luego siguió con toda una catequesis, a la que el jugador, la verdad, no prestó mucha atención. En esto llamaron al embarque, al levantarme le lancé al joven evangelizador una mirada de complicidad, y ahí los dejé. No pude menos de admirar el celo religioso de aquel muchacho”.

Pues de eso se trata, precisamente de eso. Dice la falsa modestia: primero *él*, luego *tú* finalmente *yo*. Pero *Yo* se convierte en isla a veces infamante de la que sin embargo soy fanático, que se manifiesta como sigue mientras abre sus ígneas fauces voraces: “Saber lo que quiere él no es lo que quiero. Yo quiero ir con aquel a quien *yo quiero*”. Ahora bien, en el querer lo primero es el *y*. El ser humano no acaba en su propia piel, cada quien es “la suma de la raza”, más que un hecho, *hechura*. Si se prefiere, es *hermenéutica*, cuento de nunca acabar, eterno criptograma, mordedor innato que, sin dientes, muerde con las encías. Raza de Proteo, los humanos gozan de extraordinaria versatilidad; sus cabellos, cuando ungidos, desprenden buen olor y ornamentan la cabeza; sin embargo, cuando no lo son, pesan. Un *subhumano*, así llamaban los arios nazis a los judíos, puede convertir al pretendido superhombre en persona humana por la gracia de su perdón. Se ha definido al humano como cáncer de la biosfera, pero cuando tenemos cáncer necesitamos que los sanitarios nos quieran más. Ojalá que algo de todo esto pueda traslucirse al menos tibiamente, como los rayos de sol atraviesan el espejo durante el otoño para doctos e indoctos.

CAPÍTULO I: POR QUÉ LA FILOSOFÍA NO ES UNA HERRAMIENTA EXCLUSIVA DE LOS FILÓSOFOS

En el *libro Gamma* de la *Metafísica* de Aristóteles se lee: *tò autó estin tò nooun kai tò nooúmenon*, lo mismo es el pensar y lo pensado. Nosotros somos estos individuos finitos *en* el todo y siempre y a la vez *el* todo, ente *en* el ser y a la vez *todo* el ser del ente (*oùk eidos, allà tópos ton eidon*), esencia de todas las esencias (*eidos ton eidon*), y reunión de todo ente en el ser, que nosotros siempre *somos* (como *lógos ton onton*). “Mirar, contemplar, pensar y conoce jamás son sólo un camino hacia algo, ayuda para algo diverso de ello mismo; esos actos no son *kinéseis*, son *enérgεια*, actos que también se ejecutan por motivo de ellos mismos: el pensar sólo puede ir de sí hacia sí para luego permanecer internamente en la marcha de sí como forma de vida suprema y autárquica; aunque se lleva a cabo en el tiempo, su verdadero lugar es la eternidad”. Por eso los filósofos alejandrinos definieron la filosofía como *meléte tou thanátou*, preocupación ante la muerte y por la muerte.

1. Del mito a la filosofía

Desde el instante mismo de su aparición, la humanidad comenzó a buscar a través de mitos o explicaciones imaginarias (imaginarias no quiere decir arbitrarias) el sentido de las cosas y de la vida. Debido a su voluntad de verdad, el mito no debe confundirse con la invención, la fábula, el cuento, o la leyenda. Para el mito, nuestra vida es copia de otra anterior y eterna: todo lo que el hombre hace es reflejo de algo que ya fue hecho en la eternidad. Ya en el siglo V a.C. Parménides estableció una tajante distinción entre la mera opinión (*doxa*) y la ciencia o verdadero conocimiento (*episteme*, epistemología). Poco después Platón, en su alegoría de la línea dividida en segmentos, hace ver que la sabiduría va de menos a más a lo largo de cinco niveles, el más bajo de los cuales corresponde al se dice -el rumor-, en la mitad de la línea se encuentra la argumentación y la demostración, y en la cima la intuición de las verdades eternas. Fue Francis Bacon (1561-1623) quien denominó ídolos a los conceptos falsos que se han apoderado de la inteligencia, en la que han echado profundas raíces obstaculizando nuestro saber, a saber: Ídolos de la tribu, inclinaciones que nos hacen tomar como

verdaderas las hipótesis sin más sustento que los propios deseos e intereses. Ídolos de la cueva, resultantes del propio carácter y de la educación recibida. Ídolos de la plaza pública, que proceden del uso impreciso de las palabras y nos inducen a error. Ídolos del teatro, provenientes de la aceptación de las opiniones de personas -que gozan de más prestigio intelectual, cuya autoridad se acepta acríticamente, simplemente porque ellas lo dicen. Suele entenderse por ideología a toda interpretación deformada de la realidad porque toma lo imaginario por real y lo real por lo imaginario; lo contrario a la ideología sería la verdad. El ideólogo eleva a dogma su propio punto de vista particular. A la filosofía que carece del deseo de hallar la verdad desde el amor emocionado, pero no desde las ideologías rígidas y fóbicas, le falta todo: ¡por eso la convertimos en un producto insoportable.

1.1. La filosofía ayuda a preguntar bien

Por las preguntas que el otro formula conocemos el grado de su agudeza o superficialidad. Según Kant (siglo XVIII), la filosofía pregunta con un nivel interrogativo profundo, pues refiere todo el conjunto de los conocimientos a los fines esenciales de la razón. Por eso el filósofo, a diferencia de los científicos ocupados en parcelas particulares de investigación, busca el conjunto del saber, es decir, los fines esenciales de la razón misma. La filosofía no es únicamente un saber, sino un deseo de saber, un amor a la sabiduría (*filo-sofía*).

La imagen clásica del filósofo ha ido variando. En el siglo V a.C. Sócrates afirmó *sólo sé que no se nada*, y Aristóteles definió a la filosofía *ciencia que se busca porque está más allá de las cosas físicas (metá-ta-physiká)*. Quizá por no saber nada necesita el filósofo una andadera para caminar, un *método (metá-odos, más allá del camino)*. Filosofar y caminar van tan unidos, que no pocos griegos hacían filosofía caminando, *peripateando (perípatos* eran llamadas algunas escuelas filosóficas). Mientras la filosofía occidental camina, la sabiduría oriental se sienta: el Oriente es el reposo como estatua de Buda; el Occidente, el anhelo de movimiento continuo. Ahora bien, si la filosofía consiste en reconocer la ignorancia, ¿bastaría con ignorar como un asno para ser considerado filósofo? No, porque el asno no sabe que ignora; por eso al *sólo sé que no sé nada* le sigue un *pero quiero saberlo todo*. El filósofo debería formular la siguiente *protesta filosófica*, similar al juramento hipocrático de los médicos: “Afirmo por mi honor que sólo sé que no sé nada, en comparación con lo que aún me falta por saber, de manera que me dedicaré de por vida a estudiar y a preguntar, aunque el ámbito de mis preguntas sea mayor que el de las respuestas que pueda obtener. Mientras tanto, poco a poco, modestamente, iré descubriendo verdades que sirvan de soporte y confianza para poder seguir

adelante”. En el arte de preguntar no cuenta únicamente el resultado, la sabiduría, sino también el esfuerzo libre y desinteresado: “Los hombres comenzaron a filosofar -escribía Aristóteles- movidos por la admiración; al principio, admirados ante los fenómenos sorprendentes más comunes; luego, avanzando poco a poco, planteándose problemas mayores”, la filosofía llegó a ser el *análisis de todas las cosas buscando sus últimas causas a la luz de la razón*. No todas las preguntas encuentran respuesta; respecto a las más importantes, ya es mucho que hayan sido formuladas por los grandes espíritus de forma cada vez más sabia y con nivel interrogativo más profundo. Quien no pregunta no aprende. En todo caso, no existe amor a la sabiduría sin un mínimo de sabiduría: los animales no preguntan porque no saben, no saben porque no preguntan; pero los niños sí, por eso los niños aprenden más rápidamente: hacerse como niño es el primer paso de ese caminar, aunque a veces sus cuestiones resultan interminablemente agotadoras: “-¿Quién sostiene la Tierra? -La Tierra se sostiene sobre el lomo de un elefante inconmensurable, el cual se sostiene a su vez sobre el caparazón de una gigantesca tortuga. -¿Y dónde se apoya la tortuga? -Sobre una inmensa araña que le sirve de soporte. -¿Y la araña? -Sobre una roca ciclópea. -¿Y la roca ciclópea? -Eh... bueno... la roca ciclópea llega hasta abajo, niño”. -¿Y dónde a su vez...? -Hijo mío: ¿y tú me lo preguntas mientras fijas tu azul pupila en mi pupila azul? ¡Filosofía eres tú! Y a la cama, que mañana hay cole”...

En el arte de preguntar lo que cuenta no es únicamente el resultado (la sabiduría), sino también el esfuerzo: “Los hombres comenzaron a filosofar -escribía Aristóteles- movidos por la admiración; al principio, admirados ante los fenómenos sorprendentes más comunes; luego, avanzando poco a poco, planteándose problemas mayores”. La filosofía es el análisis de todas las cosas buscando sus últimas causas a la luz natural de la razón cálida. Quien no pregunta no aprende. Más vale preguntar que ignorar, aunque ello dé vergüenza y a nadie le guste pasar por ignorante. *La pregunta es la piedad del pensamiento*. Si bien *subjetivamente* no existen preguntas más importantes que otras (pues en lo personal todos somos igualmente importantes), sin embargo *objetivamente* hay preguntas poco agudas y otras mucho. Por lo demás, hay preguntas cuya explicación no exige implicación: preguntar por la naturaleza de las sectas es una cosa, entrar en ellas otra, al menos quien desee continuar siendo libre para preguntar.

Si no enseña a vivir, la filosofía pregunta en vano; el buen maestro enseña a filosofar enseñando a vivir. El jardinero, el comerciante, el estudiante o el profesor de filosofía (¡incluso él!) se comportan como auténticos filósofos cuando, interesados en la realidad, profundizando y reflexionando sobre ella, abriéndose al saber, ellos aman la realidad que van descubriendo cada día. Por

ser la filosofía *amor* a la sabiduría, resulta tan difícilmente definible o delimitable como el amor. Ahora bien, esto no impide que la estudiemos, ni que podamos decir de ella muchas cosas. Y no sólo eso: el filósofo que ilumina con la razón teórica ha de iluminar también la vida cotidiana práctica. Para los filósofos presocráticos saber era *entender*, para Sócrates *discernir*, para Platón *definir*, para Aristóteles *demostrar*, para Kant *actuar moralmente* en favor de la humanidad entera. Puede decírseles que no muchos filósofos han querido llegar tan alto, de acuerdo; pero falta saber si esa renuncia ha sido fruto de la dificultad de la empresa o de su propia pereza. La filosofía quiere saber para *saber querer*. Tanto Confucio como Sócrates, coetáneos, defendieron que el sabio, al no equivocarse, no puede portarse mal: “El maestro dijo: si nuestras palabras son sinceras y se hallan conformes con la recta razón, cuantos nos escuchen modificarán su conducta y entrarán por el camino de la virtud. Si nuestra conversación resulta agradable y persuasiva, induciremos a todos los hombres a buscar la verdad. Es imposible que tras una conversación persuasiva el hombre no se sienta incitado a la búsqueda de la verdad. No creo que pueda existir nadie que, tras haber escuchado unas palabras sinceras y conforme a la recta razón, deje de convertirse hacia la virtud”. Tal vez Sócrates y Confucio exageraban, pues una cosa es conocer lo que es mejor y otra llevarlo a cabo; en lo que no exageraban es en que hay que saber. Saber y querer forman unidad: ¿te has preguntado qué haría contigo quien supiese pero no (*te*) quisiera? Dime, pues, a qué sabe lo que sabes. Aunque la respuesta no te resulte fácil, verás que, sin saber cómo, ya estás empezando a saber.

1.2. La filosofía ayuda a razonar con rigor

Orden. Las disciplinas que proceden con orden (como las matemáticas) se suelen identificar con la razón, exageración peligrosa de todos modos, pero en última instancia fundada, pues una racionalidad desordenada ¿no se resolvería en caótica e incoherente sinrazón? Razón no habría sin rigor, sin rigor metódico. Un rigor sin método lo es sólo por azar y durante breve tiempo, pero al poco de alzar el vuelo se expone a decaer. Gracias al método el rigor se convierte en sistema donde las normas han de cumplirse, como una gran autopista bien señalizada, con unas reglas de juego comunes a los usuarios, donde no han lugar los riesgos innecesarios de la arbitrariedad. Método y rigor se expresan mediante argumentos, y éstos a su vez con ilación (¡sin *h*, amigos correctores de pruebas!), por lo cual devienen, probatorios, demostrativos, explicativos, fundados. Quien prueba, demuestra, explica, y funda sabe que lleva razón: que lo que dice es verdad. Allí donde aparece la razón, allí aparece la relación *causa-efecto*, esto es, la necesidad y la no-

excepcionalidad del discurso, de ahí el universalismo que toda argumentación racional alcanza. El sueño del demiurgo newtoniano nunca cesa: explicar definitivamente con leyes la razón suficiente y el sentido de la totalidad. No basta con llevar razón *in pectore*, sólo en su pecho, por lo que hará bien quien nos pida razones. La racionalidad disminuye en relación de proporcionalidad directa a su incomunicabilidad: a menor grado de comunicabilidad, menor grado de racionalidad. Esto no excluye el intuicionismo, pero recorta su alcance. De todos modos llega un momento en que ya no valen las razones, siendo necesaria evidencia de los hechos. Y los hechos ya no se demuestran, se muestran, frente a las insaciables pretensiones del *racionalismo o racionalismo estrecho al uso*. En la vida cotidiana las razones no siempre poseen suficiente valor demostrativo: resultaría bastante ridículo que alguien nos pidiese diez buenas razones para explicar por qué los padres quieren a los hijos. Y esto es así porque *la razón humana, además de explicativa, es implicativa* y, cuando sus argumentos no resultan lo suficientemente demostrativos, se orienta en el sentido de lo *racional mostrativo*, de lo que nos convence aunque no se nos “demuestre”. Tal vez sea este último un *criterio débil de razón*, el criterio de lo *razonable*, de lo sensato, también sirve en la vida mientras no se demuestra lo contrario.

Objetividad. Separación nítida entre lo conocido y el cognoscente. Incluso si el propio sujeto se convierte en sujeto de estudio, automáticamente se convierte en *lo otro* a lo cual hay que enfrentarse. El sujeto es un ser ahí frente a la naturaleza a la que trata de dominar. Separación establecida por el dato del marco objetivo de estudio, es decir, establecimiento previo de las cualidades y relaciones que van a estimarse primarias y que se estipulan en los supuestos de partida.

Regularidad. Cualquier movimiento de un sistema posee *cierta estabilidad* que a lo largo del tiempo mantiene el sistema.

Organización. Ningún sistema que pretenda estudiarse se considera amorfo, sino como estructura en la cual pueden analizarse sus partes.

Reiteración. Los sistemas con su estabilidad interna y su organización estructural no constituyen ejemplares únicos, sino repetición de formas, aunque en la naturaleza los objetos que existen no se repitan y sean completamente únicos y sin copia.

Simplicidad. La naturaleza no hace sus transformaciones sino en la vía más fácil, y ello condiciona el propio conocimiento, que también debe seguir las líneas de sobriedad todo lo posible.

Extensión por aproximaciones sucesivas. El conocimiento no se obtiene de una vez para siempre. Cada teoría puede ser ampliada hasta el infinito, ya sea por despliegue de su propio desarrollo interior, ya sea por yuxtaposición

de otras nuevas, y así sucesivamente.

1.3. La filosofía tiene voluntad de exploración profunda y busca la verdad con amor, con humor, con esperanza

El saber va entreverado de ignorancia; además, no siempre se sabe decir lo que se sabe, ni se sabe del todo lo que se quiere decir; con frecuencia tengo algo que decir, pero no sé del todo qué, ni cómo. La sabiduría, como las luciérnagas, necesita las tinieblas para brillar. El entendimiento alumbra como las velas, derramando lágrimas, y no hay saber que no tenga 99% de transpiración y 1% de inspiración. Confucio decía: el primer absurdo consiste en pretender alcanzar el bien prescindiendo del estudio, y su consecuencia es la decepción; el segundo consiste en intentar alcanzar la ciencia sin entregarse al estudio, lo que conduce a la incertidumbre; el tercero consiste en el deseo de ser sincero prescindiendo del estudio, lo que provoca el engaño; el cuarto consiste en pretender obrar rectamente sin haber recibido la instrucción adecuada, con lo que se cae en la temeridad; el quinto consiste en querer compaginar el valor con la incultura, lo que da lugar a la insubordinación; finalmente, si se desea alcanzar la perseverancia prescindiendo del estudio, se cae en la testarudez y obcecación. Mucho de lo que pasa por sabiduría no es sino pedantería; es más fácil la erudición, archivo de conchas sin molusco, que la sabiduría, aquello que queda cuando toda erudición se ha olvidado, no antes de que haya sido olvidada. Frente a la erudición, el saber es como un edificio hermoso, que ha de tener su entorno libre para que podamos disfrutar de su verdadera forma. Libre, sobre todo, de la vanidad. Por lo demás, ningún saber podría ser estimado como *razonable* al margen del diálogo, pues del diálogo viene y al diálogo va cuando se ha entendido como necesariamente universalizable. El fanático, para que no se le escape la verdad, la agarra tan fuerte que la mata. Quien no quiere dialogar es un fanático, quien no sabe dialogar es un tonto, y quien no se atreve a razonar es un esclavo. Pensar con profundidad exige estudiar: “Cuando se penetró en la razón de las cosas, la conciencia se desplegó al máximo y los pensamientos se hicieron sinceros. Cuando eso ocurrió, el corazón se volvió recto. Cuando esto ocurrió, cada cual se perfeccionó a sí mismo. Cuando eso ocurrió, el orden comenzó a reinar en la familia. Cuando eso ocurrió, el Estado fue bien gobernado. Cuando eso ocurrió, la paz se extendió por el universo entero. Y, cuando todos los gobiernos son bien gobernados, el mundo entero goza de paz y armonía. Desde el más noble al más humilde, todos tienen el deber de mejorar y corregir su propio ser. El perfeccionamiento de uno mismo es la base de todo progreso y

desarrollo moral”¹.

Aristóteles, de quien ya sabemos que definió el esfuerzo reflexivo del pensar filosófico como *ciencia que se busca*, la entendía como *metafísica* o saber que se busca *más allá* (más allá de la física; más allá de la ciencia). Y por eso mismo el filósofo necesita un *método*, pues el método no es sino un caminar que va *más allá del camino*. ¡Caminante, no hay camino; *se hace camino al andar!* Filosofía y senda coinciden descubriendo verdades que sirvan de soporte para seguir adelante, ya que sin algún descanso tampoco es posible echarse a los caminos. Por eso el filósofo es un *explorador* y la filosofía un *búho* que levanta su vuelo cuando todos se han ido a la cama. Lo que cuenta no es únicamente el resultado (el resultado es *la sabiduría*), sino también el esfuerzo. Poco a poco, pero sin detenerse, la filosofía es el análisis de todas las cosas buscando sus últimas causas a la luz natural de la razón. Pero *la única forma de entrar de verdad en la verdad es el amor*: el corazón tiene sus razones que la razón no conoce, aseguraba Blas Pascal. Sin amor nada alcanza toda su fuerza ni todo su esplendor, ya lo dejó escrito Ovidio de forma jocosa: amor es un no sé qué, viene no sé por dónde, lo envía no sé quién, se engendra no sé como, se contenta con no sé qué, se siente no sé cuándo, mata no sé por qué, y finalmente, sin romper las carnes de fuera, nos desangra las entrañas de adentro. Desde luego, como puede inferirse de lo anterior, *no hay amor sin humor*: No hagamos caso en esto al racionalista Benito Spinoza, hombre tan triste como modesto, quien aseguró que no se debe reír ni llorar, sino comprender, pues de esos consejos salen los *obsesivos laborólicos*, que entienden la realidad como cálculo de rendimientos ignorando la aristotélica *eutrapelía*, aquella virtud “que regula y modera según el orden recto de la razón el exceso y el defecto en los juegos, diversiones y entretenimientos”². La filosofía debería hacer caso al historiador Jenofonte, que en su *Anábasis* acuñó la expresión *bromear en serio*.

No basta con saber; además hay que actuar, y actuar bien. Cuando debes hacer una elección y no la haces, esto ya es una elección, así que, cuando no tengas otra cosa mejor que hacer, puedes plantar un árbol: irá creciendo mientras tú duermes. La filosofía busca, y la búsqueda no termina en la inmanencia de este mundo, pues *todo pensamiento que no se decapita desemboca en la trascendencia*, en lo eterno. Ahora bien, no cabe búsqueda de lo eterno sin alguna esperanza en la bondad de la realidad de esta vida. A diferencia de quien contempla a los humanos como seres egoístas y orgullosos inmersos en el mal y destinados a la náusea o a la nada, *el filósofo procurará ayudar a llenarse de esperanza y a renacer de nuevo a cuanto parecía*

¹ Confucio: *Analecta*, 26.

² Aristóteles: *Ética a Nicómaco* IV, cap. 8.

destruido y roto, por ser su función sanadora y reparadora.

1.4. La filosofía ayuda a vivir una vida buena, a favorecer la confianza ciudadana y a construir un mundo mejor

En la buena ciudadanía existe convivencia amistosa, lo cual, según Cicerón, constituye el mayor placer de la vida. Pero la amistad entre los particulares debe completarse con la amistad entre los ciudadanos, algo que los griegos denominaron *política*. La filosofía invita a la actitud serena y prudente, al discernimiento desapasionado, al buen vivir. En su deseo de hacer el bien, proporciona contenidos formativos que nos ayudan a ser plenos, y no simplemente felices a cualquier precio, por eso propone un *corazón alegre* pese a las desventuras, porque un corazón triste sería un triste corazón; un *corazón liberador* de las esclavitudes; un *corazón esencial* a quien poco le basta para ser feliz; un *corazón bueno*, que nada echa al fuego de antemano, sino que espera, disculpa, acompaña y se esfuerza por ponerse energéticamente en positivo, antítesis del corazón duro; un *corazón magnánimo* que busca lo grandioso, no lo ruin, y por eso se abre a lo siempre más grande. Eso y no otra cosa distinta según Cicerón al alma grande: el filósofo trabaja por los derechos humanos en solidaridad con las personas, las instituciones y los pueblos sometidos bajo el peso de la marginación y el autoritarismo; asimismo rechaza las discriminaciones sociales y laborales, mostrando una real y fáctica sensibilidad con las personas desfavorecidas. Desde luego no solamente el filósofo trabaja en esta línea, pero además al filósofo ha de pedírsele un serio esfuerzo de profundización y de sistematización reflexiva. La *acción* es la hora de la verdad; sin ella todo se nos vuelven excusas y lamentos, como indica Quevedo en su *Sueño del Infierno*: “Y llegando a una cárcel oscurísima oí gran ruido de cadenas, grillos, fuego y azotes. Pregunté a uno de los que allí estaban qué estancia era aquella, y me dijeron que era el cuartel de los *¡oh, quién hubiera!* Son gente necia que en el mundo vivía mal y se condenó sin entenderlo, y ahora aquí se les va todo en decir: ‘¡oh, quién hubiera dado limosna!’ ‘¡oh, quién hubiera callado!’”. En el Oriente, Yan-Kieu dijo a Confucio: “Tu doctrina me complace, maestro, pero no me siento con fuerzas para practicarla”. El maestro le contestó: “Los débiles emprenden el camino, pero se detienen a la mitad; tú ni siquiera tienes voluntad para iniciar el camino; no es que no puedas, sino que no quieres”. La filosofía es cultura, cultivo, creatividad, forja, y para ello recomendaba san Agustín: *no vayas fuera, vuelve a ti mismo, en el hombre interior habita la verdad*. Uno debe ser capaz de verse a sí mismo en lo profundo de su identidad con honestidad, sin inflamarse con teatral indignación, sin máscaras, con lúcida conciencia de las propias inconsecuencias. Pasar del no

quiero al quiero tiene sus ritmos y sus ritos:

Saluda con humor, sonríe. Sabe vivir quien sabe reconocer a los dem as, y ese reconocimiento comienza por el *saludo*. Sin el saludo conoces, con el saludo reconoces. Si dejas de saludar a los conocidos comenzarn tarde o temprano a desconfiar de ti y acabarn un día infortunado por volverte la espalda, hurtando su rostro. Quien saluda convive. El *humor* es la verdad llena de simpatía. Ciertos pueblos dirimen sus rivalidades profundas contando chistes, ironizando, cantando, silbando, y de mil modos m as. Los hombres se diferencian entre otras cosas de los dem as animales en su capacidad de re irse de los dem as y de uno mismo. Si eres capaz de re irte indulgentemente de ti mismo, no temas: en lugar de enervarte por tus limitaciones, podrn superarlas. Sonreír es facilitar la verdad. Cipselo, señor de Corinto, se salvó de niño según la leyenda porque sonrió a quienes iban a ser sus verdugos. No esperes a que la sonrisa parta del otro. Si quieres ventaja, t matela: s  el primero a la hora de sonreír. Quien sonríe primero sonríe dos veces. Y no te acerques a una cabra por delante, a un caballo por detrás, ni a un carente de humor por ningún sitio. *Practica deportes, vive una vida sana.* Si los japoneses descargan la tensión de su laboriosidad en las artes marciales es porque el deporte reglamentado, convertido en juego caballeroso, deleita, instruye, y tonifica. Un puñetazo a un saco evita un puñetazo a un enemigo.  No es lo mismo vivir con problemas que morir entre balas! En la búsqueda de la verdad lo importante no es sólo ganar, sino participar con elegancia. Descansa.

1.5. La filosofía ayuda a conocerse a sí mismo y a vivir con firmeza

El discípulo entregó a Buda una flor y le pidió que le explicara su doctrina. El maestro tom  la flor, la contempl  en silencio durante un largo rato, y, sin mediar palabra, con un gesto indicó al discípulo que se retirase. Al parecer, de esta anécdota se deriva el *zen*: el misterio no se alcanza con palabras ni con razonamientos, sino mediante la contemplación. Ella produce la imperturbabilidad. Cierta ejército rebelde irrumpió en una ciudad y hasta los monjes del templo budista de la localidad huyeron. Todos, excepto el abad. El general qued  atónito: “ No sabes, rugi , que est s viendo a un hombre que puede traspasarte con su espada sin un parpadeo? - Y t , replicó el abad, estás viendo a un hombre que puede ser traspasado por una espada sin un parpadeo!”. El general, desconcertado, pasado un momento se inclin  reverencialmente y se march .

Quien se conoce a sí mismo sabe ser crítico de s  y *de los dem as*. Criticar no es destruir. La filosofía enseña a denunciar al gato que quiere pasar por liebre, y a tal efecto no tiene pelos en la lengua. Esto entraña vivir en el

riesgo, pues “donde hay poca justicia es peligroso tener razón”³. Únicamente supero los propios errores que reconozco. Por lo demás, el verdaderamente crítico con su propio yo compañero sabe aceptarse (¿para qué despedazarse a sí mismo?) y reconocer en los otros sus aspectos positivos. No echemos la culpa de nuestra cojera al empedrado: ¿no sería más interesante reconocer las cosas a fin de cambiarlas cuando sea posible, y de aceptarlas si no podemos? Si no te conoces te arriesgas a convertirte en potencial agresor. Algunos esperan el redoble del tambor y el airear al viento de la bandera para lanzarse contra el enemigo; como los primates, sienten entonces erizar sus cabellos, adelantar la barbilla, tensar el cuerpo, y buscan pelea. Desciende a las profundidades de tu yo, entonces podrás corregirte sin echar la culpa a los demás. Conócete a ti mismo, si quieres conocer a los demás, porque en ti viven los demás: quien sabe de sí de todos sabe. Es justo en su heterocrítica quien sabe criticarse a sí mismo.

De cualquier modo, *además de conocerse hay que actuar*. Si siembras un acto tendrás un hábito, si siembras un hábito tendrás un carácter, si siembras un carácter tendrás un temperamento aprendido. *Acción-hábito-carácter-destino*: al final el mundo resulta ser un espejo que te devuelve la imagen de tu propio rostro con el que le miras: frunce el ceño ante él, y te lanzará una mirada agria, trabaja para él y él comenzará a trabajar para ti. Es afortunado aquél cuyas circunstancias se ajustan a su carácter, pero es más excelente el que sabe adaptar su temperamento a las circunstancias. Tú puedes forjar tu buen temple, tu sana temperatura ética, o tu carácter destemplado. Pocas cosas se obtienen por azar, pocos deseos se realizan por sí solos, hay que buscarlos con afán y alimentarlos con diligencia. No fracasa quien intenta sin desmayo lo mejor, aunque no lo logre; mejor fracasar honradamente que triunfar con fraude. La persona valiosa se levanta tras la experiencia dolorosa sin consumirse en la inacción de la frustración: nuestra vida es trampolín, no hamaca. Ante un bien inalcanzado quizá te sientas mal, si fracasas; pero estás perdido si no lo intentas: duro es caer, pero es peor todavía no haber intentado nunca subir. Ilusión fracasada es la experiencia dolorosa, pero una vida sin ilusiones ¿qué es? No se sale adelante celebrando tan sólo los éxitos, sino superando fracasos, todo fracaso nos brinda una nueva oportunidad. Fracasado es quien comete un error, pero no sabe transformarlo en experiencia. Los errores suelen ser el puente que media entre la inexperiencia y la sabiduría, por eso en el fracaso hay dos tipos de clase: primera clase y ninguna clase. No te importe el fracaso, siempre que no te resulte destructivo. Lo peor es autodescubrirse fracasado ante uno mismo. Desde luego, la actitud más

³ Quevedo: *De la mundana falsedad y la vanidad de los hombres*. Ed. Castalia, Madrid, 1998, p. 28.

inteligente es enfrentarse a las situaciones con buen ánimo, él es a tu espíritu lo que el alma al cuerpo. En toda circunstancia siempre hay un lado brillante, detrás de la más negra nube nos espera un sol radiante, quizás puedas dar la vuelta en *U*; los conflictos no duran siempre. ¿Acaso la gema no continúa siendo valiosa cuando se encuentra en el lodo?, ¿es que el polvo vale algo porque el viento lo levante hasta el cielo? Lo que para algunos es una piedra que brilla, para el joyero es un diamante. Las luces del semáforo están a punto de cambiar de rojo a verde. No ganarás la carrera posterior por la derrota en la anterior, sé modesto y recomienza. Si dijese *ya basta, alcancé la perfección*, todo estaría perdido, pues la perfección hace que uno conozca su propia imperfección. Algunos se consideran perfectos, pero es sólo porque exigen menos de sí mismos. Repitémoslo una y otra vez: *abandonar puede tener justificación, abandonarse jamás*. El progreso es un error constantemente rectificado, recuerda que el hecho de dar por terminada una obra no responde a una ley de perfección. Y de la vanidad tampoco está libre nadie. En efecto, el ilustrado Diderot afirmaba en la *Enciclopedia* que “el filósofo camina en el rigor y en la luz, los demás entre las tinieblas, toma por verdadero lo que es verdadero, por falso lo que es falso, por dudoso lo que es dudoso, por verosímil lo que no es más que verosímil. Cuando no tiene motivo propio para juzgar, permanece impasible. Así juzga y habla menos, pero juzga con más seguridad y habla mejor. Las ideas del filósofo son claras y distintas, pues el filósofo aclara las causas, a menudo incluso las previene, y se entrega a ellas con conocimiento, por así decirlo, *como un reloj*, que se da cuerda a sí mismo. Nada mejor para un ilustrado que ser denominado reloj, algo que también se aplica al Dios, y por derivación al supuestamente especialista en cuestiones divinas, el matemático. El filósofo -continúa la *Enciclopedia*- evita los objetos que puedan causarle sentimientos que no convienen al bienestar ni a la razón. En su calidad de microcosmos refleja al macrocosmos, es el señor de la autonomía y de la autarquía, no depende de nadie. Es además “un hombre honrado que quiere agradar y ser útil, está lleno de humanidad, es humano y nada humano le deja indiferente. Cuanta más razón encontréis en un hombre, hallaréis en él más honradez. Por el contrario, donde reina el fanatismo y la superstición vencen las pasiones y el arrebato. El verdadero filósofo no está atormentado por la ambición, pero desea tener las comodidades de la vida; le es preciso, además de lo estrictamente necesario, algo comedidamente superfluo necesario para un hombre honesto, y con lo que sólo se es feliz; es la base del bienestar y de los placeres. Son falsos filósofos quienes con sus indolencias y máximas deslumbrantes han enseñado que les basta con lo

estrictamente necesario. En fin, los pueblos serán dichosos cuando los reyes sean filósofos, o cuando los filósofos sean reyes”⁴.

Hay que proclamarlo sin ambages: *a esas filosofías que carecen del deseo de hallar la verdad* les faltan tanto la *filo* como la *sofia*. Sin un *amor emocionado* por el saber nos falta todo. En efecto, sin amor la justicia te hace duro, la inteligencia te hace cruel, la amabilidad te hace hipócrita, la fe te hace fanático, el deber te hace malhumorado, la cultura te hace distante, el orden te hace complicado, la agudeza te hace agresivo, el honor te hace arrogante, la amistad te hace interesado, el poseer te hace extraño, la responsabilidad te hace implacable, el trabajo te hace esclavo, la ambición te hace injurioso, todo *hacer* es un *des-hacerte*. Añade Aristóteles que amar es querer el bien para alguien y, siendo esto así, alcanza a dos términos: a sí mismo y al amado. Ahora bien, el amor con que se ama a alguien bueno es amor en sentido pleno, pero el amor por el que se ama a otro que sólo es bueno en orden a un tercero bueno es amor en sentido menor respecto al segundo. En fin, que la filosofía es un amor sapiencial tan complejo, indefinible e indelimitable, que si lo abarcamos nos situamos fuera de él, si lo desguazamos la paralizamos, y si lo guardamos sin comunicarlo nos extraviamos. Ahora bien, esto no impide –sino todo lo contrario- que lo estudiemos, ni que podamos agradecerle cuanto somos.

1.6. La filosofía busca definir los límites del Estado y la sociedad

A diferencia de sus predecesores, entre ellos el sofista Calicles, según el cual los Estados surgen por la imposición de los más fuertes sobre los más débiles, Platón (428-347 a.C) diseñó en su diálogo *La República* la idea de un Estado perfecto en orden al bien común, del cual excluía sin embargo a esclavos, extranjeros vencidos, etc. Pese a su genio, Platón no llegó a imaginar una sociedad sin esclavos; la plena participación estatal (social, política y económica) solamente fue pensada para los ciudadanos libres, a saber: Los *artesanos* (trabajadores, campesinos, obreros), cuya función es la de satisfacer la necesidad de bienes, alimentos y útiles. Comparando al Estado con un cuerpo humano, Platón los sitúa en el estómago: son las tripas del Estado, por lo que están especialmente necesitados de la virtud de la *templanza* o temperancia que modera los apetitos y placeres de los sentidos. Los *guerreros*, encargados de la defensa y conquista de territorios y del orden de la ciudad, exentos de trabajos considerados inferiores, son el músculo, los brazos, el pecho, del Estado, por lo que están especialmente necesitados de la rara virtud de la *valentía*. Los *gobernantes*, es decir, los filósofos –cabezas sabias del cuerpo humano- se

⁴ Diderot: *Filosofía*. Ed. La Force. Paris, 1978, p. 42.

hallan especialmente necesitados de la virtud de la *prudencia*, sabiduría práctica.

Muy distinto es el punto de vista de *Thomas Hobbes* (1588-1679), quien supuso la existencia de un estado natural en los hombres, que originariamente vivían como seres naturales libres de toda vinculación, a pesar de ello el más desagradable de los imaginables, pues (aunque Jean Jacques Rousseau lo negara luego) los hombres, malos fundamentalmente, tratan de conseguir su provecho sobre los demás, y por eso se temen como lobos entre sí, reinando la anarquía, el crimen y la *guerra de todos contra todos*. Por eso el instinto de propia conservación decide al hombre a firmar un pacto o contrato colectivo con la institución de un poder superior y común a todos, el Estado soberano que arbitra los conflictos a costa de imponer su omnímoda voluntad. También *John Locke* (1632-1704) parte de la idea de un estado natural de hombres iguales y aislados que, no pudiendo garantizar la vida, la libertad y la propiedad, se vieron impelidos a reunirse en comunidad, aunque para ello -por la libre voluntad de todos- tuvieron que limitar su independencia transfiriendo sus derechos a un Estado con poder no arbitrario ni despótico por encima de ellos a fin de salvaguardar sus derechos inviolables. *Juan Jacobo Rousseau* (1712-1778) asegura en su *Contrato social* (1762) que pudo haber una perdida edad de oro en que las relaciones humanas fueron de simplicidad, igualdad y libertad, aunque bien pronto la codicia la arruinó. Para recuperarla, el hombre -a cambio de su libertad natural ya perdida- se subordina al poder del Estado y firma un contrato social con renuncia al estado de naturaleza. Ahora bien, tras el contrato no pierde el hombre sus derechos, sino que la participación en la legislación asegura la libertad al hombre, por cuanto cada uno otorga su conformidad a las leyes en cuya formación ha participado. El ideal rusioniano es el de la *democracia directa*, la *voluntad general* en lugar de la sumisión al soberano único. No hay dictadura buena. Gobierno *tiránico* es aquel donde el superior es vil y los inferiores envilecidos; gobierno *bueno*, el que hace felices a los gobernados, y atrae a los que viven lejos; gobierno *mejor*, el que nos enseña a autogobernarnos; gobierno *óptimo*, aquel que se hace superfluo. Se puede estar más o menos críticamente en favor de la democracia, pero nunca fuera de ella. Verdad es que la justicia sin la fuerza, y la fuerza sin la justicia, constituyen dos grandes desgracias; sin embargo, los dictadores siempre olvidan que gobernar es pactar, y que pactar no es ceder, sino saber rectificar. Ellos se creen hombres incorruptibles, y hasta piensan que son como los billetes de banco de un millón, que es difícil cambiarlos. Por eso no quieren enterarse de que los gobiernos son velas; los pueblos, el viento; el Estado, la nave; el tiempo, el mar; y ellos, el lastre. Ellos, los dictadores, fusilarían a quienes se atreviesen a decirles a la cara esta frase: una papeleta de voto es más fuerte que una bala de fusil. Sin embargo, nunca se entra en un corazón

por la fuerza, nadie puede ser llamado señor de otro por fuerza, tirano sí; por la fuerza un rey puede hacer un noble, pero no un caballero. La fuerza tiránica sólo es capaz de hacer esclavos en torno a sí, el tirano hace a los esclavos, y los esclavos que aceptan su esclavitud hacen a los tiranos. En la dictadura la gente, en lugar de pensar, recita, y en lugar de caminar reptar. Sin embargo, el dictador está siempre amenazado, pues a muchos ha de temer quien es temido por muchos.

Seis son hoy los tipos de sociedad: Países con sociedad civil con gran capacidad de organización, motivación y activación colectiva y con un Estado fuerte y bien articulado capaz de recoger los recursos y de estar presente en la sociedad civil. Países con Estado fuerte y sociedad débil, lo más frecuente. Países sin Estado ni sociedad civil fuertes, como en las repúblicas bananeras. Países con Estado promotor de un equilibrio social basado en un fuerte partido socialista democrático capaz de establecer el pacto constitucional con las fuerzas políticas de derecha e izquierda en orden a defender la democracia, y el pacto complementario y prioritario con los sindicatos y amplios sectores de la sociedad civil. Países con movimientos sociales potentes y organizaciones populares y sindicales que desde fuera apoyan la gestión que hace desde dentro el Estado. Este *esperar sin dormir* marcaría la actitud del resistente activo de la izquierda anticapitalista que niega el desorden establecido, denuncia testimonialmente y organiza la resistencia frente a los poderes dominantes buscando un proyecto positivo y con posibilidades de éxito. Países con un Estado que legitimaría en exclusiva la sociedad civil a condición de que su ejercicio fuese conforme a derecho social. Falta saber si lo que se presume un Estado salvador no será aquello mismo que impida esa presunta salvación. Lo ideal sería un tipo de sociedad civil fuerte, viva, articulada, culta, ética, y un Estado mínimo y progresivamente decreciente. Para ello habría que tomarse en serio que la liberación de la sociedad civil es cosa de la sociedad civil misma, y que no puede nunca esperarla del Estado cual concesión gratuita de éste. Sea como fuere, la democracia encuentra su fundamento en el respeto a las personas e instituciones dentro del marco de la libertad que busca la igualdad⁵. Ninguna sociedad digna puede evitar la búsqueda de *libertad, igualdad, fraternidad* buscando *llenar de libertad la igualdad democrática, llenar de igualdad la libertad democrática*. Libertad e igualdad forman una mancuerna indisoluble: *libertad sin igualdad vacía, igualdad sin libertad ciega; ni libertad sin igualdad, ni igualdad sin libertad*. Esa es la tarea de toda democracia; como dijera *Alexis de Tocqueville* (1805-1889), “la democracia no da al pueblo el gobierno más hábil pero hace lo que el gobierno más hábil

⁵ Kant, E: *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Ed. Espasa, Madrid, 1990, pp. 100-103.

es frecuentemente incapaz de hacer: expande en todo el cuerpo social una fuerza sobreabundante, una energía que no existe jamás sin ella y que, por poco que las circunstancias sean favorables, puede hacer maravillas”. En todas las culturas se ha exaltado la *filadelfia*. El término *adelphós*, *hermano*, originariamente biológico, pasó a ser sinónimo de *prójimo* entre los israelitas. Todavía durante la *Revolución francesa* (1789) deviene lema: *libertad, igualdad y fraternidad*. Frente a la monarquía absolutista, la reivindicación más urgente y sentida era la *libertad*. Con ella se creía posible acceder a la no menos ansiada *igualdad*. Sólo con la revolución rusa de 1917, desconfiándose de la libertad del capitalismo, el comunismo hizo hincapié en la *igualdad* incluso a costa de la libertad. Desde entonces, el antiguo *libertad, igualdad, fraternidad* ha dado paso al lema nuevo *libertad, justicia, solidaridad*. Pero el término *solidaridad* no explica por qué haya que ser solidarios: ¿por qué serlo con quien niega la fraternidad? También fue suprimida la *igualdad*, a favor del término *justicia*, algo demasiado abstracto. Lo que se mantiene es la *libertad* del neoliberalismo para que el pez gordo se coma libremente al chico. Y eso es lo que queda del lema del 1789. Mas ¿cómo hacer fraternidad sin el reconocimiento de una misma *Paternidad* que nos iguala a todos como hermanos en la *igualdad*, aquella que aún siendo muy consciente de las diferencias las asume dentro de la unidad común? Digamos pues: *Fraternidad, igualdad, libertad*. Y arrememos el hombro.

1.7. Fe y ciencia

No resulta fácil la apertura a lo *Totalmente Otro* en un mundo como éste, gran espejo cóncavo para que el hombre se contemple exclusivamente a sí mismo y no refracte ninguna mirada hacia otro lugar que no sea el propio ombligo; en tal mundo no resulta fácil el reconocimiento de lo que le trasciende, le funda, le da sentido, y le salva. Pero también sabemos que en dicho contexto, y a pesar de la arrogancia que exhibe, el ser humano de hoy teme encontrarse con lo Totalmente Otro: “Nunca, olvidaré que cierto día, en un pasillo del Ateneo, me confesó un ingenuo ateneísta que él había nacido sin el prejuicio religioso, Y esto me lo decía, poco más o menos, con el tono y gesto que hubiera podido declararme: yo, ¿sabe usted?, he nacido sin el rudimento del tercer párpado, Semejante manera de considerar la religión es profundamente chabacana, Yo no concibo que ningún hombre, el cual aspire a henchir su espíritu indefinidamente, pueda renunciar sin dolor al mundo de lo religioso; a mí al menos me produce enorme pesar sentirme excluido de la participación en ese mundo, Porque hay un sentido religioso, como hay un sentido estético y un sentido del olfato, del tacto, de la visión, Porque es lo

cierto que sublimando toda cosa hasta su última determinación llega un instante en que la ciencia acaba sin acabar la cosa; este núcleo *transcientífico* de la cosa es su religiosidad”⁶. Ahora bien en el supuesto de que decidiésemos hablar de Dios ¿no sería esa una ocupación noble y digna pero arbitraria, necesaria aunque poco científica, y en definitiva una manera como otra cualquiera de perder el tiempo sin llegar nunca a ninguna conclusión? A esta pregunta se ha venido respondiendo con opciones muy diferenciadas a lo largo del tiempo, respecto de las cuales nos parece necesario señalar al menos las siguientes:

Inabarcabilidad de Dios. Si Dios existe, no puede ser abarcado por ninguna mirada humana. Eso sí, la persona *religiosa* se abre mediante la fe al *misterio* y a lo *sagrado*; con su *fe* va más allá de la mera razón matemática (razón dura) aunque no contra ella. Mientras el creyente se arrodilla ante el misterio, el *científico* busca resolverlo única y exclusivamente con la *razón matemática*, es decir, con la *demostración científica*, lo que no impidió a un personaje español del siglo XVII, Caramuel, escribir unas *Matemáticas audaces* en orden a la demostración geométrica de los dogmas católicos. A veces, pues, ciencia y religión incluyen inevitables *visiones del mundo*. Así las cosas, ¿existe irreductibilidad entre razón científico-matemática y fe religiosa?

Fideísmo. Para los fideistas *sólo la religión es ciencia verdadera*, convicción propia de algunas *religiones del libro sagrado*, no sólo inspirado sino incluso directamente escrito por Dios, religiones por tanto no bien avenidas con la ciencia. Todavía hoy de una manera especialísima defiende esta posición el *Islam*. Los partidarios de esta opción, siempre a la defensiva y anhelantes de *salvar la fe* de la *amenaza* de la ciencia, llegan a convertirse, como el *Bossuet* de antaño, en apologetas de la *santa oscuridad*, es decir, del oscurantismo frente a la razón, del integristismo (la verdad es íntegra y exclusiva, o no es) frente al progresismo, y del antigüismo frente al modernismo, aunque tampoco nos parezcan intelectualmente muy fértiles los nuevos modernistas, antítesis pero a la vez cuña de la misma madera.

Cientifismo. *La religión es verdadera en la medida en que sea científica:* Los partidarios de esta opción se dicen a sí mismos: puesto que la verdad es una y única, no cabe pensar ya en *doble verdad* alguna, lo que ocurre es que la religión (como Kant aseguraba) debe mantenerse *dentro de los límites de la mera razón* para gozar de credibilidad; así pues, según esta opinión una religión será verdadera en la medida en que encaje dentro de una ética pura dictada por la mera razón, o sea, en la medida en que coincida con el comportamiento modélico del *héroe ético y científico* humanista, y de este

⁶ Ortega y Gasset, J: *Sobre el santo*. Obras, VI, 16.

modo la ética científica surgida del músculo del Héroe adquiere un valor de absoluto que le confiere primacía sobre la convicción religiosa del creyente centrado en Dios. En esta opción se ha suplantado la palabra de Dios por el cumplimiento ético de los filósofos y de los matemáticos, y este *moralismo* ha hecho mucho más daño de lo que parece en las religiones en la medida en que la relación de Amor queda reducida a relación de justicia social a su vez explicitada con pretensiones de rigor científico. *Sólo la ciencia es verdadera*: Yendo más lejos en esta escalada, el saber científico se convierte en *religión del ateo*, en *el credo de los no creyentes*. Aquí *la ciencia se convierte en Biblia*, posición que encuentra su formulación definitiva primero en la obra de Laplace *Exposición de los sistemas del mundo*, el cual a la pregunta de Napoleón sobre el lugar de Dios en su obra, responde: *no necesito tal hipótesis*, y después en el *positivismo*, cuyo último exponente fue el *Círculo de Viena*, que convierte a la física en religión de la humanidad, a pesar de la advertencia de André Breton: “Guardémonos de contribuir a la formación de una nueva religión que sea, paradójicamente, la religión de la ciencia”⁷. La ciencia, que surgió contra el inmovilismo, termina presa de él.

Unidad entre el método y los resultados de la ciencia. Llegados aquí, sería muy bueno desmitificar lo que desde Descartes y Kant se ha denominado *razón pura*. En efecto, si hubo alguna predicción autoderrotante fue la de que el progreso enterraría a las religiones haciéndolas “entrar en razón”, concepto límite tan polar y ficticio como el anterior, y por eso Hölderlin, el inspirador del *Programa sistemático más antiguo del idealismo alemán* -pretendida *summa* de la razón pura-, defiende su tesis racionalista como un *acto estético*, *una nueva mitología de la razón*. Imposible, pues, definir lo racional químicamente puro, algo sobre lo que ninguno se puso jamás de acuerdo a pesar de todos. Nada habría más fácil para derrotar a un racionalista simplificador que pedirle una *definición exhaustiva de razón*: bastaría con sentarse a su puerta para ver salir por ella su cadáver. El *racionista* (hiperracionalista dogmático) se defiende como puede, acusando a sus adversarios de andar dando trancazos contra el candil de la racionalidad para imponer en su nombre el de su oscuridad. En suma, cabe llegar a la barbarie cargado de *sinrazón pura*, así como utilizar buenas razones para malas causas. ¿Hasta cuándo el manejo de herramientas intelectuales tan obsoletas? Hasta que demos el paso hacia la *razón cálida*, *donde el yo pienso incluye al yo quiero sin fagocitarle*, donde la razón se hace palabra cálida. Los animales estudiados por norteamericanos van frenéticos de un lado para otro con gran apresuramiento y viveza, y llegan al fin por casualidad al resultado apetecido.

⁷ *Position politique du surrealisme*. Ed. Béliavste, Paris, 1970, p. 67.

Los animales observados por alemanes quedan quietos y pensativos y llegan a la solución por obra de su conciencia interior. Para el hombre corriente tal estado de cosas es desalentador. Tal vez las cobayas, además de complacientes, son más listas que los experimentadores y por eso se comportan *conductistamente* si el que las estudia es *conductista*, y *gestálticamente* cuando se fija en ellas un partidario de la *psicología de la forma*. ¿Acaso debemos poner en duda la respetabilidad y objetividad de la ciencia, como un todo? Seguramente sería exagerado llegar tan lejos, pero incluso la investigación científica es una actividad humana tan contaminada de mentiras y maldades como todo lo que éste toca. Hay numerosos estudios que lo prueban. Alexander Kohn y Federico Di Trocchio, por ejemplo, han escrito interesantes libros en los que se pasa revista a los más célebres fraudes de la historia de la ciencia, un panorama que va desde los experimentos que Galileo no realizó, hasta los misteriosos y evanescentes ‘rayos N’; desde el cráneo de Piltown, hasta la *poliagua*, y desde los más humildes ayudantes de laboratorio hasta los más eminentes premios Nobel. Otros trabajos han analizado la estructura y funcionamiento de la *industria del saber*, mostrando cómo se ven implicados los jóvenes científicos en una loca carrera donde lo que importa en definitiva no es la verdad sino el éxito en los proyectos subvencionados, publicaciones, promociones profesionales, premios y el reconocimiento público de las autoridades reconocidas en la materia. La investigación científica misma, con la anuencia de eximios científicos ha colaborado con las más sanguinarias dictaduras de la historia. Todo ello es verdad y, sin embargo, cualquiera que conozca la realidad de la ciencia y del mundo podrá con justicia replicar que todas estas patologías no empañan la salud global del cuerpo de saber positivo. Es cierto que en nombre de la ciencia se engaña, se abusa y se oprime, pero eso se debe precisamente a que el engaño, el abuso y la opresión han de buscar un disfraz para perpetrar sus desmanes. Si los pícaros de -antaño se hacían pasar por monjes o clérigos, ¿qué hay de extraño en que quienes buscan hoy un fácil medro traten de confundirse con lo que hay de más válido e indiscutible en el panorama de la cultura contemporánea? La ciencia no es un mero automatismo de la razón, algo que más tarde o más temprano acabará produciendo un aparato desarrollado en el MIT (*Instituto Tecnológico de Masachusset*): algo así como un dispositivo en el que se arrojarían los datos empíricos por el colector de admisión y se obtendrían las teorías pertinentes por la ranura de salida, al igual que en una licuadora se echa la fruta por arriba y se recoge el zumo por abajo. Las cosas son muy de otra forma: los fenómenos que estudia el científico son ambiguos, admiten muchas interpretaciones, pueden ser abordados desde distintos puntos de vista y admiten racionalizaciones encontradas, llegando al

todo vale, como parecía decir Feyerabend; más bien la investigación científica es como un concurso en el que se reparten muchos trofeos, y en el que, según tu fortuna y habilidad, puedes volver a casa con las manos vacías, agraciado con una modesta pedrea, o favorecido con alguno de los premios gordos. Y para conseguir éstos es necesario algo más que sacar brillo al ocular del telescopio y punta al lapicero con que se realizan los cálculos: es imperativo tener criterio a la hora de apuntar hacia un lugar del cielo mejor que otro, o a la de elegir los algoritmos más pertinentes. Eso es algo que tiene que ver con el establecimiento de los presupuestos, y los presupuestos nunca están dados ni en modo alguno son obvios, a no ser que renunciemos a la más remota posibilidad de ser creativos y nos conformemos con sacar algún decimal más a la estimación que otros acreditaron.

¿Y qué decir sobre la presunta inmutabilidad de los presupuestos de las ciencias duras? Supongamos que hemos adoptado una posición “realista”, o sea, que creemos que la ciencia investiga una “verdad” que está más allá de nuestras mentes y caprichos, y a la que podemos ir aproximando nuestras creaciones intelectuales -las teorías- de un modo aceptable para todos, por encima incluso de los intereses, prejuicios y obcecaciones particulares. Al fin y al cabo, muchas afirmaciones de la ciencia siguen siendo válidas siglos o milenios después de que fueran formuladas por primera vez, y tenemos la fundada esperanza de que lo sean por tiempo ilimitado. Es cierto que el progreso científico nos obliga a modificar sin cesar muchas cosas, pero tampoco es un tejer y destejer, sino un progresivo afinamiento de un esbozo, cada vez más neto, completo y significativo. Aunque se dé por bueno todo lo dicho, no está de más distinguir entre una verdad con minúscula, propia de una parcela restringida de la investigación, y otra verdad en sentido más amplio, que no niega la anterior, pero sí la relativiza bastante. Un ejemplo. Antaño se creía que la única base ontológica firme para poder asentar la indagación científica era el determinismo. Si las cosas no estuvieran determinadas en sí mismas, mal podría conducir su estudio al descubrimiento de leyes. Y como de hecho se habían encontrado leyes cada vez con mayor profusión y alcance, se aceptaba que la realidad por fuerza estaba regulada en la misma medida en que los científicos eran capaces de anticiparla. Además, muchos creían razonable postular que, para que la ciencia tuviera ante sí un horizonte ilimitado de progreso, hasta la última parcela del universo tendría que estar absolutamente predeterminada. El matemático y astrónomo francés Laplace fue quien de un modo más enérgico sentó tal presupuesto: una mente, decía, suficientemente capaz como para registrar con todo detalle cómo se encuentra el universo en un momento dado, podría en principio averiguar con certidumbre cómo estuvo antes y cómo estará después. Aquí tenemos un

ejemplo de algo que, según el propio Laplace, nunca se podrá acabar de demostrar, y que por tanto es un presupuesto de las teorías científicas tal como las entendieron muchos sabios hasta Einstein. Es un presupuesto que trataba de anticipar una verdad de la ciencia, verdad que cada nuevo descubrimiento reforzaba y que a su vez alentaba los esfuerzos de ulteriores generaciones para seguir avanzando. La circunstancia de que esa presunta “verdad” de la ciencia estuviera en conflicto con la creencia en la libertad, el carácter abierto de la historia, los presupuestos de la ética, etc, no molestaba a muchos de los que creían en ella, los cuales mantenían con frecuencia una actitud esquizofrénica, optaban por el materialismo en otras ocasiones, o simplemente se encogían de hombros no teniendo nada que decir al respecto. El determinismo era un presupuesto gratuito y en el siglo XX llegó a convertirse en un auténtico estorbo para el genuino progreso científico: hasta que los investigadores no se quitaron de la mente la obsesión por determinar la naturaleza no pudieron descubrir las leyes más básicas e interesantes que rigen el mundo físico. Hacia 1920 muchos físicos abandonaron su fe en el determinismo no tanto porque se dieran cuenta cabal de que se había convertido en un obstáculo epistemológico, sino porque, desanimados por la catástrofe de la primera conflagración mundial, sucumbieron a la ola de irracionalismo que sacudió Europa en la posguerra. Este caso, que no es el único en su especie y que, además, tiene una trascendencia enorme. La primera es que las teorías científicas parten de presupuestos que no son propiamente científicos, pero que resultan en la práctica imprescindibles para hacer viable la investigación. La segunda es que estos presupuestos trascienden los límites de la ciencia concreta a que se aplican y por tanto tienen una dimensión interdisciplinar. Tercera consecuencia: es una grave y peligrosa manipulación olvidar la conexión orgánica entre los distintos conocimientos y establecer presupuestos únicamente en función de una más fácil y cómoda solución dentro del ámbito restringido en que uno quiere moverse. Cuarta consecuencia: resulta muy útil y conveniente, incluso desde el punto de vista escuetamente científico, hacer un esfuerzo de consideración global de la realidad a la hora de elegir los presupuestos que van a servir como punto de partida de la investigación. En otras palabras: hacer un poco de filósofo, ejercitar la reflexión y la autocrítica en las fases preliminares de la investigación, no sólo no está contraindicado, sino que es recomendable, a la vista de los resultados de la historia y la filosofía de la ciencia. Quinta consecuencia: conviene pensar, a medida que progresa el estudio emprendido, qué repercusiones pueden tener los resultados obtenidos en otras disciplinas afines o relacionadas con la que se ejerce. Hacerlo así supone, además de una muestra de solidaridad muy recomendable, una garantía de corrección. Muchos atascos y errores podrían haber sido

evitados, si los investigadores de turno se hubiesen tomado la molestia de considerar la monstruosidad teórica que estaban generando.

Pues bien, ¿da de sí la razón fría para dirigirse a Dios? ¿Si no lo veo no lo creo, o si no lo creo no lo veo? Obviamente, no da de sí o, como diría un kamikaze de la dialéctica, sí es verdad que da de no: “Suponed que mañana por la mañana, después del desayuno, todos nosotros somos sacudidos por un trueno que hace añicos la tierra. Los árboles dejan caer sus hojas, el cielo es una llamarada, las nubes se abren y aparece la inmensa y radiante figura de un Zeus que señalándome exclama para que todos lo oigan: *Ya está bien de tus teologías, sutilezas lógicas y juegos de palabras. De ahora en adelante, ten la completa seguridad de que yo certísimamente existo.* Y esto no ha sido un asunto privado entre el cielo y yo, sino que todo el mundo ha oído lo que me decía. Si esto ocurriera, yo quedaría completamente convencido de que Dios existe”. Así escribe uno de los agnósticos más connotados. A mí sin embargo su explicación me parece demasiado sumaria, pues si yo viera a un Dios tan alto como el Everest o el Himalaya juntos no vería a Dios, tan sólo a un diosecillo enano y truculento. ¿Hasta cuándo habrá que seguir la cantinela del *si no lo veo no lo creo*, y no más bien el *si no lo creo no lo veo*? ¿Existe, pues, Dios? He aquí una selva de respuestas diferentes: -Esa pregunta ha caducado: espiritualidad sí, religión no. -La única excusa ante el mal, es que Dios no existe. -Dios no estaba en *Auschwitz*. -Esa pregunta no viene en mi catecismo. -¿De qué Dios está usted hablando? -Dios es un pensamiento que vuelve torcido todo lo derecho y que hace voltearse a todo lo que está de pie; ¿qué debería suceder para decir que Dios nos ama, o que Dios no existe?; es asunto suyo. -Es tan ateo afirmar la existencia de Dios como negarla, por eso de lo que no se puede hablar es mejor callar. -La frase *hay un Dios* quiere decir que en pleno ejercicio de mi libre arbitrio siento la necesidad de hacer el bien. -¿Para qué más necesitamos a Dios?; si hubiera dioses, ¿cómo soportaría yo el no ser Dios! Por tanto no hay dioses. -Una noche requerí a Dios para que, si de verdad existía, se declarase. Permaneció callado y ya no volví a dirigirle la palabra. -Dios existe, yo lo he encontrado. -Si Dios no existiera habría que inventarle. -Si Dios no existiera, todo estaría permitido. -Cambiaría tu comportamiento si existiera Dios? En caso afirmativo, necesitas un Dios. - Todo está lleno de Dios.

Aquel ateo cayó por un precipicio y, mientras rodaba hacia abajo, pudo agarrarse a una rama de un pequeño árbol, quedando suspendido sobre la oscuridad del abismo que se abría a sus pies, pero sabiendo que no podría aguantar mucho tiempo en aquella situación. Entonces tuvo una idea: *¡Dios!*, gritó con todas sus fuerzas, pero sólo le respondió el silencio. *¡Dios!*, volvió a gritar: *¡Si existes sálvame y te prometo que creeré en ti y enseñaré a los otros*

a creer! Más silencio. Pero de pronto una poderosa Voz, que hizo retumbar todo el cañón y que casi le hizo soltar la rama por el susto, le respondió: *Eso es lo que dicen todos cuando están en apuros –¡No, Dios, no!*, gritó el hombre. *¡Yo no soy como los demás! ¿por qué habría de serlo, si ya he empezado a creer al haber oído por mí mismo tu Voz? ¡Ahora todo lo que tienes que hacer es salvarme, y yo proclamaré tu nombre hasta los confines de la tierra!*. –*De acuerdo*, dijo la Voz. *Te salvaré. Suelta esa rama.* –*¿Soltar la rama?*, gimió el pobre hombre, *¿crees que estoy loco?* A la mañana siguiente, unos excursionistas se encontraron muy sorprendidos al ateo que había muerto congelado, agarrado con dos manos al arbusto situado a poco más de un metro del suelo. Y es que para escuchar la voz no basta con la racionalidad fría.

En todo caso, *preguntarse por Dios es razonable*: “*Razonable* no significa forzosamente verdad no suficientemente probada pero conforme a la razón; significa primariamente que es congruente aceptar en la vida aquello que la razón conoce, sea o no suficiente tal conocimiento. Y la aceptación en cuestión será tanto más razonable cuanto más riguroso sea el conocimiento. *Lo razonable en este sentido es más que lo racional*; es lo racional transfundido en todo el ser de la persona. Aunque se demostrara matemáticamente la necesidad de que la voluntad acepte incorporar al ser de la persona lo que la razón descubre, sin embargo la aceptación real y efectiva quedaría siempre abierta a una opción. Por eso es necesaria la voluntad de ir hacia el fundamento de mi yo en la religación que pone en marcha el proceso intelectual. Este proceso es en sí mismo la constitución del ámbito de una posible entrega a Dios. Pero esa misma actitud como voluntad libre y razonable de entregarme a lo que la inteligencia me muestre ser el fundamento de mi yo es principio de que me entregue realmente a lo que la inteligencia conoce. En su virtud, la entrega que era simple posibilidad constitutiva del conocimiento de la *realidad-fundamento* se convierte, por un mismo principio, en realización libre de aquella posibilidad en fe. No se trata de que la fe lleve a la intelección, ni de que ésta lleve a aquélla, sino de que ambos aspectos constituyen unidad en la raíz misma de donde emerge el movimiento de la persona hacia Dios: en la voluntad de fundamento como principio de actitud, en cuyo interior conocimiento y fe no son sino dos momentos de este unitario movimiento”⁸. Lejos, pues, de contraponer fe y razón, entendemos la fe como algo *razonable* que, aun no siendo una verdad suficientemente probada, es conforme a la razón, de ahí que resulte congruente aceptar en la vida aquello que la razón conoce, aceptación que será tanto más razonable cuanto más riguroso sea el conocimiento. Lo razonable es lo racional transfundido en todo

⁸ Zubiri, X *El hombre y Dios*. Alianza Ed, Madrid, 1988, pp. 275 ss. También Díaz, C: *Preguntarse por Dios es razonable*. Ed. Encuentro, Madrid, 1989, 500 pp.

el ser del hombre. Aunque se demostrara matemáticamente la necesidad de que la voluntad aceptase incorporar al ser de la persona lo que la razón descubre, la aceptación real y efectiva quedaría siempre abierta a una opción. Por eso es necesaria la voluntad de hallar fundamento. No se trata de que la fe lleve a la intelección, ni ésta a aquélla, sino de que constituyen unidad radical. Conocimiento y fe son dos momentos de este unitario movimiento, la unidad radical no sólo posible sino real del conocimiento de Dios y de la fe en Él como opción libre por lo razonable. Fe razonable: el creyente no se salva por su sola sabiduría, pero entiende mucho mejor aquello que cree, lo transmite más fidedignamente, y vive con más fidelidad. Despertémonos un poco antes para estudiar un poco más, trabajando para entender sin dejar de entender para trabajar, pues es necesario un enorme esfuerzo por expresar la fe con las categorías culturales de cada época, por supuesto también de la nuestra. En ese esfuerzo, la fe madrugadora, lejos de dejarse arrastrar perezosamente por las culturas paganas, las fecunda con su potencia propositiva, y de tal modo las transforma. La fe bruta del carbonero estaría bien quizá para el carbonero que no hubiese tenido ocasiones de cultivarse, pero el suyo parece un oficio a extinguir. Dejemos, pues, que los carboneros entierren a sus carboneros, y despertémonos para entender para trabajar y a la inversa.

1.8. El filósofo, cuidado con su narcisismo

Pero el filósofo no es Dios, y es algo que molesta a demasiados filósofos. El filósofo de la Ilustración adopta un porte externo que simultáneamente seduce y repele. Casaca ceñida y empolvada, gusto refinado y actitud engolada, siempre dispuesto al razonamiento sutil, a la crítica mordaz y al galanteo donjuanesco: “Cuando se habla de mujeres, dice Diderot, hay que mojar la pluma en el arco iris y echar sobre la línea polvo de alas de mariposa; como el perrito del peregrino, cada vez que se sacuda la pata, es preciso que caigan perlas. Su hábitat es el salón rococó, donde las damas coquetean y la única cosa que se les ha enseñado es llevar bien la hoja de parra que han recibido de su primera ancestra. Todo lo que se les dice y se les repite dieciocho o diecinueve años seguidos se reduce a esto: hija mía, ten cuidado con tu hoja de parra, tu hoja de parra va bien, tu hoja de parra va mal”⁹. Y el salón nos conduce al espacio geométrico en donde surgen el palacio neoclásico y el jardín versallesco. Son los lugares en los que la racionalidad cartesiana toma cuerpo en columnatas y parterres, en perspectivas y fontanas, y donde la aparente anarquía de la decoración capitula ante el poder de la

⁹ *Escritos filosóficos*. Editora Nacional, Madrid, 1975, pp. 243-246.

simetría, que la racionalidad impone. En aquél tiempo, aún cercano, y en estos espacios, aún presentes, deambulan nombres admirados: Leibniz, Newton, Voltaire, Montesquieu, Bach, Mozart, Hume, Kant, Rousseau. En el siglo de las *luces* todo lo geométrico es luminoso, racional; geometría, luz y razón son sinónimos; es también el siglo de la *Enciclopedia*, escritura luminosa de los filósofos y compendio de todos los saberes y de todos los sabedores, pues se aspira a que cada autor y cada uno de sus vocablos contenga a todos los demás a modo de panóptico, de acuerdo con la geometría newtoniana, donde un teorema contiene a todos los demás por derivación. En el correspondiente artículo de la *Enciclopedia* ‘el filósofo camina en el rigor y en la luz, los demás entre las tinieblas, toma por verdadero lo que es verdadero, por falso lo que es falso, por dudoso lo que es dudoso, por verosímil lo que no es más que verosímil. Cuando no tiene motivo propio para juzgar, permanece impasible. Así juzga y habla menos, pero juzga con más seguridad y habla mejor. Sus ideas son claras y distintas, de lo contrario suspende su juicio, pone lo juzgado entre paréntesis. El filósofo aclara las causas, a menudo incluso las previene, y se entrega a ellas con conocimiento; es, por así decirlo, como un reloj que se da cuerda a sí mismo”¹⁰. No cabe definición más ventajosa de algo en este periodo que la de llamarle a alguien *reloj*, sustantivo que se utiliza para definir a Dios -relojero- y derivadamente al supuestamente especialista en cuestiones divinas, el matemático. Dios es matemático, y el matemático quien está más cerca de Dios, tal y como lo postula el deísmo. El reloj es orden, rigor, puntualidad, exactitud, verdad. Es la época de los coleccionistas de relojes. Y de las máquinas. El filósofo -continúa la *Enciclopedia*- evita los objetos que puedan causarle sentimientos que no convienen al bienestar ni a la razón. Microcosmos que refleja al macrocosmos, es el señor de la autonomía y de la autarquía sin depender de nadie, pues *la gracia obliga al cristiano a actuar, pero sólo la razón al filósofo*. Es además un hombre honrado que quiere agradar y ser útil, está lleno de humanidad y nada humano le deja indiferente. Cuanta más razón encontréis en un hombre, hallaréis en él más honradez. Por el contrario, donde reina el fanatismo y la superstición vencen las pasiones y el arrebato. El hombre de razón es hombre sin pasión, por encima del bien y del mal, ecos de Sócrates que el hiperracionalista Benito Spinoza asumirá siglos después. Si la razón es el bien, el mal es irracional; lo bueno surge por despliegue analítico de lo racional. Si analizamos lo racional encontraremos lo real, o sea, lo bueno, tesis que a su vez desarrollará Hegel. Y, como no es un tímpano de hielo, ni un estoico, ni un extraterrestre, “el verdadero filósofo no está atormentado por la ambición, pero desea tener las comodidades de la

¹⁰ Gómez Heras, J.M: Prólogo al libro de Ginzo, A: *La Ilustración francesa*. Ed. Cincel, Madrid, 1985, pp. 9-10.

vida; le es preciso, además de lo estrictamente necesario, algo comedidamente superfluo necesario para un hombre honesto, y con lo que sólo se es feliz; es la base del bienestar y de los placeres. Son falsos filósofos quienes han dado lugar a este panegírico con sus indolencias y máximas deslumbrantes: que le basta lo estrictamente necesario. Los pueblos serán dichosos cuando los reyes sean filósofos, o cuando los filósofos sean reyes¹¹.

Como puede comprobarse, hay en todo esto que acabamos de leer un exceso no escaso de retórica, de mala retórica por desgracia, pues los filósofos no son tan guapos. Sin embargo no seré yo quien menosprecie la buena retórica, la cual buena no sólo no es la mera *cortesía del filósofo* –como dijera Ortega y Gasset–, sino sobre todo un deber de elegancia del alma. Sobre la importancia de la buena retórica escribe Cicerón: “Poco vale a las ciudades la sabiduría sin elocuencia, al paso que la elocuencia sin sabiduría las más veces daña y no aprovecha nunca. Por lo cual, si alguno, dejados los rectos y honestísimos estudios de la razón y de la moral, gasta todo su tiempo en los ejercicios retóricos, será un pésimo ciudadano, pero el que se arma con la elocuencia para defender los intereses de la patria en vez de menospreciarlos y combatirlos, es, en mi sentir, un varón utilísimo para los suyos y para la república y un verdadero ciudadano” (*De inventione rhetorica*). Y en el *De officiis* aconseja a su hijo Marco “estudiar el griego junto con la lengua latina, y la filosofía con el estilo propio de la jurisprudencia”. Quintiliano añade con intención pedagógica, en la medida en que la retórica influye tanto en el alumno: “El maestro diestro ha de tantear ante todo los talentos y la índole del niño. La primera señal de talento en los niños es la memoria, cuyos dos oficios son aprender con facilidad y retener fielmente lo que aprendió; la segunda es la habilidad para imitar, por señal de docilidad. A mí denme un niño a quien mueva la alabanza, la gloria le estimule, y que llore cuando es vencido. A éste la emulación le servirá de fomento, la reprensión le hará mella, el honor le servirá de espuela, y nunca temeremos que dé en la pereza. Si hay alguno tan ruin que no se corrija con la reprensión, éste también hará callo con los azotes. Pero no se necesitarán los azotes como castigo si el maestro les toma cuenta estrecha de sus tareas”¹² (sean benevolentes con lo de los “azotes”, querid@s amig@s). En compensación, el mismo Quintiliano prueba que no es posible hablar con fuerza y persuasión sin cultivar al mismo tiempo *la virtud*, modo de ser del retórico ideal: “Si la elocuencia se aliara con los delitos, fuese contraria a la inocencia, y enemiga de la verdad, mejor hubiera sido nacer mudos y carecer de toda razón que emplear en nuestra propia ruina los dones de la

¹¹ Diderot y D'Alembert: *Artículos políticos de la Enciclopedia*. Ed. Tecnos, Madrid, 1986, pp. 60-65.

¹² *Instituciones oratorias* (Libro I, capítulo III).

Providencia”¹³. Por lo demás, “el orador deberá conocer a los mejores filósofos, no para dedicarse exclusivamente a esta disciplina, sino para perfeccionar su virtud y su elocuencia”¹⁴. La mayoría, como Juvenal, buscaban apoyo en el máximo mecenas, el César: “El sostén de las letras, su esperanza única es el César. Él solo, piadoso, presta a las tristes musas confianza”. Sea como fuere, y en honor a la verdad, esta fea costumbre de toda la vida, muy viva siempre entre los retóricos áulicos que se acuestan al costado del poder o con él mismo, ningún buen orador debería seguirla, pues al darle cumplimiento la oratoria corre el riesgo de convertirse en adulación al mejor postor, precisamente el peor enemigo de la verdad. ¡Amigo de Platón, pero más amigo de la verdad!

¹³ *Libro XII*, capítulo 1.

¹⁴ *Libro XII*, capítulo 2.

CAPÍTULO II. ¿PARA QUÉ LOS MÉTODOS FILOSÓFICOS?

1. Método dialéctico

La filosofía acentúa el vigor del método, la pauta científica, el hábito reflexivo. Esto no significa que pueda pensarse en un método infalible. Según Aristóteles, los primeros filósofos filosofaron para liberarse de la ignorancia, es evidente que se consagraron a la ciencia para saber, y no buscando la utilidad. Sócrates da un giro hacia el diálogo como método: *se aprende y se enseña dialogando*. En sus *Diálogos*, aunque no existe una estructura perfecta, quedando muchas afirmaciones diluidas y abiertas, a veces inconclusas, se aprecia ya claramente una idea: la verdad hay que buscarla entre dos o varios conforme a un método y *al final* se obtiene una teoría. Pero cuando decimos *al final* tenemos que recordar que ese final siempre es provisional, y que siempre hemos de volver sobre las teorías.

Sócrates defendió al diálogo como lo propio del hombre, y Jorge Guillermo Federico Hegel (1770-1831) fue más lejos: no sólo el hombre, sino también la naturaleza, avanzan por enfrentamientos: ¿acaso no se produce la luz por el choque de dos polos contrarios?, y ¿no ocurre lo propio con el hidrógeno y el oxígeno que debidamente mezclados producen el agua?, ¿*menos por menos* acaso no da como resultado *más*? Sólo por *negación de la negación* se alcanza la *afirmación*. Suele tender la realidad a negar primero, a negar la negación después, y finalmente a negar la negación que había negado. Al primer momento le llamamos *tesis*, al segundo *antítesis* –antiafirmación que niega afirmando–, y al tercero *síntesis* que supera las dos negaciones anteriores, negadas por esta nueva negación que a su vez es afirmación; de cualquier modo, esta síntesis no es definitiva, porque tras ellas vienen pisando fuerte las negaciones sucesivas, y así siempre. Esto no significa que Hegel, como se vulgariza, afirme que la realidad se mueva al son rígido de un vals mecánico de forma siempre ternaria. Lo cierto es que los pueblos se refutan, las generaciones se enfrentan, y de todo ello se sirve el *espíritu del mundo* para crecer. En la época de Hegel nadie imaginó que esas negaciones de negaciones pudieran producir las bombas nucleares.

Tampoco se trata de negar por negar: cuando se niega a lo otro el lugar que le es debido, cuando se rechaza conjugar los esfuerzos propios con los ajenos, cuando se pierde de vista el curso de la totalidad, entonces se está

en la *mala o falsa negatividad*, y por tanto en la cruda falsedad. Por el contrario, cuando lo negado es asumido en lo que tenía de bueno, cuando se capta la verdad como un todo o mosaico completo, como un cuadro impresionista donde lo que cuenta es el conjunto desde las pinceladas individuales y sin despreciarlas, entonces la negación favorece el *sistema (co-afirmación, com-posición)*¹⁵. Cuando el pensamiento humano logra superar lo particular y alcanzar lo universal, obtiene el *concepto absoluto, la verdadera unidad de todo*: en la historia caminamos entre las ruinas de lo egregio. Todo parece pasar y nada permanecer, una nueva vida surge de la muerte. El método dialéctico es *proceso*, y el proceso es también *progreso*: sólo por él realiza *el todo* su esencia: La razón universal rige el mundo, y por ello la historia universal ha transcurrido racionalmente. Una voluntad divina poderosa rige el mundo. Algunos, los sabios, los héroes, los mejores, son quienes más adecuadamente han entendido la sabiduría del *dios-Razón* que rige el mundo, pero “tampoco ellos gozaron de tranquilo sosiego, sino que su vida entera fue trabajo y esfuerzo; una vez alcanzado su fin, entonces caen cual cáscaras vacías de almendra. Mueren pronto como Alejandro, son asesinados como César, o deportados a santa Elena como Napoleón. La historia universal no es el asiento de la felicidad; los periodos de felicidad son en ella hojas vacías, ya que son periodos de concordia, de carencia de antítesis. En resumen, la misma Razón regidora pasa por tres momentos: la *tesis*, o afirmación; a él se contrapone la negación de la tesis, la *antítesis*, y finalmente la *síntesis* unifica y reconcilia a tesis y antítesis. Durante este proceso, la realidad se perfecciona eternamente¹⁶.

Estos postulados influyeron a su vez al marxismo, si bien de forma distinta en Friedrich Engels (1820-1895) y en Karl Marx (1818-1883) pues, si el primero aceptaba el método dialéctico para la naturaleza y para el hombre (*materialismo dialéctico*), el segundo era partidario de aplicarlo tan sólo a la lucha de clases (*materialismo histórico*): “El comunismo es la *abolición* positiva de la propiedad privada, y por tanto de la apropiación real de la naturaleza humana a través del hombre mismo como ser social, es decir, realmente humano. El comunismo es la resolución definitiva del *antagonismo* entre el hombre y el hombre. Es la verdadera solución del conflicto entre la existencia y la esencia, entre el individuo y la especie, es en suma la solución al dilema de la historia”¹⁷. En el conflicto entre los ricos que poseen la propiedad privada de los medios de producción (*tesis*), y los trabajadores asalariados (*antítesis*), se entabla una pugna feroz de la que ha de salir la *síntesis, el paraíso en la tierra* sin explotadores ni explotados. Finalmente, readaptó Mao en China la teoría de

¹⁵ Díaz, C: *Hegel, filósofo romántico*. Ed. Cincel, Madrid, 1985, pp. 61 ss.

¹⁶ Hegel: *Filosofía de la Historia*. Alianza Editorial, Madrid, 2011, capítulo 2.

¹⁷ Marx, K: *Manuscritos económico-filosóficos*. FCE, México, 1962, p. 138.

Marx: “Hay dos tipos de contradicciones sociales: las antagónicas entre nosotros y nuestros enemigos, y las *no-antagónicas* en el seno del pueblo. Los rasgos de ambas son totalmente diferentes. Nuestro Estado tiene como régimen la dictadura democrática popular. Su fin es proteger al pueblo en el trabajo tranquilo que realiza para transformar a China en un país socialista dotado de una industria, de una agricultura, de una ciencia y de una cultura modernas. ¿Quién ejerce la dictadura? La clase obrera y el pueblo dirigido por ella. La dictadura no se ejerce -en el seno del pueblo. El pueblo no puede ejercer la dictadura sobre sí mismo, pues una parte del pueblo no sabría oprimir a otra. Quienes, dentro del pueblo, infringen la ley, deben ser castigados según la ley. Estamos en favor de una libertad a la que se une una dirección, y de una democracia con dirección centralizada”¹⁸.

2. Método cartesiano

Aunque tiene su predecesor en la ironía y la mayéutica de Sócrates, René Descartes (1596-1650) representa una nueva época en la historia de la filosofía, pues quiso partir de cero, no dar por seguro nada de lo sabido antes. Su punto de partida es, pues, la *duda metódica*: *¿Me engañan los sentidos?* “Todo lo que he tenido hasta hoy por más verdadero y seguro lo he aprendido de los sentidos o por los sentidos; ahora bien, he experimentado varias veces que los sentidos nos engañan y es prudente no fiarse nunca por completo de quienes nos han engañado una vez”. Que los sentidos engañan es una evidencia, y eso por no hablar de los errores refinados: la anamorfosis es el efecto por el que los objetos representados sólo son visibles desde un determinado punto o a través de un elemento específico que modifica el punto de vista del observador, un cilindro o un cono, por ejemplo. *¿Me engaña la imaginación?* Sí, pues ella es incluso enfermiza y morbosa. *¿Me engaña la memoria?* De ello no cabe dudar. *¿Me engañan los sueños?* “Considerando que todos los pensamientos que nos vienen estando despiertos pueden también ocurrírsenos durante el sueño, sin que ninguno entonces sea verdadero, resolví fingir que todas las cosas que hasta entonces habían entrado en mi espíritu no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños”¹⁹. *¿Me engañaría Dios, si quisiera?* Sí, pues para su omnipotencia nada es imposible.

Pero al final hay algo de lo que no puedo dudar: de que mientras dudo existo. *Pienso, luego existo*. En su *Discurso del método* concluye que hay

¹⁸ Mao Tse Tung: *Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el pueblo*. Ed. Pekín, 1956, p. 62.

¹⁹ *Meditaciones metafísicas*, primera meditación.

algo que no puede engañarme: que *cuando pienso existo, pienso luego existo*. Detrás de esta última frase Descartes nos está diciendo: a) Que el *pensamiento matemático es ciencia rigurosa*. Cuando hago buenas matemáticas no me equivoco. b) Que, por ello, afirmar *como luego existo* no tiene el mismo valor que afirmar *pienso luego existo*, afirmación ésta que podría ser falsa porque procede de los sentidos, los cuales engañan. c) Que, por el mismo motivo, Descartes descarta también el valor de verdad de los sentimientos, no matematizables. d) Que el *yo* puede existir en el mundo sin la certeza del *tú*”, de forma *solipsista*, es decir, solitarista, sin diálogo con nadie.

Mas ¿qué se entiende, pues, por *pienso*? Aquella actividad que desarrolla mi mente cuando se comporta como la matemática, único saber seguro (idea retomada en el siglo XX por Edmund Husserl en su obra *La filosofía como ciencia rigurosa*, y por muchos otros después). ¿Y qué afirmo cuando aseguro que *existo* como resultado de haber pensado? Que “los cuerpos no son propiamente conocidos por los sentidos, ni por la facultad de la imaginación, sino por el entendimiento solo, no porque los vemos y tocamos, sino porque los entendemos por el pensamiento”²⁰. Decir *como, luego existo* ¿sería equivalente a decir *pienso, luego existo*? ¡No! Porque la conciencia de comer es un dato que me viene de los sentidos, de los cuales no debo fiarme”²¹. En sus *Reglas para la dirección del espíritu*, auténtica guía metodológica, señala Descartes las siguientes reglas metodológicas:

Primera regla de la evidencia: “No admitir cosa alguna como verdadera que no supiera *con evidencia* que lo es; es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y los prejuicios no diciendo nada más que lo que se presentase tan clara y distintamente a mi espíritu, que no hubiese ninguna ocasión de ponerlo en duda”²².

Segunda regla del análisis: “Dividir cada una de las distintas facultades examinadas en cuantas partes fuera posible, y en cuantas requiriese su mejor solución”²³.

Tercera regla de la síntesis: “Comenzar ordenadamente los pensamientos comenzando por los objetos más simples y más fáciles de conocer para ir ascendiendo paulatinamente, gradualmente, hasta el conocimiento de los más complejos”²⁴.

Cuarta regla de la enumeración, o de la prueba: Hacer en todos los casos unos recuentos tan integrales y unas revisiones tan generales, que llegase a

²⁰ *Tercera meditación*.

²¹ *Tercera meditación*.

²² *Discurso del método*, segunda parte.

²³ *Ibidem*.

²⁴ *Ibidem*.

estar seguro de no omitir nada”²⁵.

3. Método fenomenológico

Edmund Husserl renueva toda esta duda metódica buscando superarla. Su *método* fenomenológico es una *actitud*, una forma de situarse ante lo real profundo, cuyos pasos son:

Despojarse de todo prejuicio. Quien desee filosofar comenzará por buscar humildemente en sí mismo sus posibles prejuicios, especialmente los más profundos, los que ni siquiera conoce (individuales, colectivos, culturales, etc). A ese poner *entre paréntesis* el propio *ego* y todos sus prejuicios, a ese *despojarse* le llama Husserl con término griego *epojé*. Son dos sus pasos: a) *Despojarse de la ingenuidad natural*. La persona *ingenua* no se pregunta si las apariencias engañan. Sin embargo, el *calor* y el *frío* no son más que ondas electromagnéticas de longitud diez elevado a menos cinco que bombardean a las células cutáneas, que las transforman en sensaciones térmicas (calor o frío); el *tacto* es el resultado de la presión que el ambiente ejerce sobre las mismas célula; el *sonido* se capta por vibraciones mecánicas del aire u otros cuerpos entre 20 y 20000 hertzios. El *color* depende de la estimulación sobre la retina de ondas electromagnéticas de longitud diez elevado a menos cinco a diez elevado a menos cuatro. El *olor* surge de alteraciones químicas en solución gaseosa que afectan a nuestras células olfativas, etc. La realidad no puede conocerse sin el poder mediador y transformador del ser humano. El observador modifica observado, una iluminación demasiado potente de los átomos hace variar la composición y la distribución interna de su materia, pero una iluminación demasiado débil no alcanza a describirla bien. La nueva ciencia física echa mano continuamente del *principio de indeterminación*, según el cual el ser humano es incapaz de determinar desde fuera gran parte de los fenómenos físicos estudiados. En la física clásica, sujeto de conocimiento y objeto de conocimiento se entendían como independientes y, si bien se llegó a afirmar que el sujeto influía en el objeto, era ello en la convicción de que en su fundamento último ambos (sujeto y objeto) resultaban independientes. Así se llegó a pensar que, si el ser humano fuese capaz de construir una máquina con las medidas justas para corregir la alteración producida por él mismo en lo observado, terminaría por describir con exactitud los fenómenos en cuestión. Sin embargo Husserl se apartó de aquellas viejas convicciones demostrando que la esencia de la cosa

²⁵ *Ibidem*.

queda siempre modificada por el ser humano en su intento de conocerla.

Despojarse de la ingenuidad científica. El mundo no es, pues, *tal como está*. Hay que mantenerse en la actitud crítica, profundizar en ella sin dejarse arrastrar por las apariencias, y alcanzar lo esencial mediante el hábito reflexivo.

Reducción fenoménica. Para acercarnos a lo verdadero hay que *reducirlo a fenómeno* (del griego *fainómenon*), que es lo que se muestra frente a nosotros. Tenemos que aprender a describirlo, lo que no es tan fácil como podría parecer, ya sea porque en las descripciones de lo visto añadimos por nuestra cuenta y riesgo cosas meramente imaginadas, ya sea porque al describir nos distraemos o nos fijamos en lo irrelevante, en lo episódico o coyuntural ante nosotros: en ocasiones crees ver lo que no ves y no ves lo que deberías estar viendo.

Reducción eidética. Gracias a la reducción fenoménica logramos describir *eidéticamente (esencialmente)* la realidad, lo cual no significa apuntar con minuciosidad todos y cada uno de los objetos o fenómenos particulares ante nosotros tratando luego de aglutinar todos esos rasgos en una síntesis más o menos bien hecha, sino en indagar y registrar solamente aquellas notas que resulten *esenciales* a lo descrito. Por ejemplo, a una mesa no le es esencial su color, ni su redondez o angulosidad, ni su tersura o rugosidad, ni que tenga tres o diez patas, ni el material con el que se ha fabricado, sino su condición de mesa, el rasgo que la hace ser tal y en el que todas las mesas coincidan en la medida en que lo sean.

Reducción fenomenológico-trascendental. Concluida la anterior descripción eidética, el metodólogo ha de describir al mismo tiempo su propio *yo*, pues no puede describir su interior sin describir *a la vez* lo exterior; a la descripción eidética del *fuera* le es correlativa una descripción del *dentro* de la persona en sus vivencias, etc. El objeto (*noema*) es *constituido* en su esencia objetiva por el sujeto (*noesis*): “La realidad en sentido estricto es intencional, algo representable o que aparece por o para una conciencia”²⁶.

Regreso del mundo de la descripción al mundo de la vida. Y, para cerciorarse de que hemos llevado a cabo adecuadamente las instrucciones metodológicas anteriores, se impone confrontar el mundo ingenuo del que se partió con el mundo eidético al que se llegó, pues si la esencia lograda no explica con profundidad la realidad del *mundo de la vida*, entonces no sirve, debiéndose volver a comenzar a una *epojé* más atenta.

4. Método hermenéutico

²⁶ Husserl, E: *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. FCE, México, 1962, p.115.

Los hermeneutas clásicos son, después de Lutero, *Guillermo Dilthey* (1833-1911), *Martín Heidegger* (1889-1976) y *Hans-Georg Gadamer* (1908-2002). El término *hermenéutica* deriva del personaje mitológico *Hermes*, un traductor consciente de que *interpretamos* lo que traducimos. El hermeneuta posee la técnica de interpretar el verdadero sentido de los textos traducidos para fijar la intención original del autor, sin olvidar que cuando decimos *texto* nos referimos también a las palabras habladas. En efecto, todas las *ciencias del espíritu*, a diferencia de las *ciencias de la naturaleza*, deben ser *comprendidas* dentro del contexto histórico, cultural y personal de su autor. Si en la química o en la biología basta con la *explicación* de los hechos, en las ciencias del espíritu hay que buscar la *comprensión* de los motivos por los cuales fueron escritos o dichos los textos por su autor. Ahora bien, comprenderlo no significa darlo por bueno, podemos comprender el porqué de algo sin estar de acuerdo con ello. Hay que *tratar de evitar caer en el subjetivismo y su consiguiente relativismo*. Según Heidegger, discípulo de Husserl, quien alcanza a comprender algo lleva a cabo un *círculo hermenéutico*, en el cual toda pregunta, al preguntar, pregunta ya con un sentido y con una cierta orientación; antes san Agustín había avanzado: “no buscarías si no hubieses encontrado”. A su vez, la respuesta elevará el nivel de la pregunta, y así sucesivamente. Por lo tanto, el proceso de comprensión no parte de cero, no se puede alcanzar el nivel de *epojé* absoluta.

5. Método de la teoría crítica

La actual *ética comunicativa* huye de esa pugna. *Jürgen Habermas*, desde su *trascendentalismo débil (pragmática formal)*, afirma que actualmente no existen fuerzas legitimadoras últimas ni penúltimas para justificar la objetividad de los hechos, sino que sólo las reglas comunicativas permiten pactos entre personas libres e iguales. Secundario es que estas reglas se interpreten según el derecho natural, las teorías contractualistas, la filosofía trascendental, etc; lo importante es que observen acuerdos beneficiosos²⁷. *Karl Otto Apel* por su parte -con su *pragmática trascendental normativa*- postula el establecimiento de una *comunidad ideal de diálogo* compuesta por gentes capaces de argumentar objetiva, racional y universalmente -más allá del mero convencionalismo (en último término, arbitrario) y del egoísmo-, pues “todas las necesidades de los

²⁷ Cortina, A: *Crítica y utopía: La Escuela de Francfort*. Ed. Cincel, Madrid, 1985, pp. 164 y 174.

hombres que puedan armonizarse con las necesidades de los demás por vía argumentativa tienen que incumbir a la comunidad de comunicación”²⁸. Por eso es ésta una ética *procedimental*, pues no actúa sobre los contenidos concretos de las normas morales y jurídicas en conflicto, sino los *procedimientos* necesarios para declararlas válidas, de ahí que Adela Cortina la califique de *ética de mínimos*. Y es además una ética *deontológica*, porque se ocupa de la vertiente normativa del fenómeno moral (establece criterios sobre lo que debe o no debe ser) y *consecuencialista*, que señala como especialmente valiosas las acciones que tienen como *fin* el establecimiento de una serie de *valores y de actitudes*. En suma: no es un método que defina bienes concretos, horizontes determinados de felicidad, sino *una actitud*, un modo de entender la realidad en diálogo con todos, apuntando de ese modo a una *antropomía* o afirmación humana de la justicia y la solidaridad.

Porque la razón humana es *dialógica*, quien cree en el valor de la persona humana cree en la libertad de pensar y de expresar ese pensamiento, sabiendo escuchar atentamente a los demás en orden a la construcción de una empresa común. Esto sería imposible sin eliminar del diálogo interpersonal todas las asimetrías que impiden este *socialismo formal* que busca la reconciliación lógica y práctica del individuo con el interés de la comunidad. Los interlocutores, al realizar su acto de habla, pretenden entenderse *desde el reconocimiento recíproco de su condición de personas*: renuncia sincera y verdadera al egoísmo; reconocimiento de los derechos del otro; mutuo compromiso en la búsqueda de la verdad y esperanza en la obtención de un *consenso* o acuerdo definitivo. Y ello sin renunciar a problematizar cualquier ajena afirmación y sin impedirse a ningún hablante hacer valer sus derechos establecidos mediante coacción interna o externa al discurso. Una norma será válida cuando todos los por ella afectados puedan aceptar libremente las consecuencias y efectos secundarios que se seguirían previsiblemente de su cumplimiento general para la satisfacción de los intereses de cada uno²⁹. Por tanto, el acuerdo sobre la corrección de una norma no puede ser nunca un mero *pacto o compromiso* donde los interlocutores se contemplan mutuamente como medios para sus propios fines y sólo buscan instrumentalizarse con la estrategia puesta en conseguir el propio beneficio, sino un *consenso o acuerdo unánime* (fruto de un *diálogo* sincero) en el que se respeta al otro como una persona en sí valiosa, fin en sí misma, con la que se buscan intereses universales.

6. ¿Puede hallarse un método común a todos los métodos? La

²⁸ Apel, K.O: *La transformación de la filosofía*. Ed. Taurus, Madrid, 1985. II, 404.

²⁹ Cortina, A: *La ética de la sociedad civil*. Ed. Anaya, Madrid, 1994, pp. 110 ss.

ciencia moderna y el método

El principal problema de la actual filosofía es el de *encontrar para tanta variedad de métodos un método común*. En este sentido los esfuerzos han sido múltiples. Ya en el siglo XIX Augusto Comte, padre del positivismo, intenta hacer de la filosofía *el saber unificador de todo lo sabido* convirtiendo a los filósofos en *especialistas en las generalidades metodológicas*. Pero si todavía a mediados del siglo XX los maestros de escuela eran enciclopedistas encargados de transmitir todos los rudimentos del saber, a la vista de la imparable *especialización*, ¿quién podría hoy saber todo de todas las cosas? Más tarde, el *Círculo de Viena*, y luego el *neopositivismo lógico*, buscaron la *unidad de método*, un *método de métodos* con el que lograr, si no la unidad de contenidos entre tantas disciplinas múltiples, sí al menos *la herramienta común* en el lenguaje de la *física (fiscalismo)*, pero semejante *reduccionismo* de los lenguajes superiores al inferior de la física es como matar moscas a cañonazos. En todo caso, al filósofo se le ha de pedir un *esfuerzo de fundamentación, profundización y sistematización*, que en principio no se les exige a otros profesionales. Pero aquí no se trata de defender a capa y espada la profesión para que el filósofo no muera de hambre; el filósofo debe demostrar que su metodología es *socialmente operativa y especulativamente interesante*. Hoy el *trabajo interdisciplinar* entre especialistas de áreas diversas sigue buscando un *programa común de investigación*, un lenguaje general y un método interactivo. La verdad es cosa de dos contextos: la madre es el contexto de descubrimiento y el padre el contexto de verdad. Con ambos actuamos los *preferidores racionales*, que elegimos unos procedimientos de investigación y no otros, teniendo que dar cuenta a los demás de esas preferencias racionales.

La ciencia no es científica, no tiene pretensión de infalibilidad y rigor que algunos le atribuyeron, ya no es newtoniana, ya no sacraliza lo científico; si para Newton sería posible predecir por completo el futuro tras conocer la posición y el momento de cada partícula del universo, para los físicos modernos la idea de tan perfecta predicción carece de sentido, por resultar imposible conocer la posición y el momento con precisión absoluta, ni siquiera de una sola partícula. En la ciencia clásica todo tiene su lugar *natural* y su tiempo exacto, pero la física cuántica es mucho más modesta y no afirma que el átomo sea una cosa, porque no es localizable del todo, ni tampoco su velocidad es determinable. Si nos fijamos en la desintegración radioactiva y en las transiciones atómicas, no hay manera de predecir cuándo ocurrirá ese cambio. Ningún agente externo empuja al electrón, y ningún mecanismo señala el tiempo del salto. Simplemente ocurre, sin ninguna razón particular, aleatoriamente a niveles cuánticos. Según Imre

Lakatos los científicos no abandonan una teoría sólo porque los hechos la contradigan, pues normalmente o bien inventan alguna hipótesis de rescate para explicar los océanos de anomalías, o las ignoran centrándose en otras cuestiones, pudiendo así ser científica una teoría pese a las evidencias adversas, y pseudocientífica contando con todos los pronunciamientos favorables. Un *programa de investigación* conlleva, por tanto, no sólo conjeturas y refutaciones, sino azares, invenciones, etc. Un *programa de investigación* es una estructura que sirve de guía a la investigación, tanto de modo positivo (diciendo lo que hay que hacer y evitar), como negativo (no se pueden rechazar ni modificar los presupuestos básicos del *núcleo central* del programa, al que hay que preservar mediante un *cinturón protector* de hipótesis auxiliares y supuestos adicionales). Thomas Kuhn añade que una ciencia madura está regida por un solo paradigma suficientemente abierto y flexible, en cuyo interior los problemas que se resisten a ser solucionados son considerados *anomalías* más que crisis, ya que no se conoce paradigma alguno sin anomalías, y culpar de las mismas al paradigma sería como culpar de la propia torpeza a los instrumentos que manejamos. No debe criticarse de entrada el paradigma aceptado, pues, si todos criticaran por principio todas las partes del marco conceptual en el que trabajan, no se llevaría a cabo ninguna investigación. Sólo cuando existan fallos graves que socaven los propios fundamentos entrará necesariamente en crisis el paradigma, y entonces deberá ser reemplazado: habrá llegado el momento de la *revolución científica*, acabándose de este modo con la anterior dinámica de *acumulación de tradiciones*. Gracias a la crisis revolucionaria, y el desgarramiento derivado de la caída del viejo paradigma, los científicos enfrentados a la emergencia promoverán multiplicidad de estrategias para resolverla, alguna de las cuales con mayor probabilidad de éxito (resolución del problema) que las restantes.

Físicos tan brillantes como Werner Heisenberg (1901-1976) mostraron la intrínseca impredecibilidad cuando se trata de localizar un electrón o partícula en movimiento. Podemos preguntarnos dónde está un átomo y obtener una respuesta precisa, o preguntarnos cómo se mueve y obtener otra de idéntico signo, pero no hay respuesta para la pregunta dónde está y cómo se mueve. Se trata del *principio de incertidumbre*. Nada de eso, sin embargo, empuja a la ciencia actual a ser relativista. Una cosa es el principio de relatividad, y otra completamente distinta el relativismo. En efecto, Albert Einstein (1879-1955) publica en 1905 los fundamentos de su *teoría de la relatividad restringida* donde afirma: “Ni los fenómenos de la electrodinámica, ni los de la mecánica, poseen propiedades correspondientes a la noción de reposo absoluto. Indican más bien que las mismas leyes de la electrodinámica y de la óptica resultan válidas para todos los sistemas de referencia en los que se aplican las ecuaciones de la mecánica. La luz siempre se propaga en el espacio vacío a una velocidad

determinada, que es independiente del estado de movimiento del cuerpo emisor”. Sobre esta base se pueden demostrar teoremas que entran en contradicción con la experiencia común; por ejemplo: que la duración de un fenómeno sobre un cuerpo en movimiento es mayor que su duración sobre un cuerpo en reposo; que dos fenómenos simultáneos con respecto a un observador pueden no serlo con respecto a otro, y viceversa. Si la noción clásica de simultaneidad suponía un tiempo absoluto, ahora lo que aparece como simultáneo a un observador puede no aparecer como simultáneo a otro observador. Pero esto no significa sostener la relatividad de las leyes de la naturaleza, sino lo contrario: las leyes de la naturaleza son las mismas para todos los sistemas en movimiento, pues: *a)* la velocidad de la luz es constante y es la máxima velocidad en el universo; *b)* la masa aumenta con la velocidad; *c)* la energía es igual a la masa multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz; *d)* el tiempo disminuye con la velocidad; *e)* el tiempo es representable en un sistema de cuatro coordenadas: una para el tiempo y tres para el espacio; *f)* masa y energía son equivalentes. Sólo once años después, Albert Einstein propone una nueva teoría que supera a la anterior, generalizándola (*teoría de la relatividad general*). En efecto, eliminando la limitación a movimientos rectilíneos uniformes, sostiene que las leyes de la física son las mismas, cualquiera que sea el sistema de referencia desde el que se observen, aunque éste se halle acelerado, siempre que se tengan en cuenta también los efectos del eventual campo gravitacional. Podría decirse que la ciencia es un magnífico mobiliario para el piso superior de un ser humano, siempre y cuando su sentido común esté en la planta baja.

CAPÍTULO III. LAS DISCIPLINAS DE LA (IN)DISCIPLINADA FILOSOFÍA

La filosofía, según Kant, intenta dar respuesta a cuatro grandes cuestiones: ¿Qué puedo saber? (*Metafísica*). ¿Qué puedo hacer? (*Ética*). ¿Qué me cabe esperar? (*Religión*). ¿Qué es el hombre? (*Antropología*). Esto no impide que sus disciplinas sean muchas más, de entre las cuales citamos las que siguen.

1. Ontología

Disciplina la más antigua de la filosofía, estudia la esencia del ser en general, de qué se compone todo lo que existe, cómo se origina, etc. Por eso se le llama desde Aristóteles *ontología general*, y después de Aristóteles *metafísica*, saber último de los principios y fundamentos que rigen las cosas concretas. Al principio esa gran disciplina se divide en tres ámbitos u *ontologías regionales*: Dios (*Teodicea*), alma (*Psicología*) y mundo (*Cosmología*). Más tarde, de la ontología se desgajaron la Lógica, la Epistemología y la Filosofía de la ciencia, buscando el rigor y el método científicos. De todos modos, la validez de la metafísica fue cuestionada por la filosofía empirista, según la cual no existen ideas innatas o principios *a priori*, todo procede de la experiencia y de la observación, el entendimiento es como una tabla rasa en la que nada hay escrito. *Todo conocimiento comienza por los sentidos*. David Hume (1711-1776) distingue entre *impresiones* (procedentes de los sentidos) e *ideas* (representaciones en el pensamiento) y a ambas las denomina *percepciones*: “Todas las percepciones de la mente humana se reducen a dos clases distintas que denominaremos *impresiones* e *ideas* (procedentes de las impresiones; incluso las ideas generales o abstractas no son sino generalizaciones, aunque individuales en sí mismas, de objetos particulares). La diferencia entre ambas consiste en los grados de fuerza y vivacidad con que inciden sobre la mente y se abren camino en nuestro pensamiento o conciencia”³⁰. Por complejas que sean las ideas, como la memoria o la imaginación, siempre están sometidas a reglas o leyes de unión o

³⁰ Hume, D: *Tratado sobre la naturaleza humana*. Libro primero.

separación de unos elementos primitivos, las impresiones, elementos últimos o *átomos* de la realidad, a la que ésta en última instancia se reduciría. Como consecuencia Hume, en sus *Investigaciones sobre el conocimiento humano*, rechaza la metafísica, es decir, lo que esté más allá de los datos de los sentidos: “Si procediéramos a revisar las bibliotecas convencidos de estos principios, ¡qué estragos haríamos! Tomemos en nuestras manos cualquier volumen de Teología o de Metafísica escolástica y preguntemos: ¿contiene algún razonamiento abstracto sobre la cantidad y el número? ¿contiene algún razonamiento experimental acerca de las cuestiones de hecho o existencia? ¿No? ¡Arrójese entonces a las llamas, pues no puede contener más que sofistería e ilusión!”. Este rechazo de lo metafísico se cimienta a su vez en tres negaciones básicas. a): *Negación de la validez objetiva del principio de causalidad* según el cual *todo efecto tiene una causa*: “Un objeto puede ser contiguo y anterior a otro sin ser considerado como causa de éste. Cuando dirijo mi vista a las cualidades conocidas de los objetos descubro de inmediato que la relación causa y efecto no depende lo más mínimo de ellas”³¹. b) *Negación de la sustancia*: “Si la idea de sustancia nos es dada por nuestros sentidos, pregunto: ¿por cuál de ellos y de qué modo? Si es percibida por los ojos deberá ser un color; si por los oídos, un sonido; si por el paladar, un sabor; y lo mismo con respecto a los demás sentidos. Pero no creo que nadie afirme que la sustancia es un color, un sonido o un sabor. Por consiguiente no tenemos ninguna idea de sustancia que sea distinta de la de una colección de cualidades particulares”³². c) *Negación de la sustancia espiritual del yo*: “El yo o persona no es ninguna impresión, sino aquello a lo que se supone que nuestras ideas e impresiones se refieren. Si hay alguna impresión que origine la idea del yo, esa impresión deberá seguir siendo invariablemente idéntica durante toda nuestra vida, pues se supone que el yo existe de ese modo. Pero no existe ninguna impresión que sea constante e invariable. Dolor y placer, tristeza y alegría, pasiones y sensaciones se suceden unas tras otras y nunca existen todas al mismo tiempo. Luego la idea del yo no puede derivarse de ninguna de estas impresiones, ni de ninguna otra. Y, en consecuencia, no existe tal idea”³³. De ahí el *emotivismo moral*, según el cual el bien y el mal morales se captan “solamente” *mediante los sentimientos*, no mediante las ideas racionales: cuando la mano de un adulto golpea la cabeza de un niño, lo único que vemos es que un cuerpo en movimiento se desplaza e incide sobre otro en reposo, pero no podemos explicar de dónde nos viene la indignación contra ese comportamiento del adulto. El resultado es el *escepticismo*: no

³¹ *Ibidem*.

³² *Tratado sobre la naturaleza humana*, libro primero.

³³ *Ibidem*.

podemos poseer una certeza rigurosa de nuestras impresiones e ideas y, de este modo, tampoco una certeza plena ni de la existencia del mundo externo, ni de la existencia de Dios, ni tan siquiera de nuestro propio yo; por tanto, debemos ser humildes escépticos.

También rechazará la metafísica *Emmanuel Kant* (1724-1804). Su *Crítica de la razón pura* comienza afirmando que el mundo es algo desordenado, informe y caótico, pero el *espacio* y el *tiempo*, *formas a priori de la sensibilidad*, son las estructuras de la mente humana gracias a las cuales son ordenados los sentidos. En efecto, son *formas*, porque conforman, ordenan o dan sentido a lo que percibimos: todas nuestras impresiones aparecen ordenadas o estructuradas por el espacio y por el tiempo. Si el *espacio* es la condición de ordenamiento de nuestras impresiones externas, el *tiempo* es la condición de ordenación interna y más íntima a nosotros. Ambos son *formas a priori*, es decir, anteriores e independientes de nuestros sentidos. Y son formas a priori *de la sensibilidad*, porque, gracias al espacio y tiempo innatos en nosotros, el mundo sensible no es un conjunto caótico y amorfo (sin forma). Espacio y tiempo, pues, no son cosas, sino *intuiciones puras, formas a priori de la sensibilidad*. Tales intuiciones puras son la condición de posibilidad de cualquier conocimiento: “El tiempo y el espacio no pueden ser atribuidos a los objetos en sí mismos independientemente de su relación con nuestra intuición”. Junto a las formas a priori de la sensibilidad (más profundamente aún enraizadas en nosotros) están las *doce formas a priori del entendimiento (categorías)*. Si observamos detenidamente nuestro lenguaje, nos encontramos con doce formas básicas de enjuiciar la realidad, por eso sabemos que *hay tantas categorías como juicios*. En resumen: *hay dos formas a priori de la sensibilidad y doce categorías a priori del entendimiento humano*, pero todas ellas necesitan *llenarse* de los correspondientes datos de los sentidos para funcionar. *Conocimiento sin intuiciones empíricas o datos de los sentidos es vacío* (herencia del empirismo), *intuiciones sin formas a priori del entendimiento son nulas* (herencia del racionalismo). Así funciona el entendimiento humano.

Teniendo esto en cuenta, Kant formula *cuatro antinomias*, en cada una de las cuales la tesis contradice a su antítesis, pues ambas pretenden ser verdaderas sin la contribución de los datos empíricos correspondientes. *Primera antinomia. Tesis*: El mundo tiene un comienzo en el tiempo y se encuentra encerrado en sus límites espaciales. *Antítesis*: El mundo no tiene comienzo, así como tampoco límites en el espacio. Es infinito tanto respecto al tiempo como respecto al espacio³⁴. *Segunda antinomia. Tesis*: Toda sustancia compuesta

³⁴ Kant, E: *Crítica de la razón pura*, B-454.

consta de partes simples y en el mundo no existe más que lo simple o lo compuesto de lo simple. *Antítesis*: Ninguna cosa compuesta consta de partes simples y en el mundo no existe nada simple. *Tercera antinomia. Tesis*: La causalidad según las leyes de la naturaleza no es la única de la que pueden derivarse todos los fenómenos del mundo. Para explicar dichos fenómenos es necesaria también otra causalidad libre. *Antítesis*: No hay libertad. Todo cuanto sucede en el mundo se desarrolla exclusivamente mediante las leyes de la naturaleza. *Cuarta antinomia. Tesis*: Al mundo le pertenece bien como parte suya, bien como causa suya un ser necesario. *Antítesis*: No existe en el mundo ningún ser absolutamente necesario, como tampoco existe dicho ser necesario fuera de él como causa suya. *Conclusión*: no puede conocerse el mundo porque de él nos faltan los correspondientes datos de los sentidos. En resumen: si cada una de las tesis son negadas por sus correspondientes antítesis, no cabe posibilidad de síntesis, es decir, de objetividad: *no puede demostrarse objetivamente la existencia del mundo, ni del alma, ni de la libertad, ni de Dios*. Tampoco, en sentido contrario, puede demostrarse que mundo, alma, libertad y Dios no existan. Y así concluye la *Crítica de la Razón Pura*.

Pero la *Crítica de la razón práctica*, obra posterior a la *Crítica de la razón pura*, no se resigna a ese cuádruple fracaso de la razón teórica y descubre y afirma en nuestra *razón práctica* la *libertad* antes cuestionada por la razón teórica. Aceptada la libertad del hombre, afirma que *debe haber un Dios responsable último de sus acciones en el mundo*. Ninguna persona puede tratar a otra como si fuera una cosa. La persona tiene valor y las cosas precio. Sólo ella es *fin en sí misma*, no medio ni instrumento para nadie. De ahí el célebre *imperativo categórico: obra de tal modo que tu conducta sirva de ejemplo para toda la humanidad*. Quien así se comporta es digno.

2. Lógica y epistemología de la ciencia

Afirma Ortega y Gasset: “Qué sea la filosofía, y cuál su valor, es cosa discutida. De ella se esperan revelaciones extraordinarias, o bien se la deja indiferentemente a un lado, como un pensar que no tiene objeto. Se la mira con respeto, como el importante quehacer de unos hombres insólitos, o bien se la desprecia como el superfluo cavilar de unos soñadores. Se la tiene por una cosa que interesa a todos y que por tanto debe ser en el fondo simple y comprensible, o bien se la tiene por tan difícil que es una desesperación el ocuparse con ella. Mientras que las ciencias han logrado en los respectivos dominios conocimientos imperiosamente ciertos y universalmente acertados,

nada semejante ha alcanzado la filosofía a pesar de los esfuerzos sostenidos durante milenios. No hay que negarlo: en la filosofía no hay unanimidad alguna acerca de lo conocido definitivamente. Lo aceptado por todos en vista de razones imperiosas se ha convertido, como consecuencia, en un conocimiento científico; ya no es filosofía. Tampoco tiene el pensar filosófico, como lo tienen las ciencias, el carácter de un progreso progresivo³⁵". Esto, de todos modos, hoy debe matizarse, como hemos venido diciendo, pues si bien la verdad científica se caracteriza por la exactitud y el rigor de sus previsiones a cambio de mantenerse en el plano de los problemas secundarios y dejando intactas las últimas, las decisivas cuestiones, por lo que sólo merece aplausos, sin embargo la ciencia experimental es sólo una exigua porción de la mente y el organismo humanos. Si el físico detiene la mano con la que dibuja los hechos allí donde su método concluye, el hombre que hay detrás de todo físico prolonga, quiera o no, la línea iniciada y la lleva a terminación como, automáticamente, al ver el trozo del arco roto, nuestra mirada completa la curva manca. No nos es dado renunciar a la adopción de posiciones ante los temas últimos: queramos o no, de uno u otro modo, se incorporan en nosotros. La verdad científica es una verdad exacta, pero incompleta y penúltima, que se integra en otra especie de verdad última y completa aunque inexacta. Vemos aquí, en clara contraposición, dos tipos de verdad: la científica y la filosófica. Aquella es exacta, pero insuficiente; ésta es suficiente pero inexacta. Y resulta que ésta, la inexacta, es una verdad más radical que aquella: "Muchas y diversas ciencias se ocupan del hombre y pueden aportar sobre él importantes conocimientos parciales, pero en su particular objeto de estudio y con sus correspondientes métodos de investigación ni siquiera plantean la pregunta respecto de aquello que propiamente sea el hombre"³⁶. El conocimiento humano recicla de continuo sus conclusiones, conjeturas y sospechas como nuevos datos que tiene en cuenta para seguir produciendo conclusiones, conjeturas y sospechas. La reflexión filosófica debería ocupar una parte sustancial del trabajo teórico del historiador, el psicólogo o el economista. Nadie puede hacer mejor filosofía de la economía que un economista cabal, decidido a hacer una investigación equilibrada, en la que todas las fases reciban la atención que en justicia les corresponde. Lo único que ocurre es que también en esto hay que optar entre el corto y el largo plazo: quien busca resultados rápidos, ganancias epistemológicas fáciles, puede conformarse con hipótesis simplistas y métodos abusivamente esquemáticos. Es muy posible que por ese camino se obtengan éxitos a menudo espectaculares, porque, por

³⁵ Ortega y Gasset, J: *Qué es Filosofía*. Obras, VII. Alianza Ed. Madrid, 1983, pp. 310-316; también Jaspers, K: *La filosofía desde el punto de vista de la existencia*. F.C.E, México, 1957, pp.7-8.

³⁶ Coreth, E: *Preguntas del ser humano*. Editorial Universidad Pontificia, México, 1993.

una parte, en el hombre hay mucho de animal, de vegetal y hasta de mineral, y, por otra, porque cuando contemplamos el comportamiento de colectivos humanos las compensaciones estadísticas juegan un papel decisivo. Nuestra responsabilidad es procurar que lo haga en sentido positivo, para lo que no pueden dejarse de lado indefinidamente las consideraciones éticas en las que está la única clave posible de una genuina mejora. Así las cosas, algunas características de la ciencia serían:

- *Orden. Organización. Razón* significa *orden y conexión*, orden *lógico* porque si la lógica es algo, ante todo es orden. Por extensión, las disciplinas que proceden con orden (como las matemáticas) se suelen identificar con la razón bien fundada, pues una racionalidad desordenada caótica, incoherente, es una *sinrazón*. Ningún sistema que pretenda estudiarse se considera amorfo, sino como estructura en la cual pueden analizarse sus partes.

- *Rigor metódico*. Un rigor sin método lo sería sólo por azar y durante breve tiempo. Un sistema es una serie de normas que han de cumplirse (¡por sistema!), como una gran autopista bien señalizada, con unas reglas de juego comunes a los usuarios.

- *Argumentación*. La razón se expresa mediante *argumentos*, y éstos a su vez con *ilación* (¡sin *h*, amigos!), por la cual devienen *probatorios, demostrativos, explicativos, fundados*. Quien prueba, demuestra, explica, y funda sabe que *lleva razón*.

- *Universalidad. Simplicidad*. La naturaleza se transforma del modo más fácil, y ello condiciona su conocimiento, que debe seguir las líneas de sencillez y simplificación todo lo posible. De ahí la posibilidad de que el conocimiento obtenido en los procesos de transformación de la naturaleza se corresponda con dicha naturaleza (*reproducción de lo real*). Gracias a la relación *causa-efecto* se explica la *necesidad* y la *no-excepcionalidad* de lo sabido.

- *Objetividad*. Separación nítida entre lo conocido y el conocedor. Incluso si éste se convierte en objeto de estudio, automáticamente queda objetivado.

- *Evidencia. Plausibilidad*. La razón puede *comprender sin entender*, o viceversa, porque además de *explicativa* es *implicativa*, y cuando los argumentos no resultan definitivos adopta el criterio *débil* de lo *plausible*. En suma, también es racional lo *razonable, lo sensato*, lo que funciona mientras no se demuestre lo contrario.

- *Diálogo. Aproximaciones sucesivas*. Como el conocimiento no se obtiene de una vez para siempre, cada teoría puede ser ampliada por desarrollo interno o por yuxtaposición de nuevas teorías, y por eso la razón debe ante todo disponerse a *falibilizar sus propias convicciones* sin por ello echarse en brazos del escepticismo y adoptando los tres postulados formulados por Karl Popper: *Postulado de falibilidad*: “Quizá yo esté equivocado y quizá usted tenga razón,

pero, desde luego, ambos podemos estar equivocados”. *Postulado del diálogo racional*: “Queremos críticamente, pero sin ningún tipo de crítica personal, poner a prueba nuestras razones a favor y en contra de nuestras variadas - criticables- teorías. Esta actitud crítica a la que estamos obligados a adherirnos forma parte de nuestra responsabilidad intelectual”. *Postulado de acercamiento a la verdad con ayuda del debate*: “Podemos casi siempre acercarnos a la verdad con la ayuda de discusiones críticas impersonales -y objetivas-, y de ese modo podemos mejorar nuestro entendimiento, incluso en aquellos casos en los que no lleguemos a un acuerdo”. Estos tres principios son *epistemológicos* y al mismo tiempo *éticos*: “Si puedo y quiero aprender de usted en la búsqueda de la verdad, no sólo debo tolerarle como persona, sino reconocerle como a un igual. Podemos aprender mucho de la discusión, incluso cuando no nos lleva a un acuerdo, pues un diálogo racional puede ayudarnos a que se haga la luz sobre los errores, incluso sobre nuestros propios errores”.

A esos tres postulados añade Karl Popper estos otros *principios*: -Nuestro conocimiento objetivo conjetural supera con diferencia lo que el individuo puede abarcar. Por consiguiente no hay autoridades. -Es imposible evitar todos los errores, incluso los evitables. Todos los científicos cometen equivocaciones continuamente. -Los errores pueden ocultarse a todos, incluso en nuestras teorías mejor comprobadas, siendo la tarea específica del científico buscarlos. -Intentar ocultar la existencia de errores constituye el mayor pecado científico; hemos de aprender a desocultar los nuestros, con la esperanza de ser los primeros en manifestarlos. -Forma parte de nuestra tarea poseer una actitud autocrítica, franca, y honesta hacia nosotros mismos. -Tenemos que aprender que la autocrítica es la mejor crítica, pero que la crítica de los demás nos resulta imprescindible. Necesitamos a los demás para descubrir y corregir nuestros errores, sobre todo a los educados con diferentes ideas en un mundo cultural distinto. -Debemos aprender a aceptarlos, incluso con gratitud, cuando nos les señalan los demás. -La crítica racional y no personal (u objetiva) será impersonal y benévola. -Debemos, pues, cambiar nuestra actitud ante el error, y es aquí donde comienza la reforma práctica de la ética.

3. Antropología

Según los libros herméticos de Zósimo, las primeras sílabas de las palabras en griego levante, poniente, norte y mediodía componen el nombre *Adam*, palabra que en hebreo significa *humanidad*. Sin embargo, ¿ha descubierto el hombre su humanidad hasta el día de hoy? Desgraciadamente no.

Asombra leer textos como el que sigue, cuyo autor es Emmanuel Kant, el gran maestro del universalismo moral, tan racistas como el siguiente, qué le vamos a hacer, nadie es perfecto: “Los negros de África carecen por naturaleza de una sensibilidad capaz de elevarse por encima de lo insignificante. El señor Hume desafía a que se le presente un ejemplo de que un negro haya mostrado talento, y afirma que entre los cientos de millares de negros transportados a tierras extrañas, y aunque muchos de ellos hayan obtenido la libertad, no se ha encontrado uno solo que haya imaginado algo grande en el arte, en la ciencia o en cualquier otra cualidad honorable, mientras que entre los blancos se presenta frecuentemente el caso de los que, por sus condiciones superiores, se levantan de un estado humilde y conquistan una reputación ventajosa. Tan esencial es la diferencia entre estas dos razas humanas en las facultades espirituales como en el color. La religión de los fetiches por ellos extendida es una especie de culto idolátrico que cae en lo insignificante todo lo hondo que parece posible en la naturaleza humana. Los negros son muy vanidosos, pero a su maneja, y tan habladores que es preciso separarlos a golpes”³⁷. Si filósofos tan ilustres escriben semejantes barbaridades, ¿a quién habrá de extrañarle la opinión vulgar, según la cual antes de que el hombre tome vino es simple como borrego que nada sabe, o como una oveja que está con la boca abierta ante quienes la venden; cuando ha bebido lo conveniente es fuerte como un león y dice que no hay en el mundo nadie más fuerte que él; en cuanto ha bebido más de la cuenta, se vuelve como un cerdo, y se revuelca en el fango; cuando está ebrio, se vuelve como un mono: salta y deja que salgan, delante de todos, tonterías de su boca sin saber lo que hace?”. Tampoco difieren mucho de ese diagnóstico algunos sociólogos ilustres: “Veo una masa inmensa de hombres parecidos e iguales, que incesantemente se repliegan sobre sí mismos para procurarse pequeños y vulgares placeres con los cuales se llenan el alma. Cada uno de ellos, tomado aparte, es extraño al destino de todos los demás”, había escrito Alexis de Tocqueville. A la vista de lo visto, en lugar de una antropología humanista, “muerte es todo lo que vemos cuando estamos despiertos, mas lo que vemos estando dormidos es sueño”. “Lloren y láméntense ustedes, los ricos, por las desgracias que les esperan. Sus riquezas se han corrompido; la polilla se ha comido sus vestidos; enmohecidos están su oro y su plata, y ese moho será una prueba contra ustedes y consumirá sus carnes como el fuego. Con esto ustedes han atesorado un castigo para los últimos días. El salario que ustedes han defraudado a los trabajadores que segaron sus campos está clamando contra ustedes; sus gritos han llegado hasta el oído del señor. Han vivido ustedes en este mundo entregados al lujo y al placer, engordando como reses para el día de la matanza.

³⁷ *Sobre lo bello y lo sublime*. Ed. Espasa Calpa, Madrid, 1934, pp. 72-73.

Han condenado a los inocentes y los han matado porque no podían defenderse”³⁸. Infortunadamente, desde aquellos lejanos tiempos hasta hoy la cosa parece no haber variado mucho, lo que lleva a cada generación a llorar con el libro del *Eclesiastés*: “Nuestros días lo son, según patético consentimiento universal, de crisis no parangonable con otras que con las más agudas y acerbadas padecidas por Occidente: la de aquellos primeros siglos medievales desquiciados por la invasión de los bárbaros, la de aquellos primeros siglos modernos en que las guerras de religión desolaron a Europa”³⁹. Estas palabras de José Gaos, el benemérito hispano-mexicano discípulo de José Ortega y Gasset, resuenan una y otra vez. Habiendo un burro encontrado la piel de un león, se vistió con ella para aterrar a los animales y a los hombres; pero, siendo reconocido por sus grandes orejas, fue devuelto a la cuadra. ¿No tendríamos que ser devueltos también nosotros, los pretendidos animales racionales, a la cuadra tantas veces como nos comportamos inhumanamente? Habiendo un burro encontrado la piel de un león, se vistió con ella para aterrar a los animales y a los hombres; pero, siendo reconocido por sus grandes orejas, fue devuelto a la cuadra. ¿No tendríamos que ser devueltos también nosotros, los pretendidos animales racionales, a la cuadra tantas veces como nos comportamos inhumanamente? Hasta las almas bellas de otras esferas planetarias nos lo recuerdan: Ante la insistencia del emperador para que el maestro de ajedrez le pidiera el regalo que quisiera por sus lecciones, éste accedió a recibir la cantidad de arroz resultante de poner un grano en la primera casilla, dos en la segunda, cuatro en la tercera, y así sucesivamente. Los cálculos del maestro de ajedrez mostraron que no bastaría todo el arroz de China para cumplir su promesa. El emperador, como la gran mayoría de homínidos, era incapaz de pensar exponencialmente: casi todos preferimos creernos el emperador de la China. Nosotros, los mandarines de vocación. Según William Blake, “donde no está el hombre, la naturaleza es un desierto”, pero también hay que preguntarse si donde está el desierto está el hombre. Al inicio el mundo era todo él un jardín. Dios, creando al hombre, le dijo: ‘Cada vez que hagas el mal, lanzaré sobre tu mundo un grano de arena’. Pero los hombres no le hicieron caso: ‘¿Quién puede apreciar uno, cien, mil granos de arena en el inmenso jardín del mundo?’, pensaron. Pasaron los años, aumentó el mal. Torrentes de arena inundaron el mundo. Nacieron así los desiertos, que de día en día son más grandes.

Nos hemos olvidado del hombre, del ser humano, de la humanidad que deberíamos sentir en cada uno de nosotros: “Si alguien ama a una flor de la que no existe más que un ejemplar entre los millones y millones de estrellas, es

³⁸ Santiago 5,1-6.

³⁹ Gaos, J: *Sobre enseñanza y educación*. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, p. 67.

bastante para que sea feliz cuando mira a las estrellas” (*El Principito*). Eso conlleva mi responsabilidad para con el otro, la responsabilidad es lo que, de manera exclusiva, me incumbe, lo que humanamente no puedo rechazar: *yo soy yo en la sola medida en que soy responsable*. En este sentido preciso Dostoyesky escribió: Todos somos responsable de todo y de todos, y yo más que todos los otros”. Frente al hipócrita “he cumplido todo mi deber”, hay una abertura más allá de lo que se delimita; y tal es la manifestación del Infinito. Aunque el mundo habitado por el hombre merezca a veces ser definido como una montaña de mierda que hay que quitar con las manos, lo importante es no ensuciarse el corazón: “Alguien golpeaba al hijo de Sofronisco, Sócrates, con puñetazos en plena cara; él no resistía y dejó que el borracho calmara su cólera con él al punto de dejarle el rostro hinchado y amoratado con los golpes. Cuando cesó de vapulearlo se cuenta que Sócrates se contentó con colocarse en la frente, como hacen los escultores con la estatua, la siguiente inscripción: ‘Fulano hizo esto’, y esa fue su venganza”⁴⁰.

“Todas las plumas tienen en sus letras las mismas palabras. Lo difícil es irlas anudando con orden y con garbo”⁴¹. Como los lotófagos de Ulises, para atenuar sus congojas, suponemos que habrá de alimentarse de flores⁴². En su universo ideatorio podría aplicarse a nuestro poeta (*poietés*: el que es capaz) el siguiente texto de un gran discípulo de un gran maestro: “Muy distinto del *hacerse ilusiones* es el *tener ilusiones*. El hacerse ilusiones consistía en imaginar o concebir la realidad como más perfecta de lo que es o como una *realidad ideal*. El tener ilusiones consiste en que, viendo la realidad tan imperfecta o tan poco ideal como es, se tienen *ideales que realizar*. En el hacerse ilusiones, las ilusiones son *realidades idealizadas*: en el tener ilusiones, las ilusiones son *ideales que realizar*. Las realidades idealizadas son *realidades imaginadas o concebidas como ya perfectas*: los ideales que realizar son *proyectos de perfeccionamiento de las realidades aún imperfectas*. Cuando las realidades se imaginan o conciben como ya perfectas, no se hace nada por perfeccionarlas, y al acabar viendo su imperfección, se experimenta decepción, desilusión: cuando las realidades se ven tan imperfectas como son, pero se tienen ideales para perfeccionarlas, se hacen todos los esfuerzos posibles por perfeccionarlas, y ni siquiera al darse cuenta de que los ideales no pueden realizarse nunca del todo, o que las realidades no pueden perfeccionarse del todo nunca, *se experimenta decepción o desilusión, se deja de creer ni de*

⁴⁰ San Basilio: *A los jóvenes sobre la manera de sacar provecho de la literatura griega*. Universidad católica *sedes sapientiae*. Lima, 2010, p. 144.

⁴¹ Cela, C. J: *Balada del vagabundo sin suerte y otros papeles volanderos*. Ed. Seix Barral, Barcelona, 1972, p. 119.

⁴² Ulises: *Odisea*, IX, 84.

*esperar en el perfeccionamiento posible de las realidades, se deja de querer las cosas y los hechos y a las personas, a pesar de sus imperfecciones; al contrario, se los quiere justo porque se los quiere en el sentido de que se quiere que se perfeccionen y ayudarles a perfeccionarse. Que es lo que el principal de los maestros que he tenido, el gran escritor y filósofo español José Ortega y Gasset, dice en una de sus obras, las *Meditaciones del Quijote*, tan bien como lo dice todo, por lo cual debo leer a ustedes por segunda vez las propias palabras del autor: ‘hay dentro de toda cosa la indicación de una posible plenitud. Un alma abierta y noble sentirá la ambición de perfeccionarla, de auxiliarla, para que logre esa su plenitud. Esto es amor, el amor a la perfección de lo amado’⁴³. Es la fascinación de estar vivo para el intercambio inteligente y, en el caso de Zaid, también brillante a la par que lingüísticamente bello.*

¡Qué diferente es la vida humana consciente, si la comparamos con la vida de una garrapata regida por sus instintos primarios! “La garrapata espera en las ramas de cualquier arbusto para caer sobre algún animal de sangre caliente. La proximidad de la presa se la indica a ese animal ciego y mudo el sentido del olfato, que sólo está despierto al único olor que exhalan todos los mamíferos: el ácido butírico. Ante esa señal se deja caer, y cuando cae sobre algo caliente y ha alcanzado su presa, prosigue por su sentido del tacto y de la temperatura hasta encontrar el lugar más caliente, el que no tiene pelos, donde perfora el tejido de la piel y chupa la sangre. El mundo de la garrapata consta solamente de percepciones de luz y de calor y de una sola cualidad odorífera. Está probado que no tiene sentido del gusto. Una vez que ha concluido su primera y única comida, se deja caer en el suelo, pone sus huevos y muere. Naturalmente, sus posibilidades son escasas. Para asegurar la conservación de la especie, un gran número de esos animales espera sobre los arbustos, y además cada uno de ellos puede esperar largo tiempo sin alimento. Se han conservado con vida garrapatas que estuvieron dieciocho años sin comer”⁴⁴.

4. Ética y axiología

La ética es la tarea de pensar el bien, y la moral la de llevarlo a cabo; son caras de la misma moneda. El término ética viene del griego êthos, lugar donde uno habita (primera naturaleza) y modo de ser (carácter, segunda naturaleza) y vivir gracias a la obtención de unos hábitos (si buenos, virtudes; si malos, vicios), los cuales surgen de la repetición de los actos. Así que la ética es

⁴³ Gaos, J: *Sobre enseñanza y educación*. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, pp.103-104.

⁴⁴ Gehlen, A: *El hombre*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1991.

aquel quehacer que consiste en la forja del carácter⁴⁵. Nacemos con una determinada naturaleza primera, pero vamos modificándola con nuestro actuar y podemos encaminarla hacia la plenitud moral (y entonces nos encontramos *altos de moral*) o hacia la degeneración inmoral (y entonces andamos con *la moral por los suelos, estamos bajos de moral, desmoralizados*). *La pregunta ética no es ante todo ¿qué debo hacer?*, qué deberes me tocan hoy, como en el colegio, sino *por qué debo*. Las normas éticas o morales obligan a un individuo internamente, desde su propia conciencia., como lo subrayara Kant: *obra de tal modo que puedas querer que tu acción se convierta en ley universal*. Si uno viola esa norma, su propia conciencia le remuerde.

La decisión ética se expresa por medio de la libertad de la voluntad que actúa mediante sus acciones causales inteligentes y autodeterminadas; si bien no se da al margen de las tendencias y deseos humanos, los gobierna. La libertad es histórica y procesual: las elecciones que se van haciendo en el tiempo pueden aumentar, disminuir o destruir esa libertad. La libertad es relacional o interpersonal: seré más libre cuanto más rodeado de hombres y mujeres libres me encuentre. La libertad es indivisible, aunque sea limitada: si te dan el 99% de libertades, pero se quedan con el 1%, que es la llave, no eres libre. Esto se refleja en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. La libertad es limitada: está condicionada por las estructuras físicas, biológicas, económicas, sociales, históricas, y por las posibilidades de elección, también limitadas. También tiene condicionamientos: fisiológicos, psicológicos, económicos, culturales de todo tipo. Por todo ello no es absoluta, y nunca alcanza todas sus metas; menesteroso, limitado, contingente, finito, no

⁴⁵ Hablamos aquí del *carácter ético* que nos exige *desenmascarar* toda ausencia de justicia, especialmente en situaciones difíciles y violentas. Al espejismo de la *normalidad recuperada*, aquí al final no pasó nada, la persona de carácter dice *¡no!* Al falso juego de suma cero donde *tu crimen borra el mío, el mío borra el tuyo, ya estamos iguales, crimen con crimen se paga*, la persona de carácter dice *¡no!* Al amoralismo del *no me arrepiento de nada, no acepto la culpa, no pido perdón*, la persona de carácter dice *¡no!* Al silencio cómplice del *yo nada vi, yo nada oí, yo nada supe, yo estaba a lo mío*, la persona de carácter dice *¡no!* Al *victimismo sin reconocimiento de las víctimas*, la persona de carácter dice *¡no!* Al *victimismo* de las personas y asociaciones de *víctimas profesionales*, la persona de carácter dice *¡no!* A la mediocridad intelectual de quienes llaman “parcial” a quien enfatiza la disimetría en la culpabilidad, o “equidistante” a quien condena a todos los victimadores cuando los hay, sean dos o más, la persona de carácter dice *¡no!* No, no. Porque “una persona no muere hasta que fallece la última persona que le conoció”, a lo cual la persona de carácter dice *¡sí!* (incluso después de haber muerto todos los testigos el valor de la justicia seguirá clamando al cielo). Porque “tenemos que recordar para poder elegir qué queremos olvidar!”, a lo cual la persona de carácter dice *¡sí!* Porque “el verdadero diálogo exige superar el *silencio del miedo* y recuperar el *silencio del respeto*” como honoración a las víctimas, a lo cual la persona de carácter dice *¡sí!* Y porque “la rememoración del pasado traumático debe tener un valor ético ejemplar para el futuro, es el deber de la memoria, el deber de la memoria justa”, a lo cual la persona de carácter dice *¡sí!* El carácter ético es, pues, la antítesis de la *anedonia*: falta de placer o de energías al empeñarse en algo, al afrontar la vida. Apatía, abulia.

puede estar libre de todo condicionamiento. Sin embargo, y desde tales condicionantes, el ser humano puede ser libre: podría estar en este momento leyendo otra cosa, o no leyendo ninguna, estudiando o vacando. Así como la paloma está condicionada por sus alas, son también las alas las que permiten su vuelo. No podemos echar la culpa de nuestra pereza a la conjunción de Venus y Marte (determinismo cósmico). Ni atribuir nuestra condición física únicamente a la constitución somática (determinismo biológico), pues un cuerpo bien dotado puede arruinarse y uno mal dotado mejorarse. Ni a los genes (determinismo genético), pues no existe el cromosoma moral. No podemos culpar a la raza (determinismo sociológico) de la corrupción, pues hay mexicanos corruptos y otros ciudadanos ejemplares. No son nuestros sentimientos los que nos arrastran hacia una acción inevitable (determinismo psicológico), pues tenemos voluntad. Si todo influye y condiciona, nada determina. Existen ejemplos de gente que por decisión libre, con fuerza de voluntad y gran convicción en su causa, lograron vencer condicionamientos impensables: el tartamudo Demóstenes llegó a ser el mejor orador de Grecia. Pero además la libertad es societaria: no se puede permitir que ningún ciudadano haga lo que le venga en gana si con ello perjudica a los demás. Para limitar el libertinaje está el Estado, que debe sancionar las conductas inadecuadas o delictivas. La libertad propia tiene su límite allí donde comienzan las libertades de los demás. Como derecho, pues, la libertad va íntimamente unida a la responsabilidad, al deber. Ejemplo: a pesar de que defendamos la libertad de expresión, ésta no tiene derecho a ser divulgada masivamente en ciertos casos, a saber: cuando quien informa sólo tiene sospechas, pero no total certeza de la verdad de lo que informa; cuando carece de cualificación específica; cuando se basa en la versión de solo una de las partes involucradas; cuando la información conlleva secuelas negativas para la vida privada de las personas; cuando puede poner en peligro vidas humanas, o el bienestar, o el orden público, por ejemplo creando el pánico o interfiriendo en algún operativo policial, o en un plan de emergencia sanitaria; o cuando la difusión masiva hace que alguien sea linchado por la opinión pública antes de que juzguen los tribunales, etc.

Libertad no es libertinaje, ni entrega a toda clase de impulsos e inclinaciones: eso es esclavitud. ¿Qué pasaría si todos hiciéramos siempre lo que nos gustara, aunque no fuera bueno, y si nunca calculásemos las consecuencias de nuestros actos, y si nadie nos diese nunca pistas sobre lo lícito y lo ilícito? Libertad es manejo responsable de nuestro yo creando (mediante la reflexión, el diálogo y el autodomínio) ámbitos que posibiliten la acción y la *inter-acción* conforme a valores que nos acercan cada vez más a lo necesario, conveniente o deseable. El ejercicio de la libertad requiere cultivo a

través de la educación, proceso en el cual la experiencia humana es examinada, valorada y transmitida individual y colectivamente. La libertad es el valor fundamental de la democracia, forma de convivencia en la cual, dentro de los límites impuestos por la observancia de las leyes que aseguran el orden y respeto de los derechos de todos, nadie impone su voluntad sobre la del otro. Suelen distinguirse: *Libertad negativa o libertad-de (indeterminación)*. Gracias a ella, no estamos sometidos a condicionamientos internos (coacciones morales, psicológicas, etc) ni externos (fuerza física, tortura, etc). *Libertad positiva o libertad-para (autodeterminación)*. Dentro de ella se distinguen: a) *Libertad física (libertad de residencia y de circulación)*. A veces se impide sin causa legítima: cuando se encarcela a la gente por tiempo indefinido sin que se sepa cuál es la causa; cuando no se permiten las visitas de familiares o abogados del detenido. A la protección legal con que cuentan las personas para defenderse en esos casos se le da en algunos países el nombre de *habeas corpus* o *juicio de amparo*, en el sentido de proteger o tutelar esos derechos. b). *Libertad de elección o psicológica (autonomía, o libre albedrío)* Consiste en no prohibir la capacidad de autodeterminación, o sea, en permitir darse a sí mismo los motivos de la actuación. En ella se encuadran la *libertad de ejercicio*, o de poder actuar o no actuar; la *libertad de especificación*, o de poder obrar de una forma u otra. *Libertad de expresión*. No basta con tener libertad de conciencia, es necesario poder manifestarla sin censura. Dentro de la misma inhiere las libertades políticas: de asociación de individuos y grupos, etc. *Libertad de conciencia (responsabilidad)*. También llamada *libertad moral*, es la capacidad de poder decidir por sí mismo entre lo mejor o peor, sin imposiciones. Sin libertad no habría responsabilidad, y entonces ni el bien ni el mal nos serían imputables: viviríamos como animales sin conciencia moral, *a-morales*. Pero el ser humano es moral (moralmente bueno) o inmoral (moralmente malo); incluso el *des-moralizado* vive moralmente, aunque en baja forma. Nacemos con una determinada naturaleza, pero vamos modificándola con nuestro actuar, pudiendo encaminarla hacia la plenitud, y entonces nos encontramos altos de moral, o hacia la degeneración, y entonces andamos con la moral por los suelos, bajos de moral, *des-moralizados*.

Por todo ello la ética se relaciona intrínsecamente con la *jurídica*. Por *derechos humanos* se entiende la serie de prerrogativas que benefician a toda persona humana por el hecho de serlo, independientemente de circunstancias de tiempo, lugar, cultura, raza, sexo, religión, etc. Tales derechos no parten tanto de la realidad de lo que hoy se da, sino de lo que debería darse teniendo en cuenta el ideal de la persona humana. Tienen, por tanto, una irrenunciable base ética, de donde nace la realidad jurídica actual. Es decir, esos derechos se imponen como

principio regulador de los diversos elementos que conforman el orden social y estatal. Son derechos particulares, en cuanto que se refieren al sujeto humano. Pero al mismo tiempo son universales, imprescriptibles, inalienables, irrenunciables. Se trata, por tanto, de exigencias ideales que orientan hacia la realización más plena de la persona humana. En cuanto tales, son previos a la sociedad, pero su toma de conciencia y el proceso de determinación de sus significados concretos es histórico y social. Sus concreciones van mudando con el cambio de las necesidades humanas a lo largo de la historia. Desde esta perspectiva, en algún sentido son una realidad histórica, por lo que no basta con promulgarlos solemnemente sobre un papel, hay que lograr su vigencia en el día a día. He aquí, como muestra, los tres primeros artículos: *Artículo 1.* “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derecho y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente unos con otros”. *Artículo 2.* “Toda persona tiene los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición”. *Artículo 3.* “Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona”. *Los derechos humanos de primera generación* son las *libertades civiles* (de conciencia, de expresión, de prensa, de asociación, de iniciativa económica, de trasladarse libremente dentro y fuera de un país) y la *libertad política* de participar en las políticas de la comunidad, sea directamente, sea a través de representantes. Sin embargo pocas cosas habrán mantenido su esencia tan inalterada a través del tiempo como las violaciones y los atentados contra la dignidad humana; instrumentos e ingenios de tortura y de muerte desde el potro o el *aplastacabezas* hasta las descargas eléctricas o la administración de psicofármacos que alteran el dominio del cuerpo va una serie de novedades históricas -aquí cuesta hablar de avances o progresos- y un mismo siniestro hilo de ignominia que aún no se ha roto ni mucho menos. Pero tampoco hacen falta demasiados instrumentos materiales para tan macabro fin, basta con utilizar como instrumentos a las personas mismas. *Los derechos humanos de la segunda generación* se ordenan a la *liberación* (del hambre, de la necesidad, de la ignorancia, de la enfermedad, que sólo pueden lograrse satisfaciendo el derecho a la asistencia sanitaria, a la educación, a un medio de vida digna, a una cierta seguridad en casos de enfermedad, a desempleo o vejez). Estos derechos son valores de igualdad, también denominados derechos económicos, sociales o culturales. *Los derechos humanos de tercera generación* exigen la colaboración internacional (derecho a la paz, a un medio ambiente sano, etc) y llevan al cosmopolitismo. Estos derechos son valores de *solidaridad*. Ejercidos, convertirían a las personas en ciudadanos cosmopolitas, y permitirían encarnar

los valores de libertad, igualdad y solidaridad, que han de ser asumidos desde una actitud dialógica y no autoritaria.

5. Estética

Aunque no hay nada más diferenciador entre las personas que el gusto estético, sin embargo las masas consumen las mismas marcas en nombre de lo bello. De este modo no lo alcanzan y tan sólo llegan a *lo bonito*. Si la estética es el arte de la diferencia, ¿por qué todas las moscas van a la misma basura? La moda no es la estética; ésta debería ayudar a cada cual a *hacerse una cabeza*, sin dejarla absolutamente en manos del peluquero, el cual, por oficio, te tomará el pelo o te esquilmará. El arte de la vida consiste en hacer de la vida una obra de arte, ser natural es la más difícil de las poses. Cuando todo lo que está donde debía estar, es *bello*; cuando todo lo que es conforme a lo que debía ser, es *hermoso*. La belleza es un *trascendental* del ser, allí donde hay ser hay belleza. En el fondo, la maldad es *fealdad*. La belleza está sujeta a pocas reglas, es el ámbito de la creatividad y de la libertad. Como escritor no me siento culpable cuando omito una regla de juego o un canon, aunque sí me siento culpable cuando -en el terreno ético- conculco gravemente una norma ética: por ejemplo, cuando robo me siento mal. Toda agresión a la belleza significa en última instancia una falta contra el ritmo y la bondad del universo. Lo cual es tanto como decir que por la belleza el ser humano se infinitiza a su modo: el corazón del artista ya no es suyo, pues él se sitúa en el lugar de toda la humanidad. Parafraseando a Aristóteles, para quien “el estudio de la ética no consiste en llegar a saber qué es la virtud, sino en aprender a ser virtuosos y buenos; de lo contrario, su estudio sería completamente inútil”, podemos decir por nuestra parte que “el estudio de la estética no consiste en llegar a saber qué es la belleza, sino en aprender a ser virtuosos y buenos; de lo contrario, su estudio sería completamente inútil”.

6. Filosofía de la cultura

Son las personas, no la cultura, la que hace las cosas, el hombre es un ser *culturógeno*, no hay objeto cultural sin sujeto que lo conforme. La cultura es *lo específicamente humano* y sobrepasa las necesidades de adaptación al medio

ambiente capacitando así al hombre con una ampliación adicional de su aparato anatómico y corporal concreto, de ahí el carácter acumulativo de sus logros. Por el poder de participar en el trabajo común, ella transforma a los individuos en grupos organizados y les proporciona continuidad. Ahora bien, el máximo de *información* es algo muy distinto a la acumulación de una masa de datos, por eso la cuestión no consiste en equipar a todo el mundo con microfilms portátiles de todas las cosas que contiene el Museo Británico; por el contrario, el máximo de información consiste en la reducción de los datos a la verdadera esencia que nos convierte en *señores de los datos*. Si, como dijera Marx, la naturaleza es el cuerpo inorgánico del hombre, la cultura es su segundo cuerpo, esta vez su cuerpo espiritual.

La cultura es una herencia social. Según Bronislaw Malinowski “la herencia social es el concepto clave de la antropología cultural. Se utiliza como sinónima de *civilización*, pero es mejor reservar este último término para un aspecto parcial de las culturas más avanzadas. La cultura incluye los artefactos, bienes, técnicas, ideas, hábitos y valores adquiridos”⁴⁶. La cultura satisface las necesidades que sobrepasan la adaptación al medio ambiente capacitando al ser humano con una ampliación adicional de su aparato anatómico. La cultura, creación acumulativa, amplía el campo de la eficacia individual y el poder de la acción y proporciona una profundidad de pensamiento y una amplitud de visión con las que no pudo soñar ninguna especie animal. La fuente de todo esto consiste en el carácter acumulativo de los logros individuales y en el poder de participar en el trabajo común. De este modo transforma a los individuos en grupos organizados y les proporciona continuidad.

La cultura se expresa en los “rasgos característicos” de cada grupo. Según Franz Boas “la cultura es la totalidad de las reacciones y actividades físicas y mentales que caracterizan la conducta de los individuos que componen el grupo”. *Se necesitan dos o más para hacer cultura*; cualquier elemento de conducta de un individuo aislado no puede ser considerado como parte de la cultura de una sociedad; en consecuencia, una técnica de tejer cestas conocida por un solo individuo no podrá ser calificada como parte de una cultura. El hecho cultural comienza a producirse cuando el interés individual se transforma en sistema público, general y transferible de esfuerzo organizado.

¿Consiste la cultura exclusivamente en ideas, o en contextos extrasomáticos? Según E.B. Tylor⁴⁷, las ideas serían los átomos de la cultura, a partir de los cuales se produciría cualquier movimiento corporal que a su vez

⁴⁶ *The Culture*, Cambridge, 1931.

⁴⁷ *Primitive Culture*, Oxford, 1871.

se tradujese en producción material de objetos. También para Kroeber y Kluckhohn la cultura consiste en abstracciones de la conducta concreta, algo intangible que no puede ser directamente aprehendido ni siquiera por los mismos individuos que participan en ella: uno puede ver ciertas producciones, pero no ver una cultura, que es directamente inobservable. Por eso la conducta la estudiarían los psicólogos y la cultura los antropólogos. Antítesis de la postura anterior, la cultura consistiría -según Leslie White⁴⁸- en *hacer cosas con las ideas* en un contexto extrasomático, en tratar como si fueran cosas a algo que en su realidad no tiene los caracteres tangibles y materiales de los objetos físicos, como por ejemplo la bondad, la belleza, lo simbólico. Podríamos hablar entonces de los siguientes *rasgos de una cultura humana*:

Imperativo de la naturalidad: El saber sobre la naturaleza debe ser vivido desde el respeto a la naturaleza, de forma que el vivir en el saber sea también un saber en el vivir, y ambos un saber vivir.

Imperativo de la difusividad: La cultura permite al hombre sentirse hermano de sus semejantes, potencia en él el sentimiento de solidaridad haciéndole sentir continuador de la obra de los antepasados, y espera que los sucesores harán lo propio. Ello hará que frente a la injusticia luche⁴⁹.

Imperativo de la universalidad. Todas las culturas forman parte de una cultura común, hay una universalidad *inter e intracultural*, un *difusionismo* universal dentro de la pluralidad. Para un ser que vive con profundidad todo es cultura; para el superficial todo es anécdota y relativismo.

Imperativo de la felicidad: Una cultura contra la cual pueda lanzarse el gran argumento de que no nos hace felices es una cultura incompleta⁵⁰. Esto no impide que la obra del genio contenga noventa y nueve por ciento de transpiración y uno por ciento de inspiración.

Imperativo de la radicalidad. En última instancia la raíz de toda cultura es el sujeto, la cultura no es un sector, sino una función global de la vida personal.

Imperativo de la dinamicidad. La cultura es un proceso interminable, por eso *co-nocer es co-nacer*, irse incorporando al fluir de la vida.

Imperativo de la deportividad. No es posible ganar todas las carreras en la lucha contra la ignorancia; se sale a jugar sabiendo que la victoria está en la adecuada participación.

Imperativo de la humanización. La cultura se reconoce por su capacidad de establecer vínculos. Cuando el hombre se hace mejor a través de ella deviene más hombre entre los hombres y no más bestia entre bestias. Una cultura que enemista sólo por un error inmenso ha podido ser tenida alguna vez por tal.

⁴⁸ Kanh, J.S: *El concepto de cultura. Textos fundamentales*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1975, p. 110.

⁴⁹ García, V. In *Enciclopedia anarquista*. Ed. Tierra y Libertad, México, 1972. pp. 386 ss.

⁵⁰ Ortega y Gasset, J: *Ensayos de crítica*. Ed. Revista de Occidente, II, Madrid, p. 89.

Imperativo de la modestia y de la trascendencia. Por la cultura sabemos que no sabemos, por ello lejos de cerrarnos, nos invita ella a participar en la aventura de lo eterno.

7. Filosofía de la religión

Esta disciplina define los rasgos necesarios para que una religión pueda ser considerada *verdadera religión*, no tanto *religión verdadera*, pues para cada creyente la verdadera será la suya. Las *características esenciales del hecho religioso* son:

Congenialidad, “pensar en hindú” cuando se está con hindúes.

Contextualidad, situarlo en su *contexto histórico* específico con ayuda de las *ciencias de la religión*: paleontología, arqueología, etnología, filología, historia, etc.

Esencialidad, descubrir su lógica interna, la estructura de coherencia en la que coinciden sus múltiples diferencias y formas de vivirlas evitando el relativismo y el dogmatismo: el *Misterio sagrado*, realidad suprema, augusta, absoluta y máxima que nos vivifica, perfección de todas las perfecciones, bien sumo del que todo participa y del que todos los sujetos religiosos se reconocen como adoradores suyos y en sus interlocutores. El Misterio sagrado toma la iniciativa y *se revela* con la ayuda de *mediaciones objetivas*, *hierofanías* o manifestaciones de aquella realidad misteriosa, las cuales no siempre permanecen, pues algunas van desapareciendo, metamorfoseándose o integrándose. La historia de las religiones conoce una variadísima gama de hierofanías, desde las *cratofanías* elementales (rayos, lluvias...) hasta las *teofanías* o revelaciones del propio Dios.

Diálogo. Mas ¿cómo hablar con el Misterio divino, si a Dios nadie le ha visto? Decir *Tú*, aunque sea refiriéndose al Misterio, no enuncia nada sobre él, pero lo invoca, y hace posible el encuentro. Declarar que el Absoluto no puede entrar en relación efectiva con el creyente porque no puede ser objeto de conocimiento sería dar por supuesto que el conocimiento intelectual agota las posibilidades del conocimiento humano.

Sentimiento de culpabilidad. Ante tal realidad, el hombre que se aparta o desvía voluntariamente de ella se siente desfondado, huérfano, culpable. De todos modos, una cosa es el sentimiento de finitud y de culpabilidad, y otra - muy distinta- la neurosis de culpabilidad, el culpabilismo que lleva al pesimismo masoquista y paralizante tornándose incapaz de ayudar. Para la persona religiosa, por el contrario, el pecado clama al perdón y por ende a la

restauración de la amistad truncada.

Culto. Ruptura de nivel de lo homogéneo no consiste en fugarse del mundo. Ningún creyente puede retirarse a orar si ha abandonado a su prójimo. No otra cosa que ese dedicar espacios y tiempos a Dios es el culto. Como dijera Heidegger, mediante el templo Dios se hace presente en el templo y, para quien cree, templo vivo del espíritu es el cuerpo, y hasta el cosmos mismo templo.

Conversión. El creyente es un *ser convertido, vertido-con* alma y vida hacia Dios. La conversión es el paso de un modo de ser a otro más profundo, hay un *antes* y un *después* de la conversión: tras ella hay un renacimiento, una vida restaurada, recuperada.

Salvación. La salvación viene del Misterio divino, que siempre la ofrece al pecador. Pero lejos de cruzarme perezosamente de brazos debo actuar: *a Dios orando y con el mazo dando*. La pasividad que es confianza en Dios no exime de la actividad diligente del creyente; lo contrario podría conducir al fatalismo.

Alabanza, fiesta. ¿Cómo podría el creyente no dar gracias, cómo no hacer fiesta por esta gracia insuperable? Una religión triste es una triste religión, y un creyente que no da las gracias es un desagradecido.

8. Historia de la filosofía y filosofía de la historia: el devenir de la humanidad

Sólo el humano vive el tiempo como historia al hacer cultura. La memoria histórica, ese *echar un paso atrás* retoma el ayer, y quien lo ignora vive un hoy sin mañana; el pasado continúa actuando sobre el presente en forma de tradición, de herencia cultural, y proyectándose hacia el futuro, abriendo unas posibilidades y excluyendo otras. Lo que pasa no es sólo lo que pasa, sino lo que nos pasa, de ahí que su interpretación (*hermenéutica*) se amplíe constantemente: el pasado crece, no está quieto a modo de depósito; cada generación lo entiende a través de su propio presente, de ahí la variación en las interpretaciones, a veces en conflicto. Lo individual sólo resulta comprensible por la mediación de todos, y en esa mediación hay que contar inevitablemente con el pasado (*círculo hermenéutico*). La historia no se repite, se renueva, pero lo posterior recibe el peso de lo anterior. No es que *tengamos* historia, como el agua pasada que ya no mueve molino, sino que *somos* historia, y ella nos enseña la dificultad de las grandes tareas y la lentitud de sus cumplimientos, pero justifica la esperanza. En resumen: si la *hominización* es el proceso evolutivo a través del cual se adquieren y consolidan las

características genéticas del hombre como especie biológica, la *humanización* es el proceso por el cual surge y se desarrolla la cultura.

Nada hay más práctico que una buena teoría, ni a la buena acción le sobra la buena formación. Lo que se hace sin saber cómo ni cuándo, ni por qué carece de sentido. Quien ignora el pasado ignora también el presente. Quien ignora la historia está condenado a repetirla, y la segunda vez en forma de caricatura de la primera. La historia de la filosofía es una cura de humildad para los soberbios y una alabanza para los modestos que tratan de servir a la humanidad. La historia de la filosofía es necesaria además para reflexionar con rigor sobre su sentido profundo, es decir, sobre el devenir de la humanidad y su sentido.

8.1. Estadio teocéntrico de Abraham

Casi hasta ayer el Occidente ha vivido en el estadio religioso de *Abraham*, al que las religiones monoteístas (judaísmo, cristianismo, islamismo) designan como *patriarca*: “Cuando Abram tenía noventa y nueve años, se le apareció Yavhé y le dijo: ‘Por mi parte he aquí mi alianza contigo: serás padre de una muchedumbre de pueblos. No te llamarás más *Abram*, sino que tu nombre será *Abraham*, pues padre de muchedumbre de pueblos te he constituido. Te haré fecundo sobremanera, te convertiré en pueblos, y reyes saldrán de ti. Y estableceré mi Alianza entre nosotros dos, y con tu descendencia después de ti, de generación en generación: una Alianza eterna, de ser yo el Dios tuyo y el de tu posteridad. Guarda, pues, mi Alianza, tú y tu posteridad, de generación en generación” (*Gn 17, 1-10*). “Y Abraham creyó en Yahvé” (*Gn 17, 1-10*). A cada creyente Dios le dice: sal de tu tienda, sal de tu tierra, abandona lo que te adhiere a tu apego egocéntrico. Ahora bien: ¿por qué habría de querer Dios trato conmigo, por qué necesitaría que yo perdiera mi yo, podría Dios considerar mi yo como ganancia suya, sin que por eso fuese pérdida mía? A esta triple pregunta responde Dios con una triple respuesta: Yo, tu Dios, te he amado desde la eternidad en que te creé. Sólo podrás comprenderlo si sales de ti mismo, y me sigues, pues al verme me entenderás. Aunque Yo te resulte incomprensible antes de quererme, cuando me hayas querido comprenderás que Yo soy más íntimo para ti que tu propia intimidad. Fíate de mí, te amo.

8.2. Estadio teo-antropocéntrico: Renacimiento, Reforma, Ilustración

“Pero la mayoría de las veces queremos decir por *dificultad* algo que

*necesitamos averiguar*⁵¹. Galileo se encuentra en el Renacimiento con que las matemáticas le dicen que la Tierra gira en torno al sol; pero la cultura religiosa de la época le obliga a sostener lo contrario, a saber, que la Tierra no se mueve y es el centro del universo por resultar inimaginable que Jesús viviese en un planeta periférico y suburbial. Al final Galileo, para morir dentro de la Iglesia se retracta de forma poco convencida, si es verdad aquello que parece haber dicho mientras moría: “Y sin embargo (la Tierra) se mueve”⁵². Es el primer gran conflicto de las interpretaciones.

A este conflicto *fe-razón*⁵³ añade Lutero otro: la capacidad de interpretar la Biblia ha de ser también la misma para todos, desde el Papa hasta el último laico, de ahí la defensa del *sacerdocio universal* de cada creyente. Tanto Galileo como Lutero fueron creyentes, pero entendieron que la fe sin la razón (matemática o teológica) se infantiliza. Una diferencia, sin embargo, importante: si Galileo muere dentro de la Iglesia pese al conflicto suscitado, *Lutero la abandona para reformarla*.

El ilustrado Voltaire da el último paso en esa dirección sustituyendo el *teísmo*, que adora a un Dios personal, por un *deísmo* que invoca a un dios sin rostro, fuerza cósmica suprema que todo lo rige, de lo cual tomarán buena nota los masones, que veneran este orden cósmico en sus logias (*logia*: plural de *Lógos* o *Megarrazón*), lugares de culto a dicha Razón universal, en las cuales cada masón refleja ese orden universal en su propio orden ético interior, aunque con el discurrir de los años vayan perdiendo en religiosidad para ganar en poder. Esta humanidad ilustrada, más *antropo-teocéntrica* que *anti-teocéntrica* echa un pulso a lo divino para medir su propia fortaleza. Cumpliendo así la premonición de Sören Kierkegard: *si olvidáis la actitud religiosa de Abraham, que cultivaba las tres dimensiones de lo divino, lo comunitario y lo individual, entonces sólo os quedarán dos dimensiones, la social y la personal; pero si también os olvidáis de la memoria del prójimo, entonces fabricaréis un hombre unidimensional empobrecedor: seréis hijos de*

⁵¹ Steiner, G: *Sobre la dificultad y otros ensayos*. FCE, México, 2001, p. 43.

⁵² En el otoño de 1609 la carrera de Galileo dio un giro cuando dirige su recién perfeccionado telescopio hacia los cielos. Hasta entonces, como profesor de matemáticas y filosofía natural en la universidad de Padua, había dedicado la mayor parte de su atención a la mecánica, pero ahora deja de lado la mecánica y se vuelve hacia la astronomía. En poco tiempo descubre lo que parecían ser montañas y otras características terrestres en la luna, manchas en el sol, cuatro ‘lunas’ orbitando alrededor de Júpiter y fases periódicas de iluminación de Venus similares a las de nuestra propia luna. En conjunto estas observaciones minaban definitivamente la cosmología aristotélica, como por ejemplo la drástica distinción entre la tierra y los cuerpos celestes, la tierra como centro único de órbitas circulares, o el carácter inmutable de los cuerpos celestes. Sobre todo, las fases de Venus mostraban que este planeta no orbitaba alrededor de la tierra. Cfr. McMullin, E: *The Galileo Affair*. Science and faith in dialogue. Faraday Institute for Science and Religion. Cambridge, 2011, pp. 233 ss.

⁵³ En la mitología griega Hermes, como es bien sabido, fue traductor, intérprete, traficante de ganado y ladrón, lo cual indica qué clase de “traducciones” estaría dispuesto a llevar a cabo; como en aquella *boutique* de París, “se habla inglés, se entiende americano”.

Narciso, sin *Eco* alguno en vuestra soledad clausurada. Así culminan los proyectos prometeicos: cualquier intento de convertir el cielo en la tierra culmina haciendo de la tierra un infierno. La *razón monovolumen* culminará en lo que los canonistas aducen como causa de nulidad: un matrimonio *no consumado* o *co-sumado* (*con-summatum*).

8.3. Estadio antropocéntrico de Prometeo (1789-1989)

Tras este periodo breve pero intenso, a la generación de Abrahán le sigue la del titánico *Prometeo*, abanderado revolucionario que desea eliminar a Dios de su horizonte, convencido de que en un futuro no lejano éste logrará transformar la tierra en cielo. Tal es la lógica de la izquierda que llora, *el marxismo*, y sobre todo de la izquierda que ríe, *el anarquismo*. En ambos el revolucionario-superhombre acabará con los inhumanos burgueses que dicen creer en Dios mientras expolían al hombre. Proletarios contra burgueses, hay que ganarse el título de *humanos* y sus correspondientes *derechos*, de los que carece quien explota a los demás. Pero esa ganancia no se regala, exige un movimiento dramático de ruptura⁵⁴.

El nihilista Nietzsche –desdeñoso de la revolución obrera- pone toda la carne en el asador del Superhombre, que cada cual descubre en sí mismo afirmando su voluntad de poder y al propio tiempo negando la idea de que los valores humanos están sustentados en Dios. La negación de la maldad del malo lleva a planteamientos impersonales que a veces terminan por negar la culpabilidad, entre todos la mataron y ella sola se murió: ¿quién mato al comendador? ¡*Fuenteovejuna*, señor! Esta defensa de la *voluntad abúlica* producirá *operetas de tres perras gordas*, *Dreigroschenoper* (B. Brecht) cuyo resultado es el Estado: entre todos lo quebraron y el solito se quebró.

Con el psicoanálisis elimina Sigmund Freud finalmente la percepción de la persona creada a imagen y semejanza de Dios. Contra el hombre de Boecio, *sustancia individual de naturaleza racional*, Freud postula un hombre no imagen de Dios, no racional, no individual, sino una trinidad en lucha, el *ello*, el *superyo* y el *yo*. El *ello*, así llamado porque nadie lo quiere reconocer como suyo propio, declara su antagonismo al *superyo* o imagen desiderativa del yo ideológico, en cuanto que arquetipo de perfección construido por imperativos paterno-sociales: quien llega a ser ángel quiere ser arcángel, el arcángel serafín, el serafín querubín, el querubín potestad, la potestad dominación, la dominación trono, el trono quiere ser Dios. Si el *ello* me

⁵⁴ El movimiento obrero de los orígenes, de todos modos, comenzó siendo menos ateo que anticlerical. Cfr. Díaz, C: *España canto y llanto. Historia del movimiento obrero con la Iglesia al fondo*. ACC, Madrid, 1994.

impulsa hacia la tierra, el *superyo* hacia el cielo, en su patético deseo de calmar simultáneamente pulsiones tan contradictorias. Hay que buscar alguien que ponga orden en esta anarquía, y ese alguien es el *yo*, sin el cual cabalgaríamos sobre dos caballos divergentes desbocados -*ello* contra *superyo*- de cabalgadura esquizofrénica (*esjizós*, partido). Sólo el *yo* podría manejar nuestra vida embridando fuertemente ambos caballos. O eso, o la locura: no todo el que dice *yo* posee un yo. Complétase así el *magisterio de la sospecha*: Marx en el terreno social, Nietzsche en el ético, y Freud en el anímico, estos tres colosos del pensamiento moderno orientan su reflexión dando la espalda a Dios.

Después, el *holocausto*. Una reciente iniciativa gubernamental en Francia proponía que cada niño del primer año de la escuela primaria adoptara el nombre de un niño judío francés deportado a Auschwitz, pero ¿no sería algo traumático cargar a cada niño el peso de un muerto sin sepultura? “Estábamos muertos y podíamos respirar”, escribió Celan, pero ¿respirar es estar vivo?, ¿se puede llamar muerto a quien no teme la muerte porque está demasiado cansado para comprenderla? No, no existen eso que los débiles llaman justicia y pudor, la loca de la casa. Antífona no es quien para enterrar a su hermano impiamente asesinado; en lugar de encabezar la rebeldía frente al poder ominoso debe someterse a los imperativos de su poderosa barbarie. Auschwitz es el pasado, el presente y el futuro de la humanidad, campo de exterminio en donde no se construye nada que no sea la muerte; Auschwitz es el signo del hombre: la población alemana, con la complicidad de Europa y la pasividad del mundo, ya no es separable de una cámara de gas; en medio de la silenciosa indiferencia de la gran mayoría de la población mundial, la carretera a Auschwitz la construyó el odio pero la pavimentó la indiferencia, y esa carretera sigue en construcción cada vez que personas mueren como bestias, como cosas que no tienen cuerpo ni alma, ni siquiera un rostro sobre el cual la muerte pudiera poner su sello. Como dijera Walter Benjamín, ni siquiera los muertos estarán a salvo del mal, si éste vence en la historia, y ese enemigo no ha dejado de vencer todavía. Por lo tanto, nadie está a salvo, no hay futuro mientras un oficial de las SS. llame bromeando a la tortura *mi máquina de escribir*, pues con esa máquina se escribió y se escribe lo que Víktor Templerer denominó *LTI (Lengua Tertii Imperii)*. En tal neolengua al látigo se le denominó *Dolmetscher* (traductor), la abreviatura *Knif* significó *kommt nicht in Frage*: imposible, y la abreviatura *Kakfif* (*kommt auf keinen Fall in Frage*, completamente imposible), se crearon neologismos como *Untermenschentum* (subhumanidad), *entjuden* (desjudaizar), *arisieren* (arianizar), o *aufnorden* (hacer más nórdico). Al mismo tiempo, y para completar su sádica faena, a los judíos se les añadía un nombre bíblico para

marcar su pertenencia a una raza inferior, o simplemente una *J* que sellaba su pertenencia al pueblo maldito. A nadie extrañarán estas palabras de Hans Mayer, alias Améry: “Sobre mi antebrazo izquierdo llevo tatuado mi número de Auschwitz, es de lectura más sucinta que el *Pentateuco* o el *Talmud*⁵⁵, y sin embargo contiene una información más exhaustiva”. Así se escribe una historia odiosa porque -la frase es de Todorov- “hay odios que no solamente son justificados, sino necesarios”. Albert Camus pareció haber previsto Auschwitz en *La peste*: “Oyendo los gritos de alegría que subían de la ciudad, Rieux tenía presente que esta alegría está siempre amenazada. Pues él sabía que esta muchedumbre feliz ignoraba lo que se puede leer en los libros, que el bacilo de la muerte no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, en la ropa, que espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas, en las maletas, los pañuelos y los papeles, y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa”. Dentro de ese mal radical sorprende que una minoría saliera de Auschwitz purificada, es decir, dispuesta a perdonar. Imre Kertész salió cantando de Auschwitz porque “la victoria no debe ganarse contra el enemigo sino sobre el odio propio”, lo mismo que Maximilian Kolbe, Víktor Frankl, Dietrich Bonhöffer, Edith Stein y tantos otros⁵⁶.

Así pues, desde esa perspectiva, lo que no alcanza el poder sería triste moralina, paternalismo que genera resentimiento finalmente en el vencido “apadrinado”. Desde tal perspectiva Dios habría creado la naturaleza para la supervivencia de los genes más fuertes, los únicos que podrían proclamarse a imagen de un Dios que a su vez habría creado a los hombres más poderosos sólo para su propia glorificación. La justificación, pues, de su propia omnipotencia, el resplandor de su *diké* –la supremacía de las especies y los individuos más fuertes- resultaría *la única teodicea posible* capaz de defender a Dios de sí mismo ante la presencia del mal radical en el mundo. Dios es justo y la justicia está en la prevalencia de los mejores. Frente a tal teodicea inexorable resultaría imposible el cristianismo al comportarse *de facto* como si el Cristo *compasivo* no existiera, dada la preferencia de la institución eclesiástica burocrática y jerárquica por los fuertes *impasibles*. Incluso resultaría cuestionado *teológicamente* el cristianismo dada su contradicción entre un Padre omnipotente e impassible ante la muerte en cruz de su propio Hijo abandonado e impotente, y un Hijo que pese a todo se somete al Padre como lo hace Cristo. Sólo la contradictoria voluntad del Dios creador

⁵⁵ El *Talmud* afirma que, mientras existan treinta y seis *tzadikim* (sabios, justos) que logran ver la Divina Presencia cada día en el mundo, éste no desaparecerá (*Tratado Masejet Sukot, 45D*),

⁵⁶ Cfr. Cohen, E: *Los narradores de Auschwitz*. Ed. Paidós, México, 2010.

omnipotente (y no las herejías *patripasianas*) podría ser movida a compasión por la debilidad del Hijo, como lo expresó Kierkegaard con la figura del caballero de la fe llamada Abraham⁵⁷. Después, ya con Freud, la rabia filial metamorfoseada se traducirá en piedad falsa, es decir, *resentida*, al percibir la inanidad de su gesto proactivo. Pero, de nuevo, la falsa piedad resentida se arrepiente por haberse arrepentido, y vuelve a convertirse en piedad obediencial, consumado de este modo un círculo eterno de retorno de lo inevitable: el Dios del *Dies irae* y del castigo eterno, *die Schwachen müssen sterben*.

8. 4. Estadio pos-antropocéntrico y pos-teocéntrico (pos-moderno) de Narciso

Pero la revolución comunista fracasó en su formato histórico (recuérdese que el *Muro de Berlín* comunista cae impotente en el 1989), y sólo queda *Su Majestad el Yo, sans foi, ni roi, ni loi*. Último aviso, la revolución será televisada: disculpen las molestias. Es la *posmodernidad*, la era de Narciso: “Hay que pensar modelos desde el escepticismo y la desorientación que constituyen el aire que respiramos. Si es inútil buscar un Sentido unificador de la vida (no porque no se encuentre, sino porque será siempre la extrapolación de un sentido parcial), es porque hoy somos conscientes de la irremediable ambivalencia de nuestro mundo. Tal es el precio del pluralismo ideológico”⁵⁸. “No solamente queremos un conocimiento débil, sino además un convencimiento débil”⁵⁹ en el imperio de lo efímero, del crepúsculo del deber y del sacrificio, de las éticas indoloras sin sentimiento de culpa y sin propuestas fuertes. En realidad se trata de *éticas de náufragos*⁶⁰ para supervivientes en tiempos de crisis aguda, náufragos que rechazan mirar a lo lejos y que prefieren asirse a la primera tabla de salvación que encuentran, la del propio yo. Mas, si todo en nosotros es naufragio, entonces no podremos hacer otra cosa que desarrollar una cultura de supervivientes, no de herederos, habremos de arreglarnos con los restos de ese naufragio y quedaremos obligados a practicar una especie de canibalismo cultural; el náufrago tiene a su disposición los restos

⁵⁷ Este conflicto no siempre se resolvió así, pues siglos antes de Cristo Prometeo habría optado por la rebelión filial contra el padre Zeus. Situándose en la tradición patristica cristiana, Rocco Buttiglione escribió en el número primero de *Communio* (Madrid, enero de 1979, pp. 85-108) *Cristo y/o Prometeo. Apuntes sobre la imagen de Cristo en la filosofía contemporánea*.

⁵⁸ Camps, V: *La imaginación ética*. Ed. Seix Barral, Barcelona, 1983, p. 120.

⁵⁹ Rubert de Ventós, X: *Filosofía y/o política*. Ed. Península, Barcelona, 1984, p. 54.

⁶⁰ Cfr. Marina, J.A: *Ética para náufragos*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1994.

de todas las culturas humanas a partir de las cuales elabora una identidad precaria y se fabrica un sentido consciente de su caducidad y fragmentación. Pocos recuerdan hoy aquella afirmación de John Stuart Mill: la fuerza social de una persona que tiene convicciones equivale a las de noventa y nueve que sólo tienen intereses. Gilles Lipovetsky proclama: “Una persona *buena* en el sentido de la moral del deber no siempre produce beneficios, por eso todos preferimos un gestor que robe un poco, pero que incremente la cuenta de resultados, a una bellísima persona que con su bondad nos lleve a la ruina. Los santos pueden ser perjudiciales para el bienestar general, mientras que los astutos pueden resultar beneficiosos. Al individuo responsable le interesarían más los segundos que los primeros”. *¿Y después, qué?* Nada: *Y. Después. Qué.*

Fin de la historia: “La única filosofía de la historia que aún podemos profesar tras el fin de la filosofía de la historia (o sea, tras el fin del mito del progreso revolucionario) es la que acepta como algo propio el final de la filosofía de la historia”⁶¹. Con ayuda de papá Estado de bienestar, el Imperio y sus satélites han alcanzado sus últimos objetivos. Llevados de la misma inercia “quieren ser anarquistas a costa ajena”⁶². A gozar, a gozar, que el mundo se va a acabar, al mundo le faltan dos copas de más, bienaventurados los borrachos porque ellos verán a Dios dos veces.

Mientras tanto, ¿a los foráneos les corresponde algo? Occidente les cierra sus puertas, emigrantes no, gracias. El posmoderno ha logrado hacer historia para los pocos y prehistoria para los muchos, todavía enfangados – dicen los pocos- en los viejos prejuicios de las injusticias y las religiones salvadoras. *A vivir que son dos días* enfocando la cámara hacia el propio ombligo⁶³. En esa *civilización hipotética y virtual* son bien venidas estas palabras de David Hume: “Nunca damos un paso más allá de nosotros mismos (*we never do a step beyond ourselves*)”. Aquí *yo* no es *yo-y-tú*, el bien común nunca aparece sin el punto de partida relacional que hay en el *y*. Es *la resistencia*, una opacidad de hecho, una adversidad sin identidad, el *pensamiento de afuera*, esa noche en la cual el ser del lenguaje se le muestra al sujeto sólo por medio de la desaparición del sujeto mismo y del lenguaje humano⁶⁴.

Mi libro *Contra Prometeo* (1880) denunciaba todo este clima proponiendo una *voluntad cooperadora*, aquella donde se practica el apoyo

⁶¹ Vattimo, G: *El final del sentido emancipador de la historia*. “El País”, Madrid, 6/12/1986.

⁶² Pessoa, F: *El banquero anarquista*. Ed. Verdehalago, México, 2011, p. 47.

⁶³ Cfr. Serres, M: *Récits d'humanisme. Yo, relatos subjetivos, nosotros (relatos colectivos), todos*. Ed. Le Pommier, 3 vol. París, 2006.

⁶⁴ Cfr. Ferreira, J. M: *Diálogo entre Merleau-Ponty y Levinas sobre el problema de la resistencia de lo irreflexivo en la reflexión*. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Michoacán, 2013.

mutuo y la cooperación en orden al bien común. Por eso a la afirmación hegeliana de que mi conciencia reconoce a la *tuya* (*autoconciencia reconocitiva*) debía seguirle el reconocimiento de que la *heteroconciencia reconocitiva* funda mi propia autonomía⁶⁵. Saber lo que quiere él no es lo que yo quiero. Yo quiero ir con aquel a quien *yo quiero*". Porque lo primero no es el "tú" ni el "yo", sino el y, la persona no acaba en su propia piel, cada quien es la suma de la raza. Además, el hombre es, más que un hecho, *hechura*. Si se prefiere, es *hermenéutica*, cuento de nunca acabar, eterno criptograma, mordedor innato que, sin dientes, muerde con las encías. Raza de Proteo, los humanos gozan de extraordinaria versatilidad; sus cabellos, cuando ungidos, desprenden buen olor y ornamentan la cabeza; sin embargo, cuando no lo son, pesan. Un *subhumano*, así llamaban los arios nazis a los judíos, puede convertir al pretendido superhombre en persona humana por la gracia de su perdón. Se ha definido al humano como cáncer de la biosfera, pero cuando tenemos cáncer necesitamos que los sanitarios nos quieran más. A Yahvé le respondió un Caín ensangrentado: "¿Acaso soy yo el guardián de tu hermano?".

¡Qué escándalo la enseñanza de la historia de la filosofía donde cualquier filósofo negando compulsivamente y "por oficio" a cualquier otro filósofo! "*Espinoza refuta a Descartes, Leibniz refuta a Spinoza, Fichte refuta a Kant, Schelling refuta a Fichte, Hegel refuta a Schelling, y a Hegel el curso de la historia no sólo le refuta, sino que le liquida*"⁶⁶. ¡Y en qué montaña de excrementos, en fin, se convierte el mundo cuando la bola del escarabajo lectoescriptor se hace cada vez más grande por el arrastre de las excrecencias anteriores a él, hasta convertir el mundo en una masa hedionda, la de su propio detritus, conforme a la cultura del escarabajo pelotero, al que algunos denominan *scarabeus sacer*, escarabajo sagrado!

Nuestro objetivo no es, sin embargo, en modo alguno, escandalizar a cuenta de la filosofía, sino mostrar su profundidad en medio de la complejidad. Sin el conocimiento mínimo de la misma líbrenos Dios de los psicólogos locos y de los maestros ignorantes.

⁶⁵ Eso mismo constituía la tesis de mi obra lejana en el tiempo *Yo quiero* (Editorial San Esteban, Salamanca, 1991).

⁶⁶ Rosenzweig, F: *Diario, 20 de julio de 1922*. In GW, Leipzig, 1987, pp. 81-82.

CAPÍTULO IV. POLIÉDRICA DIGNIDAD PERSONAL

1. Tres posibilidades (y sólo una correcta) de fundamentar la dignidad personal

¿Cómo fundamentar el valor y la dignidad absoluta del ser humano? Esta persona disminuida ante mí no conoce a sus padres, ni a nadie; babea permanentemente; padece ataques y convulsiones periódicas; ni siquiera sabe regular sus esfínteres. ¿Alguna habilidad? Da vueltas y vueltas de día y de noche en torno a una estufa de carbón a buen ritmo y sin tropezar con ella. Tal persona podría ser considerado por algunos como un ser inferior a otros animales más inteligentes. Sin embargo, desde la perspectiva del amor que le profesa su padre y cuidador, es la persona más digna, la persona más persona del universo. ¿Por qué? Sencillamente porque a su hijo totalmente desvalido le ama totalmente, es decir, como un padre amoroso. He aquí una verdad básica en la vida humana: quien nos ama nos reconoce como personas, seamos quien seamos y estemos como estemos. El amor dignifica y rescata del olvido y de la muerte. Da más fuerte sentirse amado que creerse fuerte. Así de sencillo, pero así de verdadero.

1.1. La incorrecta fundamentación de la dignidad personal en la Naturaleza

Atendiendo al comportamiento de los seres vivos, en la Naturaleza lo más *natural*, mientras no se demuestre lo contrario, es que el pez gordo se trague al chico, que el lobo devore al cordero, y desde esa perspectiva -meramente naturalista, o, si se prefiere, meramente *ecologista*- lo anormal sería pretender que el cordero devorase al lobo, o que el pez chico tragase al grande; sólo a un niño se le ocurre indignarse con el “lobo malo” para defender al *corderito bueno*. En efecto:

a). Quien, limitándose al mero naturalismo defendiese que el hombre es un mero animal más sobre la superficie de este planeta Tierra, no podría protestar porque razas o individuos animales más fuertes exterminasen sistemáticamente a los más débiles.

b). Además, ¿cómo distinguir desde ese postulado entre derechos de

personas y derechos de cosas, por qué no habrían de heredar fortunas cuantiosas los *animales herederos* favorecidos por dueños enriquecidos?

c). Por otra parte, si no existiese ninguna diferencia cualitativa (atención, decimos *cualitativa*) entre el ser humano y el animal; si de ambos pudiese decirse *a burro muerto ceremonia concluida*; si nuestro sentido en el mundo fuera el de limitarnos a reproducir el código genético en la estrecha capa de la biosfera, ¿entonces por qué escandalizarse de que a ciertos perros se les trate como a personas, y a tantas personas se las trate peor que a perros?

d). Si todo concluyese encima o debajo de la Tierra, y fuese vana cualquier esperanza de eternidad, si a los humanos no nos esperase otra cosa que el mero pudridero, ¿por qué habría de extrañarnos que, dadas las leyes de la oferta y demanda al uso, se valorase más a los animales en vías de extinción (especies protegidas), que a los seres humanos?

e). Y ¿cómo evitar desde esos postulados la sardónica sonrisa del asesino que goza de honores a costa de la víctima inocente encarcelada en lugar de él, si todo acabara en este mundo? ¿Por qué desde tales supuestos habría de repugnar la idea de que los pobres estén condenados a perecer entre los excrementos de los ricos, y la de que la historia humana se burla sistemáticamente de los débiles, sin esperanza alguna?

f). Si finalmente argüimos que el ser humano es superior al animal tan sólo por la racionalidad de aquél y la irracionalidad de éste, ¿por qué no extrapolar dicho argumento hasta sus últimas consecuencias afirmando que los animales superiores más inteligentes tienen todos los derechos sobre los inferiores menos inteligentes, los cuales -una vez eliminados por los demás- dejarían su último lugar a los hasta entonces penúltimos, y así sucesivamente? Mas, al final, ¿quién subsistiría?

En este clima, algunos de los ecologistas han formulado el lema: “no es la Naturaleza para el hombre, sino el hombre para la Naturaleza”, lo cual conduce al *zoologismo*, y éste al *terracentrismo*: ¿terminaremos viendo perpetrarse crímenes rituales en nombre del culto a la Naturaleza, llámese *Gaia*, *Gé*, etc? Nadie vea, de todos modos, en nuestro discurso animadversión alguna contra el ecologismo, y mucho menos apología de la devastación a que los irresponsables humanos someten a la Naturaleza; vea tan sólo estrictamente lo que estamos argumentando, ni más ni menos, a saber, que no es el ecologismo el que sostiene al personalismo.

1.2. La incorrecta fundamentación de la dignidad humana en el antropocentrismo

¿Podrá entonces esperarse de la persona el fundamento de su propia

dignidad, podrá una perspectiva exclusivamente antropocéntrica dar razón de la persona como fin en sí misma? Veamos cómo la respuesta es negativa.

A. La pretensión kantiana

Para Kant, si (y sólo si) el hombre se comportase moralmente, convirtiendo su comportamiento en categórico, es decir, válido para la entera humanidad, entonces sería digno de respeto. Ahora bien:

- a). ¿Qué pasaría entonces con quienes no se comportasen categóricamente?
- b). ¿Qué pasaría con quienes no pudiesen adoptar esa pauta?
- c). ¿Qué pasaría con los niños, los enfermos, los débiles, los no natos, los terminales, y un largísimo etcétera?
- d). ¿A dónde podría llevar la carrera ingeniería genética en su apelación insaciable a una realidad más elevada y competitiva?
- e). ¿Qué diríamos hoy de aquellas civilizaciones pasadas cuyas pretensiones de universalidad no pudieron ser tan elevadas como la postulada por Kant?
- f). ¿Quién pondría el listón de la racionalidad universal exigible? Es de suponer que, abandonado el hombre al postulado de la racionalidad kantiana, ésta conduciría por contraste paradójico a la extrema inhumanidad, pues nunca faltarían los falsos profetas de la (sin)razón en nombre de la pretendida forma de racionalidad universal, tales como Hitler y secuaces de toda hora.

B. El voluntarismo

No faltan quienes pretenden fundamentar la dignidad de todos los humanos en el comportamiento altruista y abnegado de alguno de ellos, los cuales llegan a entregar gustosamente su vida en favor de absolutos particulares, sacrificándose, por ejemplo, absolutamente por la revolución, aunque sin poder justificar el motivo de tan grande sacralización, pues ¿quién podría evitar que lo sublime revolucionario, es decir, lo inmanente trascendido, lo humano sobrehumanado, pudiera transformarse en lo ridículo o en lo despótico, como tantas veces se ha visto?, ¿cómo frenar la tendencia de la revolución a devorar sus propias criaturas, que -cegadas por la corrupción y la soberbia del poder- llegan a sacrificar a los mismos sacrificados?

C. El sociologismo

Otros apelan asimismo a las convicciones comunes o comunales para justificar su intrínseca racionalidad moral. En estas actitudes consuetudinarias, donde la costumbre es ley, se propicia en la masa el hábito de obediencia generalizada a un discurso manipulado en orden a la obtención de meros hábitos obedienciales. Pero ¿quién dice que lo vigente no sea alguna vez, o

intrínsecamente incluso, aberrante?

En la misma línea, todo hay que decirlo, se encuentran muchas de las proclamas de los organismos internacionales, que ayudados por su orquestación mediática tratan de acostumar a la población mundial a la *ética del porque sí*: porque lo diga la Unesco, o las Naciones Unidas, o porque lo dice el *ayatollah* de turno, el rostro famoso, o quien sea. Algo demasiado estrambótico como para poder ser aceptado con un mínimo de racionalidad, pero que propicia un cierto tipo de creyente que se cree increyente, ese “increyente” selectivo que, sin saberlo, cree en el comportamiento en el que no sabe si cree, incluso aunque crea que no cree, créalo o no.

1.3. Desde el absoluto quedaría absolutamente fundada la dignidad de la persona

Sin el menor ánimo de excluir a nadie, llegamos a la conclusión de que sólo desde un Amor absoluto e incondicional e imperecedero queda absolutamente fundada la dignidad del ser humano. Si amar a otro es -como recuerda Gabriel Marcel- decirle *mientras yo viva tú no morirás*, qué suerte tienen además quienes creen que, mientras exista un Ser tal cuya naturaleza consiste en amarnos desde siempre y para siempre incondicionalmente, mientras Él viva nosotros no moriremos.

Únicamente desde esta posición se hace inteligible la felicidad eterna. Sólo Dios, decía Kant, es el conector de virtud y felicidad, pues quien ha sido virtuosos debe ser feliz. Sí Dios existiera, premiaría a los buenos y haría felices a los virtuosos, aunque en este mundo ocurra a veces todo lo contrario. A los *interesados en leyes de virtud*, pues, ¿por qué habría de molestarles este razonamiento kantiano? Si Dios existe, y es Padre Bueno (el personalismo comunitario no podría aceptar ninguna otra idea de Dios), habrá de estar sumamente interesado en la felicidad de todos sus hijos, incluidos los (y especialmente los) más débiles, los peor dotados, los más desfavorecidos, los más injustamente tratados. Lo que tenga el hijo de valioso vendrá dado por lo que tenga de hijo abierto al Padre bueno. Es decir, a través de esa relación filial.

No surge, pues, *en última instancia*, del hombre o de la mujer la dignidad humana, sino de la gratuidad de Dios. Eso sí, a ella responde el ser humano con la exigencia ética y con el consuelo religioso. A mayor gratuidad por parte de Dios, mayor exigencia por parte del creyente. La religión es también afirmación absoluta del ser humano a la luz de Dios. No hay manera de afirmar a Dios sin afirmar al hombre, negando al hombre se niega a Dios.

Y también, claro está, a mayor gratuidad por parte de Dios más agradecimiento por parte del ser humano, y por tanto más modestia: Dios ama a todos los seres humanos, y no solamente a los que decimos creer en él. Ecos de su presencia a norrosa la encontramos en las gentes enamoradas del Amor: A la hermana Teresa le confesó uno de los moribundos a los que atendía: “¡Gracias, madre. He vivido como un animal por las calles, y ahora gracias a sus amorosos cuidados voy a morir como un ángel!”. En Teresa se hacía de nuevo visible la *diakonía kathemerine*, pues cuando se trata de la palabra de Dios, comprender no es nada si la inteligencia no conduce a la acción. En verdad, para Teresa “la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular”⁶⁷, de ahí que su pesimismo antropológico no pudiera frenar su optimismo teológico. A la falsa alegría con que la gente se gasta los dineros del otro, y hasta su vida, se contrapone frontalmente la verdadera alegría de quien da la moneda y su túnica⁶⁸ tocando al propio tiempo la mano y mirando la cara. Y sobre todo la alegría de quien da su vida, porque la alegría absoluta transfigura la realidad, viendo lo que es desde su plenitud, no desde su disminución. A menudo la experiencia parece demostrar lo contrario, pero Dios hará prevalecer su bondad sobre toda forma de maldad y pecado que hoy oprime el mundo⁶⁹. El siervo sufriente tenía un rostro tan desfigurado, que no parecía un hombre porque fueron animales con rostro humano quienes se lo deformaron, aunque no lograron matar el rostro de sus actos: hasta en el innoble rostro de muchos subconscientes se encuentra Dios para transfigurarlos.

2. La dignidad comunitaria

El mundo es una in-mundicia en el ámbito social. Ante una situación tan extrema, John Rawls define así a la desobediencia civil: “Es un acto público, no

⁶⁷ *Lc* 20,17.

⁶⁸ “El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene, el que tenga para comer que haga lo mismo” (*Lc* 3,11). Sería mejor cerrar las iglesias que acudir a ellas a rogar por la victoria sobre el enemigo, o a rezar para incrementar la propia riqueza.

⁶⁹ *Sal* 37. “No seas vencido por lo malo, sino vence con el bien al mal” (*Rom* 12,21). “Nada sería peor para nosotros que la indiferencia de Dios, que no le importáramos en absoluto” (Buch, E: *Una iglesia fuerte en Dios*. Madrid, 2013, p. 40). Somos ese mismo hijo pródigo: “Lo vio su padre y fue movido a misericordia; corrió y se echó sobre su cuello y le besó” (*Lc*, 16,20). “Y nosotros tenemos que pensar en la misión antes que pensar en la seguridad” (*Ibi*, p. 226).

violento, consciente y político contrario a la ley, cometido con el propósito de ocasionar un cambio en la ley o en los programas del gobierno”⁷⁰. Desobediencia civil: *objeción de conciencia total frente a las leyes radicalmente injustas*, así como *objeciones parciales*, a saber, *militar* (que puede llegar a la *insumisión*), *fiscal* (*parcial o total*), *laboral*, etc.

Muchas formas de sumisión únicamente son manifestaciones de esclavitud. Existe asimismo una forma de insumisión que es mero prurito, complejo de Edipo rebelde: ciertos *milikakas* supuestamente objetores de conciencia militar pero, una vez lograda la exención, quedan sumisos al Estado que les alimenta en la vejez. La desobediencia civil sí está legitimada cuando además de existir una injusticia seria y duradera, los recursos institucionales no son operantes o hay fundamento de sobra para pensar que no van a serlo. Antes que desobedecer a las leyes y a las decisiones políticas hay que intentar cambiar las leyes y dichas decisiones bien por la vía judicial o por la vía política, pues de lo contrario lo que se fomentará es la falta de respeto a la legalidad y el que cada cual haga la guerra por su cuenta. En determinadas sociedades, la prepotencia de los poderes públicos frente al ciudadano medio justificaría posiblemente más que en otros sitios el recurso a la desobediencia civil. Una Administración que trata a los ciudadanos como súbditos y unos poderes públicos que tienden a concebir el poder como medio de obligar a los ciudadanos a someterse proporcionan justificación ética para rebelarse. Sin embargo, el hábito de la picaresca (esa forma de desobediencia tan poco civil y tan arraigada) debe hacer pensar si el recurso a la desobediencia civil va a producir más males que bienes o más bienes que males. La desobediencia civil no puede ser un nuevo manto ideológico para tapar y glorificar la falta de sentido cívico y de solidaridad con el bien público⁷¹.

La insumisión personalista y comunitaria no es una cuestión opcional u optativa de cada quien, aunque deba darse con plena libertad. Resistir no es mantenerse atado a una idea concreta. Resistir no es soportar masivamente. Resistir es ser fiel a uno mismo. Resistirse es hacerse mejor y hacer mejor al contrario. Resistencia es *no-violencia* que no debe confundirse con cobardía. La persona resiste mal cuando se resiste al bien sometiéndose a lo malo; resiste bien cuando resiste al mal y se somete al bien. Es necesaria una resistencia fecunda, no el simple y simplista *no nos moverán*, lema que también podría aplicarse a quienes no saben dimitir. Una resistencia a la altura de la persona es una rebeldía contra todo mal. Y una sumisión voluntaria a los valores que valen más.

Los hombres contra lo humano, cada vez menos entre hombres y cada

⁷⁰ Rawls, J: *Teoría de la justicia*. Fondo de Cultura Económica. México, 1979, p. 405.

⁷¹ Hortal, A: *Desobediencia civil*. Ed. Trotta, Madrid, 1992, pp. 722-723.

vez más entre subhumanos⁷². “¿No tienes a veces la impresión de que vivimos, si a esto se le puede llamar vida, en un mundo roto? Sí roto, como un reloj roto. El mecanismo ya no funciona. Por fuera nada ha cambiado. Todo está en su lugar. Pero si te llevas el reloj al oído no se oye nada. El mundo, eso que llamamos el mundo de los seres humanos, en otro tiempo debió de tener corazón, pero pareciera que ese corazón ha dejado de latir”⁷³. Esta es una sociedad esencialmente sumisa. Endurecida, débil, floja, romántica de culebrón, pero no fuerte. Ameboide, sólo aparentemente flexible y a la vez rígida, sin sujeto donde echar el ancla. Autocomplacida, feliz y con gran autoimagen. Hipócrita, seudotolerante de fachada, no sólo tolera, sino que fomenta y alienta el mal. Nihilista paradójica, pues busca con ahínco la renta *per capita*. Está a favor de “algo” pero contraria al “alguien”. Descabezada reflexivamente, de vuelco emocional en vuelco emocional, culturalmente invertebrada, mediáticamente vulgarizada. Relativista, entreguista, *París bien vale una misa*. Erotizada en todos los terrenos. A veces rebelde sin causa, sin permanencia y sin para qué. Teófoba: cristófoba, antropófoba: no somos más que un pedazo de grasa renegrida mañana arrastrado al corral por las mulillas del torero. Zaratustra lo anunció premonitoriamente: “Cuando era joven, este Dios del Oriente era duro y vengativo, y construyó un infierno para diversión de sus favoritos. Pero al final se volvió viejo y débil y blando y compasivo, más parecido a un abuelo que a un padre, y parecido sobre todo a una vieja abuela vacilante. Se sentaba allí mustio, en el rincón de su estufa, cansado del mundo, cansado de querer, y un día se asfixió con su excesiva compasión”. *Cristiandad difunta*: “Ciertos espíritus disecan las cuarenta y cinco etapas del fervor, desde sus sillones de parroquianos de elite hasta el comulgatorio y vuelta. De ello hacen grandes libros con su yo en viñetas. Bienaventurados mis lectores, pues en mí ellos verán a Dios. Una religión de la yema de los dedos no agarra nada, ni siquiera el reino de Dios. El cristianismo se convierte en una religión de mujeres, ancianos, y pequeños burgueses, casi eliminado el elemento duro de nuestras poblaciones modernas: el elemento obrero. ¿La causa de este desplazamiento? El acaparamiento progresivo del cristianismo occidental por la clase burguesa”⁷⁴. “Algunas personas se persuaden de que cuanto más pura es una idea, menos energía tiene y, abusando de las palabras, hacen pasar bajo el pretexto de la pasividad contemplativa, de la renuncia, de la infabilidad mística, su amor a la vaguedad de su vida espiritual. Especialmente tienen afición a hablar hindú. Sea, hablemos hindú y oigamos también al Mahatma Gandhi tratar de la *no-violencia*: ‘Allí donde no hay otra

⁷² Marcel, G: *Los hombres contra lo humano*. Editorial Caparrós, Madrid, 2001, p. 62.

⁷³ Marcel, G: *El misterio del ser*. BAC, I, Madrid, 2002, p.30.

⁷⁴ Mounier, E: *El afrontamiento cristiano* Obras, IV. Ed. Sígueme, Salamanca, pp. 321 ss

elección que entre cobardía y violencia, yo aconsejaría la violencia. Yo cultivo tranquilo el coraje de morir sin matar. Pero arriesgaría mil veces la violencia antes que la castración de toda una raza'. De tales gentes escribía Péguy: 'Porque no tienen el coraje de ser hombres del mundo, creen que son de Dios. Porque no tienen el coraje de ser de uno de los partidos del hombre, creen que son del partido de Dios'. Pero este mundo es un mundo sólido, duro. El pacifismo idealista no solamente detesta la brutalidad, sino que tiene horror enfermizo a la firmeza en la virtud. ¿Vamos entonces nosotros a aceptar la vieja justificación de la guerra con la darwiniana lucha por la vida, donde el hombre es un lobo para el hombre? No. Todas las tiranías profesan ese pesimismo básico sobre la naturaleza humana"⁷⁵.

Albert Camus había escrito: ¿Quién es un hombre rebelde (*révolté*)? "Un hombre que dice no. Pero, si bien rechaza, no renuncia: es también un hombre que dice sí desde su primer movimiento, un esclavo que, habiendo recibido órdenes durante toda su vida, llega un momento en que considera inaceptable una nueva orden más". Ya no se puede mirar hacia atrás. Hasta ahora sí, en adelante no. Hay un límite que no pasaréis"⁷⁶. Existe en el insumiso una adhesión entera e instantánea a una cierta parte de sí mismo. Una adhesión incondicional. Lo que purifica interiormente los malos sentimientos y resentimientos que la rebelión lleva consigo es el hecho de que la rebelión (que es más que la simple rebeldía) arriesga deliberadamente la propia vida. Cuanto más despierta en uno ese estar vivo para sí mismo y para el otro (y los otros), esa fidelidad —añade Marcel— conduce a "una voluntad de incondicionalidad, que es en nosotros la exigencia y la marca de lo Absoluto". Y por eso mismo "esperar no es sólo esperar para sí, es difundir esa esperanza, es mantener cierto resplandor alrededor de uno mismo"⁷⁷.

3. De la razón dialógica, y no sin ella, a la razón profética, y sólo con ella

Frente a la *insolvencia absoluta*, "esperar contra toda esperanza que el ser amado triunfará de la enfermedad incurable que lo consume es como decir:

⁷⁵ Mounier, E: *Los cristianos ante el problema de la paz*. Obras, III. Editorial Sígueme, Salamanca, pp. 923-927.

⁷⁶ Camus, A: *El hombre rebelde*. Alianza E. Madrid, 1982, p. 21. Pero ese límite debe aplicarse también al rebelde iluminado: "Me discuten el tipo de filántropo, exclama Marat. ¡Qué injusticia! ¿Cómo es que no ven que quiero cortar un pequeño número de cabezas para salvar a muchas más?". Lo que ocurre es que ese pequeño número se convierte meses después en doscientas setenta y tres mil cabezas a las que habría que borrar de la faz de la tierra: "Marcadlos con un hierro candente, partidles los pulgares, cortadles la lengua".

⁷⁷ Marcel, G: *El misterio del ser*. Obras I, BAC, 2002, p. 325.

no es posible que yo sea el único en querer su curación, es imposible que la realidad en su entraña sea hostil o indiferente a lo que yo afirmo que es en sí un bien. Sería inútil citarme ejemplos para descorazonarme: más allá de toda experiencia, de toda probabilidad, de toda estadística, afirmo que cierto orden será restablecido, que la realidad está conmigo para querer que ello sea así. Yo no deseo: afirmo. Esto es lo que llamaría la resonancia profética de la verdadera esperanza. La única esperanza auténtica es aquella que se dirige a lo que no depende de nosotros y cuyo resorte es la humildad, no el orgullo”. Pero ¿justifica esto una ética de la rebelión? La rebelión es un desorden, pero un desorden que quiere servir a un orden mejor. Tal vez por eso afirma Gabriel Marcel que “la rebeldía no es ni puede ser de ninguna manera la última palabra”⁷⁸, pues todo movimiento de revuelta invoca tácitamente también la adhesión a un valor. Por eso es incompatible con el resentido; si éste puede caracterizarse como un autointoxicado de impotencia prolongada, aquél actúa y libera esas oleadas de dolor estancas. Como dice Camus, la rebelión se limita a rechazar la humillación sin pedirla para los demás, e incluso acepta el dolor para uno mismo. Si el resentimiento es individual, el movimiento de rebelión tiene conciencia de ser colectivo, la aventura de todos: me rebelo, luego somos.⁷⁹

Ciertamente, todos deberíamos reflexionar apuntando si fuera preciso hacia la *desobediencia civil*, para lo cual no basta que haya una causa justa, sino que no sea posible solucionarla por las vías institucionales previstas. La desobediencia civil sólo está legitimada cuando, además de existir una injusticia seria y duradera, los recursos institucionales no son operantes o hay fundamento de sobra para pensar que no van a serlo. Antes que desobedecer a las leyes y a las decisiones políticas hay que intentar cambiar las leyes y dichas decisiones bien por la vía judicial o por la vía política. De lo contrario se fomentará la falta de respeto a la legalidad. Una Administración que trata a los ciudadanos como súbditos y unos poderes públicos que tienden a interpretar el poder como medio de obligar arbitrariamente a los ciudadanos a someterse proporcionan justificación ética para rebelarse. Sin embargo, el hábito de la picaresca (esa forma de desobediencia tan poco civil y tan arraigada) debe hacer pensar si el

⁷⁸ Marcel, G: *L’homme révolté*. Apéndice a *Homo viator*. Ed. Montaigne, Paris, 1944, p. 368.

⁷⁹ “Venían órdenes del Emperador que atacaban a las costumbres, y los presidentes de las Audiencias se ponían la orden en la cabeza y decían: esa orden se guarda, pero no se cumple. Y pronto vimos que con escribir libertad, legalidad y fraternidad no teníamos libertad, igualdad, ni fraternidad, que antes que escribir las cosas en las leyes hay que sentirlas en el espíritu, hay que encarnarlas con la educación, porque si no sólo son sencillas ridiculeces e hipocresías que no hacen a los hombres como deben ser, sino que las falsifican, como sucede mucho con esas instituciones democráticas que son bellos ideales, pero que primero es necesario que los hombres las sepan vivir y las sepan crear para que las sepan manejar. Como aquellos misioneros que llegaron a realizar dieciséis viajes a través del Océano para lograr la bula que protegiera a los indígenas”. Reyes, R: *¡Educar!* Madrid, 1951, p. 29.

recurso a la desobediencia civil va a producir más males que bienes. En todo caso, la desobediencia civil no puede ser un nuevo manto ideológico para tapar y glorificar la falta de sentido cívico y de solidaridad con el bien público⁸⁰. Pero la desobediencia civil es fruto del agotamiento, sobre todo cuando el diálogo parece convertirse en fin en sí mismo: “Debido a la lentitud con que se desarrollaron las intervenciones del centenar largo de mandatarios, a los últimos oradores les tocó hablar de madrugada y en un salón que desde las primeras horas de la noche se encontraba ya casi vacío y con oyentes aburridos que aplaudían sin entusiasmo. La mayoría de los periodistas habían abandonado el salón de sesiones, lo mismo que los líderes que ya habían intervenido. Por los suelos había multitud de hojas con informaciones y estudios de todo tipo que intentaban demostrar con cifras y gráficos la gravedad de la injusticia social en el mundo”⁸¹. Hay que pasar *de la razón dialógica*⁸² a la *razón profética*⁸³, la cual:

a. Tiene prisa en establecer unas nuevas categorías de racionalidad comunicativa *con reloj en mano*, no al margen del tiempo, no *sine die*, así que pregunta: *¿hasta cuándo* aplazar la discusión no traducida en cese de tanta hambruna? *¿por qué* no introducir alguna cláusula de penalización por retraso en la entrega de soluciones concretas y niveladoras? *¿sería absurda* la fijación de fechas límite para dialogantes morosos autocomplacidos en sus interminables bizantinismos discursivos?

b. Padece en su propia carne la opresión espacial y territorial y por eso pregunta al Norte: *¿cuánto* espacio -propiedad y hacienda- estáis dispuestos a gozar sin compartir? *¿cuántos* extranjeros vais a impedir que dialoguen con vosotros *en vuestro propio suelo*, sin antes o después devolverles al mar? *¿cómo* entablar algún tipo de comunicación cuando los otros habitan el exilio, y cuando la tierra para el Sur prohibida es clausurada a cal y canto en el Norte? *¿no* resultará excesivamente ilusorio un diálogo de plano inclinado?

c. Siente asimismo que no le bastan las categorías de la razón fría y busca categorías de *racionalidad cálida*, por eso inquiere con lúcida ingenuidad: *¿qué* distancia ha de mantener el Sur para no ser fagocitado por el Norte, no tendrán los corderos que exigir al lobo que en orden al diálogo el majestuoso animal extirpe sus garras y arranque sus colmillos hasta tanto no puedan pacer en buena armonía?

d. Desea implantarse *en todos los niveles asociativos* siguiendo la ley de

⁸⁰ Hortal, A: *Desobediencia civil*. En “Conceptos fundamentales de ética teológica”. Ed. Trotta, Madrid, 1992, pp. 722-723.

⁸¹ ABC, 13/3/95.

⁸² Cfr. Cortina, A *Razón comunicativa y responsabilidad solidaria* Ed. Sígueme, Salamanca, 1985.

⁸³ Cfr. Díaz, C: *De la razón dialógica a la razón profética*. Ed. Madre Tierra, Móstoles, 1991.

los vasos comunicantes y generando sinergias desde los barrios más humildes hasta el Parlamento, pasando (¡en una democracia participativa!) por las asociaciones intermedias, los sindicatos, etc.

El ser humano no ha nacido para cuidar de sí mismo únicamente: “Mi argumento se basa en el hecho de que el ser humano no ha nacido para cuidar de sí mismo únicamente, sino para hacer mucho más que eso: para contribuir. En este momento la mitad del mundo está luchando por ocuparse de sí misma sin lograr ese propósito básico del ser humano que es contribuir a este mundo en general. Disponemos de esa capacidad, pero no la hemos descubierto; y tenemos que creer que puede haber un mundo sin pobreza antes de crearlo. Éste es el reto al que todos nos enfrentamos. Si creemos, entonces sucederá, porque trabajaremos para lograrlo. No se trata de creer e irse a casa; se trata de creer y trabajar por ello. Y si todos trabajamos en la misma dirección, sucederá. Y diría que, si podemos lograr un mundo sin pobreza, el único lugar en que se la podría ver en el futuro sería en el museo de la pobreza. Muy pronto se crearían estos museos para mostrar cómo era el mundo y lo crueles que eran nuestros sistemas, que permitieron que otros seres humanos sufrieran de este modo sin que tuvieran ninguna culpa. Ese día seremos nosotros los culpables ante los ojos de nuestros hijos y nietos, quienes visitarán ese museo de la pobreza y se preguntarán por qué permitimos que eso sucediera”⁸⁴.

Pues bien, en un mundo en que lo moral no siempre es lo justo, resulta de obligado ministerio vivir con dignidad, es decir, con moralidad.

4. Democracia moral: el ciudadano virtuoso

Según el germano-norteamericano Amitai Etzioni⁸⁵, “una buena sociedad es aquella en la que las personas se tratan mutuamente como fines en sí mismas y no como meros instrumentos; como totalidades personales y no como fragmentos; como miembros de una comunidad, unidos por lazos de afecto y compromiso mutuo, y no sólo como empleados, comerciantes, consumidores o, incluso, conciudadanos. Usando la terminología de Martin Buber, una buena sociedad alimenta las relaciones *yo-tú*, aunque reconoce el inevitable y significativo papel de las relaciones *yo-cosas* (*yo-ello*)”. La

⁸⁴ Mamad Yunus: *¿Es posible acabar con la pobreza?* Editorial Complutense, Madrid, 2006.

⁸⁵ Uno de los padres del *comunitarismo*, mucho menos crítico con la injusticia social que el *personalismo comunitario* fundado por Mounier. El comunitarismo, que comparte con el personalismo comunitario la voluntad de dignificar el elemento social de la persona, se mueve sin embargo de manera reformista dentro del neoliberalismo de siempre, lo cual le sitúa al margen del personalismo.

relación *Estado-ciudadano* también tiende a ser instrumental (yo-ello). Pues bien, cuando descubrimos valor en la creación o la contemplación de una obra artística, musical o en cualquier otra expresión de cultura, o cuando nos dedicamos a aprender por puro placer, nos encontramos en el *reino de los fines*. Las comunidades proporcionan lazos de afecto que transforman grupos de gentes en entidades sociales semejantes a familias amplias y transmiten una cultura moral compartida: conjunto de valores y significados sociales compartidos que caracterizan lo que la comunidad considera virtuoso frente a lo que considera comportamientos inaceptables y que se transmiten de generación en generación, al tiempo que reformulan su propio marco de referencia moral día a día en el marco de muchos de esos ratos que pasamos juntos después de comer, de conversaciones en bares, en desplazamientos, en el trabajo y en los medios de comunicación, charlando sobre cuestiones con repercusiones morales, y de mil maneras más. Nada de lo dicho está en contra de cada núcleo de reflexión (*think tank*) que se componen de representantes de los principales sectores sociales afectados por la cuestión estudiada y que dan a conocer las recomendaciones derivadas de sus propios diálogos. Todo esto puede enriquecer la puesta en común, el debate y la altura de las propuestas. Al fin y al cabo, la democracia supone mucho más que la consecución de una mayoría (sólida o precaria) en el parlamento.

Pues bien, ambos rasgos (lazos de afecto, cultura moral compartida) distinguen netamente a las comunidades respecto de los grupos de interés o *lobbys*, que carecen de lazos de afecto y de cultura compartida. En la relación *comunidad-Estado*, éste último debe ser un impelente y un catalizador de aquélla, en lugar de financiar y dirigir los programas sociales, razón por la cual su estilo de gestión habrá de ser horizontal y no jerárquico, basado en las redes de trabajo, y no directivo. Para hacer las cosas bien se requiere de cada persona una revitalización del interés por la vida pública, de manera que esa amplia mayoría de ciudadanos para los que la política se presenta como algo ajeno y muy distante (en el mejor de los casos, como mera adscripción a un partido) sean recuperados para el diálogo público y para la regeneración de la vida en todas sus dimensiones. El corazón de la justicia social es la idea de reciprocidad: cada miembro de la comunidad debe algo a los demás y la comunidad debe algo a cada uno de sus miembros. La justicia necesita a la vez individuos responsables y comunidades responsables. La buena sociedad, aquella en la cual reina el orden personal, equilibra tres elementos que frecuentemente aparecen como realidades incompatibles: *Estado, mercado y comunidad*.

Un Estado corrupto o sin control deteriora gravemente las relaciones *yo-tú* y *yo-nosotr@s*, hasta convertirlas en *yo-ello*. Para ayudar a mantener la

conjunción de los tres elementos (empresa, comunidad, Estado), este último, el Estado, ha de proteger las comunidades allí donde hayan fracasado y puedan y deban ser reflatadas, pues lo que pueda asumir el barrio no tiene por qué asumirlo el Estado. Cuando el Estado burocrático es fuente única de servicios comunitarios, o cuando en su otro extremo los abandona en manos de (o en las garras de) las entidades privadas con ánimo de lucro, las expone a su desaparición, tal y como ocurre en muchas privatizaciones que –valga la redundancia- privan a los más débiles de los servicios que no pueden pagar y que sin embargo son necesarios para vivir dignamente. En caso contrario, en caso de fortalecimiento sólo se produciría la debilitación de cuantas sinergias hubieran debido desembocar en una buena sociedad.

En la mera democracia numérica rige la ley del número (necesaria, pero insuficiente), no forzosamente la ley de los mejores. Gobierna el más votado, aunque solo sea por un solo voto. Sin embargo los demagogos recurren al voto del miedo, el cual no sólo es una incitación al fraude, sino una grave vulneración de los derechos humanos. Sin embargo, la democracia ejerce el arte adulto (niños y locos no votan) de la *desconfianza activa*, no sólo poniendo en marcha mecanismos institucionales efectivos, sino aumentando el control popular con el fin de reducir en lo posible las mediaciones manipuladoras. El voto no es una fulguración inmediata en medio de una tormenta. Por contrapartida, el abstencionismo es enemigo de la democracia, que no es un sistema de fugas o de renunciaciones, sino de laboriosidad cívica. Practica la democracia la gente responsable, la que da respuesta y responde lo mejor posible. No con el voto avestruz (cuando votas escondiendo la cabeza antes que ver los problemas), ni con el *videovoto* (si votas por el candidato más fotogénico, por el partido que gasta más en publicidad), ni con el voto borrego, ni con el voto corazonada (*me late que este gallo es el bueno*), ni con el *no-voto* (*este país no va a cambiar*), porque las cosas tenemos que transformarlas entre todos, no caen como lluvia de ángeles. De la democracia, ciertamente, no hay que esperar más de lo que puede dar, pero tampoco menos. Por tanto, rechazamos frases resentidas que sólo atraviesan palos entre las ruedas del carro cuando definen a la democracia como *soberanía del innoble, arte de hacer oprimir al pueblo por el pueblo en interés del pueblo, vicios de unos cuantos puestos al alcance de la mayoría, derecho de cada uno a ser su propio opresor, yo soy igual que tú, pero tú no eres igual que yo*.

La democracia moral *está compuesta no solamente por quienes quieren ser muchos, sino además ser buenos*. Cuando por un solo voto no se concede la victoria quedan desacreditados todos los votos. ¿Qué tal cuando se escucha “habrá caos si mi partido no triunfa por amplio margen?” Un solo voto permite gobernar al ganador, porque cada voto es fin en sí mismo, y quien

viola un voto lesiona a toda la humanidad, del mismo modo que quien apalea a un niño apalea a todo lo humano que hay en cada miembro de la humanidad. Por eso el demócrata moral derrotado continuará oponiéndose hasta la victoria final, pero no se acogerá a su condición de perdedor por escaso margen para dar un golpe de Estado. Nada de maldecir o no reconocer el triunfo ajeno. En democracia moral hay que aprender a perder numéricamente si se quiere ganar moralmente; si triunfa el adversario hay que seguir trabajando hasta liberar la polis del asedio de sus secuestradores, cada cual con los medios a su alcance, por eso hay que prepararse mucho. Mas *¿cómo pasar a una democracia moral?* Con lucidez de inteligencia, para lo cual hacen falta maestros. La democracia no es la revolución por decreto, la impaciencia es la enfermedad de los totalitarios. Desde la paciencia laboriosa aparecen ciudadanos libres, gentes que recuperan su memoria de humanidad con la que todos venimos al mundo por el hecho de ser humanos. Si la amnesia del pueblo es la ruina de la democracia, porque conlleva la memoria de elefante de los tiranos, la sana memoria histórica (decimos *la sana*) es su floración primera.

Si la democracia numérica se vive como un derecho, con su otra cara que es la obligación, la democracia moral se vive como un deber, un deber que yo me impongo con alegría, como la oportunidad de construir un mundo nuevo, más digno. Es un deber sagrado y por tanto sacrificado, en la medida en que se asume la vida común como realidad sagrada en la que uno se da a sí mismo el deber sagrado de cuidar de los demás: por ejemplo, procurando que se tapen las alcantarillas a las que le falta la tapa, (¡y las hay con realísimo peligro de muerte!), a fin de que no puedan caer en ellas niños, ciegos, o cualquier viandante. Eso lleva molestias, tiempo, y hasta dinero, claro está. Porque significa abnegación, generosidad, humildad, valores necesarios para el desarrollo de la virtud pública, indisociables de ella contra lo que suele decirse. Los grandes maestros de humanidad han procedido así. Sólo soy libre cuando todos los hombres y mujeres que me rodean son libres. La democracia, decimos con Charles Péguy, ha de ser la organización sistemática de la caridad, de la filantropía, de la buena educación, de la ayuda mutua, así como de la esperanza, ya que se basa en la convicción de que existen extraordinarias posibilidades en la gente ordinaria.

Ningún gobierno puede considerarse bien seguro a largo plazo sin una sólida oposición. Democracia implica división, pluralidad, desacuerdo; no es un lugar de gente similar, sino de gente diferente, para preservar la diferencia razonable, de modo que a pesar de todo resulte posible vivir juntos y sin violencia: ¡qué gratificante aquel debate donde un candidato felicita al otro, porque su propuesta conlleva mayor bien común! En la democracia moral no hay victorias ni derrotas, si quien gana es la comunidad. Hay lucidez: a la

gente y a los pueblos a los que amo les deseo siempre la bendita enfermedad de la lucidez.

5. Dignidad económica

Una clásica economía de solidaridad y no de explotación es la que nos presenta el anarquismo, en este caso en la obra de Errico Malatesta *Entre campesinos*, tan conocida en el pasado siglo en los ambientes de las clases trabajadoras más pobres:

a) Toma del montón

Alimentos, vestidos y casas deben ser puestas inmediatamente en común y distribuidas de modo que se pueda esperar hasta la nueva cosecha y a que la industria haya generado nuevos productos. Todas aquellas cosas que se produzcan después de la revolución, cuando ya no existan amos ociosos que vivan del esfuerzo de los trabajadores hambrientos, se distribuirán según la voluntad de los trabajadores de cada localidad. Si éstos quieren trabajar en común, tanto mejor; entonces se buscará el medio de regular la producción y el consumo, de manera que puedan satisfacerse las necesidades de todos, como para que tienda a asegurar a todos el máximo disfrute posible y todo está dicho con eso. O si no, se tendrá en cuenta lo que cada uno haya producido, para que pueda tomar la cantidad de objetos equivalente a su producto. Es un cálculo bastante difícil, que creo hasta imposible; pero esto quiere decir que, cuando se vean las dificultades de la distribución proporcional, se aceptará más fácilmente la idea de ponerlo todo en común.

Desarrollando -en libertad y no por decreto- cada vez más tales ideas, algunos anarquistas llegaron incluso en las colectividades españolas a la toma del montón. Bajo el lema *de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades*, ponían en un montón las riquezas que cada uno era capaz de producir y cada uno tomaba directamente lo que necesitaba, sin necesidad de administradores ni de vigilantes. Los anarquistas sentían más gozo en aportar que en detraer, vivían el orgullo de tener en palmitas a los ancianos, a los débiles, a los niños, pues el anarquismo no ama las cosas como fines en sí mismas, sino que sólo desea utilizarlas como medios para que las personas puedan desarrollarse como tales; por lo demás, sabe que básicamente todos necesitamos las mismas cosas para vivir, las cuales por otra parte no son tantas, y que, en todo caso, mientras vivamos en un mundo de recursos limitados, ha de evitarse que unos tengan mucho y otros nada.

b) Rotación laboral

Fueron los anarquistas los grandes precursores del *trabajo-comunión*, y no sólo de sus frutos, frente a la ulterior *división social del trabajo* del sistema capitalista (Adam Smith, David Ricardo). Lo que importaba en las filas anarquistas no era producir más por métodos más alienantes, sino producir más humanitariamente por métodos mejores para todos: “Hoy se prefiere un oficio a otro no porque éste esté más o menos adaptado a nuestras inclinaciones, sino porque nos es más fácil aprenderlo, porque con él ganamos o esperamos ganar más dinero, porque con él esperamos encontrar con más facilidad trabajo y, en segundo término, porque ciertos y determinados trabajos pueden ser más o menos penosos. Y, finalmente, la elección nos es impuesta desde que nacemos, por el acaso o por prejuicios sociales. Y aun cuando existieran ciertos trabajos que persistiesen en ser más penosos que otros, se buscaría el modo de compensar la diferencia con otras ventajas especiales; sin contar que, cuando se trabaja en común, para el común interés, nace siempre el espíritu de fraternidad y condescendencia, como en la familia, de modo que más bien que litigar para ahorrar esfuerzo, cada uno tomará entonces para sí los trabajos más penosos. Si a pesar de todo lo dicho hubiese aún trabajos necesarios que nadie quisiera efectuar voluntariamente, entonces los efectuaremos todos, trabajando en ellos un determinado tiempo cada individuo, por ejemplo un día cada mes o una semana al año”.

c) Educación

Y sobre todo los anarquistas fueron los mayores amantes de una nueva forma de convivencia gracias a una cultura verdaderamente humana: “- Pero y los vividores, los ladrones y los malvados, ¿qué se hará con ellos? - Primeramente te diré que cuando no exista ya más miseria e ignorancia, todos estos tampoco existirán. Pero aunque existiese alguno ¿hay por eso necesidad de tener gobierno y policía? ¿Acaso no seremos aptos nosotros mismos para tener a raya al que no respete a los demás? Lo que haremos no será suprimirlos, como sucede hoy, con los reos y aún con los inocentes; pero los pondremos en condiciones que no puedan dañar; y haremos lo posible para volverlos al buen camino”.

d) Por un vocabulario purificado a la altura de esta economía

“Interés”

En una economía de comunión el *interés originario es el inter esse* (*estar-entre*) humano, el *ser-con-y-para* el otro, el cual estará a la base de todo

otro interés. En esto consiste su *capital*: en actuar *con cabeza*, capitalmente; esto sí que es verdaderamente capital. Y por eso la vida económica pasa de ser un lugar de confrontación -pues con los amigos no se lucha, de los amigos no se defiende uno- a ocasión de encuentro y realización personal, una demanda creciente del significado del propio trabajo hermanado con el de los demás, capital humano colectivo, vida en común, capital relacional, *des-inter-es*, un “entre” que es dándose, compartiéndose.

“Beneficio”

Si toda relación humana tiende a ser ganadora y no fracasada, autoderrotante, frustrante, inexitosa, también la relación económica debería estar llamada a generar *beneficios antropológicos* (*bene facere: hacer bien, beneficencia, buena eficiencia, beneficios humanadores*) y no meramente crematísticos. Esa relación constituye el primer beneficio, incluso sin ser buscado, un beneficio a la medida del hombre, y no un hombre a la medida del cálculo de resultados, “lógica” del beneficio económico que en nada beneficia al desarrollo humano y que es ilógica, aunque tenga muchos valedores y *managers*. Sin embargo, el empresario que hace de su empresa una cueva de ladrones se arriesga a enterarse al final de su vida de que el hijo con el que contaba para sacarla adelante, o no tiene capacidad, o quiere ser poeta. ¿Para qué le sirve acumular todo para depositarlo al final en una fundación, en un capital, o en una galería de arte y contentarse con la 'inmortalidad' de un busto de mármol que ni siquiera tendrá la satisfacción de ver? La economía debería ser un momento privilegiado para la amistad y el encuentro.

El beneficio como “don”

La cultura del dar es *donatológica*. *Homo donans*: quien dice persona dice *don*, y quien dice cultura quiere decir cultura del dar, cultura que va del tener al dar, y del dar al darse, y de este modo para ser más. El donante no pierde lo donado, antes al contrario: cuanto más se posee tanto más se regala, hay más alegría en dar que en recibir. El don de todos los dones culmina en el darse; a quien no da su yo, al final se lo arrebatan los gusanos. ¡Qué triste es esperar a morir para compartir! La lucha de muchos contra su muerte sólo tiene por objeto evitar el inevitable don final. Que la economía de comunión sea una economía del *trabajar siempre para dar siempre y no solamente cuando se es joven*, puede parecerle heroico a quien se empeña en vivir para retirarse y retirarse para no vivir.

La “deuda” como “débito” (cumplimiento con el deber)

No regalar sería no asumir el deber (*debitum*), ni la deuda que contraigo

con la humanidad, a cuya especie pertenezco. La verdadera deuda es de carácter antropológico. Cualquier carga o deuda económica derivará de ahí.

Una deuda a la que se concede “crédito”

La economía del *nosotros* es una economía de *creditum* (*credibilidad*: creo en ti), de *co-laboración* con el otro, creencia que el otro procurará no defraudar. Por eso no se mide en la perspectiva supuestamente filantrópica, basada en el dar unilateral, de arriba abajo. Ciertamente, también el filántropo cede gratuitamente, es decir, da a los demás; pero gestos así casi nunca generan relación en sentido estricto. La filantropía puede ser una virtud compatible con el individualismo, y muchas veces lo que se llama altruismo es altruismo sin el otro: todo para el otro, pero sin el otro, o de don sin corazón. Este altruismo sin el otro es peligroso, pues no basta con dar, siquiera gratuitamente, pues ello crea dependencia en quien recibe y se presta al sarcasmo de Federico Nietzsche: “Vuestro vecino alaba vuestra ausencia de egoísmo porque saca ventaja de ello”. La economía de comunión es *crediticia*, basada en el *dar co/laborador*, *con-fiada* (con la misma fe), donde todos dan según sus capacidades y reciben según sus necesidades. Con esto tampoco queremos hacer apología de la ineficacia, y menos aún de la insolidaridad, protegiendo a los más vagos. No hacer todo lo que se puede es no querer todo lo que se debe. Muchas veces los peores enemigos de una economía *donatológica* son los propios colaboradores, pues la práctica ética de la economía no alimenta vagos. Es bien sabido que las relaciones adultas sólo pueden ser de igual a igual: si quieres ser mi amigo me lo tienes que demostrar con un comportamiento de reciprocidad, ya que sólo así tenemos la conciencia de pertenecer a un grupo y a una *racionalidad-nosotros*. Lo gratuito no es lo superfluo. La gratuidad del otro me *ob-liga* a él con más intensidad que ninguna ley o fuerza coactiva externa. Conjugar confianza y rendimiento, he ahí el reto principal de una economía de gratuidad.

Una economía centrada en la persona no puede darse sin una pedagogía en la que no sólo se aprende a vender, sino a no venderse, es decir, a apreciar que mis derechos lo son porque mis compañeros, al asumir sus deberes e incluso al ir más allá de ellos, sostienen alzados y tensos los vientos de la misma tienda de campaña que a todos nos alberga. En una economía tal, quien se limita a dormitar bajo ese toldo sin aportar su deber cumplido debería dormir a la intemperie, no es digno de tener un buen sueño. En una economía de ideales resulta de todo punto intolerable que alguien no rinda porque no se le pague, y sí cuando se le paga; inconcebible alguien impuntual y por tanto obstaculizador de la marcha de la cadena porque no se le pague, pero puntual y solidario cuando se le paga.

Una economía que genera relaciones de pertenencia

¿Cómo pensar, pues, la relación de pertenencia? Como un plan que se cumplirá si cada cual cumple su parte. Pero ¿cómo cumplir el plan, para el que hacen falta comportamientos de confianza, de reciprocidad, de altruismo, de acogida al otro, con el que no nos une ningún vínculo o con el que los lazos son muy tenues? Aquí entra en juego el tiempo, aliado de la paciencia y de la esperanza. No se trata de llenar esta economía de mediocres, ni de constituir la en batallón de los torpes, de forma que el inútil para la economía convencional *se realice* aquí en su blanda molicie, ni de ignorar la dinámica de la reciprocidad comunicativa, sino en las interacciones basadas en la confianza incondicional gracias a las cuales uno se siente impelido a devolver la confianza, es decir, a *co-responder*-responsablemente). El recibir confianza incondicional de los demás nos hace mejores personas; pero si fallamos sistemáticamente es que no estamos bien, o que no nos gusta esa la relación, y entonces vamos de conflicto en conflicto. Sustraerse a la lógica de la reciprocidad hace retirar la confianza e interrumpe la economía de relación.

Se preguntaba Richard Wagner si hay alguna otra razón que explique el que toda nuestra civilización se vaya a pique si no es por la carencia de amor, y humildemente yo creo que nadie puede hacernos tanto daño como quienes debieron amarnos y no nos amaron, y que a nadie podemos hacer tanto daño como a quienes debimos amar y no amamos. Dante Alighieri, cuando veía a Beatriz aparecer ante sus ojos, exclamaba: “Ya no hay enemigos en mi vida”. Dante amaba a Beatriz de tal modo que, al verla ante sí, se le borraba la memoria del mal, pues la persona que ama a una persona, si la ama profundamente, puede decir: “¡qué maravilloso es el mundo!”. Basta con amar así a una persona para que el mundo se ilumine, dale una persona amada y el mundo perderá para él su crueldad. El amor vuelve interesante lo que era aburrido, salva lo que estuvo perdido, da relieve a lo que era indiferente, la verdad es que quien nos ama nos rescata de la muerte y nos dignifica, razón por la cual da más fuerza sentirse amado que querer ser fuerte. El verdadero milagro es el amor mismo porque es incomprensible, porque es injustificable, nunca hay motivo suficiente para amar; aunque sí para agradecer, para querer, no sin embargo para amar. El amor es la fuerza que mueve el sol, la luna, y las otras estrellas, y quien no ha amado con profundidad alguna vez en su vida todavía no está profundamente vivo. El amor es capaz de resucitar, es el alma que vino a salvar al hombre y a la mujer para volar hasta donde lo necesitan. La persona tocada por el amor ama incluso a quien la odia, milagro; se regala a sí misma sin demandar nada a cambio, milagro; no se empobrece al darse, sino que enriquece al receptor al darse, milagro; no es injusta con quienes lo

merecen, milagro; no espera recibir nada a cambio, milagro; no pone condiciones para amar, milagro; es revolucionaria la persona que ama, porque lo revolucionario es dar la vida y no quitarla, ayudar a sanar el alma enferma, por eso la recompensa del amor es el amor mismo, y no el chisme *inter pocula* (*entre copa y copa*). La inmensa sabiduría de Goethe se manifiesta, aunque sólo sea, en esta frase profunda y verdadera: “Contra los grandes méritos sólo hay una salvación: el amor”⁸⁶.

⁸⁶ *Maximen und Reflexionen*. “Aus der Wahlverwandtschaften”, 45. GW, Leipzig, 1990, p. 117.

EPÍLOGO SOBRE UN CASO EMBLEMÁTICO

*Un caso emblemático como ejemplo de mínimos filosóficos entre otros muchos lo podemos simbolizar en la persona de don Gregorio Marañón. La ejemplaridad de don Gregorio Marañón radica en haber tratado de agotar todas sus posibilidades innatas en la multiplicidad de actividades que su personalidad desplegó, según el relato de un premio nobel de literatura que le conoció bien: “Cuesta trabajo imaginar tan sólo la multiplicidad de talentos que se requieren para aunar funciones sin más nexo de parentesco que su perfección. En él, a la vera de una serie de dedicaciones, a cual más dispares, aparece la labor crítica en todo su apogeo; sus opiniones sobre cualquier expresión, artística o literaria, tienen el inconmensurable valor de lo nítido, de lo elemental”⁸⁷. Eso mismo: “Ciego será – escribió- quien no vea que el ideal de la etapa futura de nuestra civilización será un simple retorno de los valores eternos y, por ser eternos, antiguos y modernos, a la supremacía del deber sobre el derecho; a la revalorización del dolor como energía creadora; al desdén por la excesiva fruición de los sentidos; al culto del alma sobre el cuerpo; en suma, por una u otra vía, a la vuelta hacia Dios”. Trasladado esto al ámbito que le fuera más propio, “el médico se forma no sólo para ejercer su sabiduría, sino también para ejercerla con dignidad y pulcritud moral. Sin ésta, sin la línea moral bien precisa, el profesional mejor es siempre malo; y es más, sin la fuente moral la misma eficacia técnica de la profesión se desgasta y acaba por anularse. Ser catedrático es poner cada año en contacto con una generación nueva lo más recogido de nuestra personalidad y dejar resignadamente que se lo lleven a pedazos. Dar lo mejor nuestro en beneficio de ese monstruo anónimo e inevitablemente ingrato que se llama una promoción. Sentirse envejecer ante un espejo que cada año es más joven y multiplicar cada nuevo curso nuestra decadencia. Cuando se ejerce una determinada actividad en la vida, lo esencial es no entregarse en absoluto a ser actor de ella y menos aspirar a la categoría de protagonista, sino mantenerse en una prudente ambivalencia de actor y espectador, esto es, en una actitud crítica”⁸⁸. Con su cátedra auestas supo condolerse con los más pobres, como en aquel momento lo fueran los *jurdanos*: “Cretinos de la Aldehuela que vienen a tallarse. Muchas mujeres con bocio. Ninguna sabe la edad que tiene. Muchos sordos. Ninguno sabe leer. Muchos se quejan de un dolor de estómago que les impide andar. Se caen al suelo. Es hambre. Un ‘dolor adentro que jestá matando’. ‘El corazón se me escucha’. Mucha historia rudimentaria. Varios casos de albuminaria. Todo el mundo está enfermo: un horror. No hay tipos degenerativos, aunque sí pobres, míseros y avejentados. Hay mucho paludismo”⁸⁹.*

Supo nuestro insigne personaje estar lo mismo ahí que en los lugares más encumbrados, pero *nunca sin haber trabajado*: “Yo sólo sé las horas de insomnio

⁸⁷ Cela, C. J: *Balada del vagabundo sin suerte y otros papeles volanderos*. Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1973, pp. 102-103.

⁸⁸ VVAA: *Gregorio Marañón, cumbre y síntesis para el siglo XXI*. Fundación Tejerina, Madrid, 2011, p. 37.

⁸⁹ *Ibi*, cap. III.

con que he comprado los favores de mi buena suerte”. Desde esa cumbre, a través de su esfuerzo, tocó con las manos el dolor de las gentes. Las personas como Marañón son a la vez la gloria de la humanidad y la vergüenza de los ramplones: “Es fácil y agradable rebelarse cuando la vida, llena de injusticias, nos ha colocado en la zona negra del desigual reparto. Pero, cuando se está en la cúspide de la zona clara y luminosa de los elegidos, el sentimiento del agravio al derecho se embota y se encuentran mil pretextos especiosos para transformarla en blanda conformidad”. No fue humanista a ratos ni selectivamente, fue humanista en todo porque era total y terencianamente humano. Marañón fue un médico humanista como lo han sido muchos de los médicos de cabecera de nuestra propia infancia que vieron en cada rostro humano una presencia de lo sagrado: considerábase entonces que, aparte de las actividades administrativas, políticas, militares o religiosas, el hombre de gusto, por simple gusto, había de sumergirse en la lectura y comentarios de los autores griegos y latinos. Esta afirmación, mantenida hasta los últimos años de la vida, perduró en la humanidad occidental hasta muy entrado el siglo XIX. Todavía el rey de Francia, Luis XVIII, entretenía sus ratos de ocio leyendo a Horacio. Era, pues, el cultivo de las humanidades no sólo un medio de educación juvenil, sino un fin para la actividad misma de los hombres maduros.

Divino sentido del deber, también eso es humanismo: “Si haber vivido sólo para los deberes crea en el hombre un sentimiento de esclavo, el anhelo de no tener más que derechos convierte al hombre en un demonio insensible y cruel que sólo acierta a dirimir sus dificultades por la fuerza”. Tenía, pues, a la medicina así entendida como la antítesis de cuanto de bárbaro y cruel hay en el mundo: “Todo gobernante absoluto, llámese dictador, tirano o valido, pasa casi sin excepción por tres fases de mandato: una primera en que el nuevo jefe carece aún de fuerza propia y organizada, pero se la da el pueblo que acoge siempre toda novedad política con alegría y esperanza. En la segunda fase, la oposición empieza a ser hostil al jefe porque éste ha de mandar con violencia y la violencia fatiga pronto a la multitud. Al fin, inevitable, llega el día en que las tendencias adversas dominan a las que asisten al dictador”. No sé yo si tuvo o no detractores serios este gran hombre, pues es infinito el número de los envidiosos (recuérdese: esta menguada España, educada en la unidad católica, es en gran medida el país más irreligioso, más blasfemo y más antisocial y más perdido del mundo), sea como fuere, el sanador Marañón hubiera podido hacer suyo aquel socarrón juicio de Ramón y Cajal, junto a cuyo busto hunde discipularmente la cabeza nuestro maestro: “Tengo por favor especial del cielo tener enemigos. Ellos son mis censores y evitan mis caídas, y he de hacer lo posible por tenerlos; mientras los tengo valdré algo; sólo me apena que Dios no me los dé de mejor calidad y con más talento. Pero malos y todo, a ellos debo lo que soy, y sería ingrato si no aprovechase esta ocasión para darles las gracias y suplicarles no cedieran en sus diatribas”. Y, como dijera Platón, el republicano, “¡que los mejores cohabiten con las mejores tantas veces como sea posible y los peores con las peores al contrario!”.

ÍNDICE

CAPÍTULO I: POR QUÉ LA FILOSOFÍA NO ES UNA HERRAMIENTA EXCLUSIVA DE LOS FILÓSOFOS

1. Del mito a la filosofía
 - 1.1. La filosofía ayuda a preguntar bien
 - 1.2. La filosofía ayuda a razonar con rigor
 - 1.3. La filosofía tiene voluntad de exploración profunda y busca la verdad con amor, con humor, con esperanza
 - 1.4. La filosofía ayuda a vivir una vida buena, a favorecer la convivencia ciudadana y a construir un mundo mejor
 - 1.5. La filosofía ayuda a conocerse a sí mismo y a vivir con firmeza
 - 1.6. La filosofía busca definir los límites del Estado y la sociedad
 - 1.7. Fe y ciencia
 - 1.8. El filósofo, cuidado con su narcisismo

CAPÍTULO II. ¿PARA QUÉ LOS MÉTODOS FILOSÓFICOS?

1. Método dialéctico
2. Método reflexivo cartesiano
3. Método fenomenológico
4. Método hermenéutico
5. Método de la teoría crítica
6. ¿Puede hallarse un método común a todos los métodos? La ciencia moderna y el método

CAPÍTULO III. LAS DISCIPLINAS DE LA (IN)DISCIPLINADA FILOSOFÍA

1. Ontología
2. Lógica y epistemología de la ciencia
3. Antropología
4. Ética y axiología
5. Estética
6. Filosofía de la cultura
7. Filosofía de la religión
8. Historia de la filosofía y filosofía de la historia: el devenir de la humanidad
 - 8.1. Estadio teocéntrico de Abraham
 - 8.2. Estadio teo-antropocéntrico: Renacimiento, Reforma, Ilustración
 - 8.3. Estadio antropocéntrico de Prometeo (1789-1989)
 - 8.4. Estadio pos-antropocéntrico y pos-teocéntrico (pos-moderno) de Narciso

CAPÍTULO IV. POLIÉDRICA DIGNIDAD PERSONAL

1. Tres posibilidades (y sólo una correcta) de fundamentar la dignidad personal
 - 1.1. La incorrecta fundamentación de la dignidad personal en la Naturaleza
 - 1.2. La incorrecta fundamentación de la dignidad humana en el antropocentrismo
 - 1.3. Desde el absoluto quedaría absolutamente fundada la dignidad de la persona
2. La dignidad comunitaria
3. De la razón dialógica, y no sin ella, a la razón profética, y sólo con ella
4. Democracia moral: el ciudadano virtuoso

5. Dignidad económica

EPÍLOGO SOBRE UN CASO EMBLEMÁTICO